

Gustavo Rodríguez Ostria

Huéspedes Guerreros
El Batallón "Sucre" en el Sur del Perú
1879 - 1880

HUÉSPEDES GUERREROS

EL BATALLÓN "SUCRE" EN EL SUR DEL PERÚ (1879-1880)



MINISTERIO DE DEFENSA
Estado Plurinacional de Bolivia

Estado Plurinacional de Bolivia
Ministerio de Defensa

Reymi Luis Ferreira Justiniano
Ministro de Defensa

José Eduardo Pradel Barrientos
Cuidado de edición

Ivan Elmer Flores Balderrama
Diseño y diagramación

Ilustración de portada: “El Batallón ‘Amarillos’ en el Alto de la Alianza.
Fuente: Casa de la Libertad

Gestión:
Mayo 2017

Depósito Legal: 00000000 P.O.

Impreso en Bolivia

ÍNDICE

Tan bravos como los “Colorados” eran los “Sucre”, el “Chorolque”, el “Tarija”, el “Grau”, o cualquier otro de los Batallones que formaban nuestro diminuto ejército, porque todos eran hombres de la misma raza e hijos del mismo suelo. Y tan cierto es esto, que si al “Sucre” le hubiese tocado tomar la ofensiva como nos tocó a nosotros, habría ejecutado las mismas proezas, que nos fue dado ejecutar.

Daniel Ballivián
Subteniente de los Colorados, combatiente en el Campo de la Alianza

El Perú no ha rendido debido homenaje a los jefes, oficiales, soldados y rabonas bolivianos que se sacrificaron en la defensa de Tacna.

Jorge Bassadre Grohmann
Historiador peruano

A la memoria de mi tatarabuelo José Cruz, quien el 23 de marzo de 1879 combatió en la defensa de Calama junto con Eduardo Abaroa

PRESENTACIÓN

Dice Habermas que "el Estado nación defendió sus límites territoriales y sociales de forma enteramente neurótica" y no le falta razón. El siglo XIX vio a sociedades hermanas desangrarse en guerras fratricidas debido a que la comunidad de origen, la particularidad nacional, se volvió más importante que los derechos del hombre consagrados y divulgados por los franceses desde 1789.

A pesar de sus actuales incertidumbres, pocas dudas quedan respecto de que Europa ha superado el escalón del patriotismo y se ubica en una estación post-nacional que se observa en su cotidianidad, en la poca importancia asignada a sus fronteras y en sus jóvenes que ya comienzan a definirse como l´Europe y a colocar en las ventanas de sus apartamentos, la bandera azul con el círculo de las pequeñas estrellas amarillas.

Al contrario, América Latina se encuentra en un proceso de transición que es, en realidad, un limbo. Por un lado hemos comprendido de qué trata la globalización y buscamos concurrir a ella a través de gabinetes binacionales, Tratados de libre comercio y foros económicos como la Alianza del Pacífico. No obstante, la dimensión nacional se mantiene incólume. Nuestras fronteras y su defensa comprometen

íntimos sentimientos, tanto como la creencia de que el territorio, hasta su último centímetro, debe ser defendido con la sangre. Desde ese horizonte seguimos difundiendo en la escuela relatos históricos cuya finalidad es diferenciar la comunidad nacional de las vecinas, tanto como explicar la propia a base de la toma de conciencia de que existen otras que eventualmente podrían hacerle daño.

En el Perú, el relato de la Guerra del 79 cumple, al igual que en Bolivia y en Chile, el rol de acentuar las diferencia y consolidar la autoimagen del yo colectivo. La guerra nos atrae como el sol a la fertilidad y entonces narramos las batallas contra el otro, pero solo las batallas, de manera que reducimos la relación entre dos partes exclusivamente a la conflagración bélica y dejamos de lado todo lo demás. ¡Qué poderosa es la herencia del positivismo histórico, cuán vigente está!

De aquella narración al imaginario colectivo hay solo un paso. Este lo produce la sociedad misma cuando se representa el pasado a través de imágenes tan simples como poderosas y estables, a las que dota de un inmemorial pero discutible contenido de verdad. El imaginario busca explicar la realidad del pasado y el presente en pocas palabras y entonces "Bolivia nos metió a la guerra, retrocedió a Arica desde Camarones y después de la batalla de Tacna se retiró de la conflagración para dejarnos solos en ella". No hace falta más. Cualquier peruano que maneje este discurso sabe de Bolivia lo básico que debe saber desde el paradigma nacionalista, ese que le hizo a Voltaire en su Diccionario Filosófico observar que "es triste que muchas veces para ser un buen patriota sea necesario ser enemigo del resto de los hombres".

Y es por todo eso que Huéspedes Guerreros de Gustavo Rodríguez Ostria, historiador boliviano y embajador en ejercicio de Bolivia en el Perú, es un aporte sustancial para cambiar de enfoque, de mirada y de discurso pues apunta directamente al corazón del imaginario reseñado y le responde claro: las legiones del ejército boliviano comenzaron a llegar a Tacna desde el 30 de abril de 1879; es decir, apenas unas cuantas semanas después de la declaratoria de guerra de Chile al Perú, el día 5 del mismo mes y año. Entre ellas se encontraba el batallón Sucre, en el que esta obra centra su atención.

Al mismo tiempo, Rodríguez Ostria enfatiza en aspectos fundamentales que, siendo conocidos, no se difunden en las obras de divulgación, ni en videos documentales, ni en la escuela, siendo estos los principales vehículos de transmisión del relato historiográfico. Su

conclusión, anticipada, atraviesa el texto: los bolivianos estuvieron, lucharon y murieron en todas las batallas de la campaña terrestre hasta Tacna. Lo hicieron en el desembarco de Pisagua, en Dolores o San Francisco, en Tarapacá y en el Campo de la Alianza.

No es la intención de Rodríguez Ostria negarse a estudiar la cuestionada retirada de Camarones, ordenada por el Presidente Hilarión Daza; la relata, asume lo conocido, los imaginarios subyacentes y hace la autocrítica. Pero su foco de atención radica en el antes y el después de dicha maniobra militar y que en todos los casos compromete a bolivianos muriendo en territorio peruano, honrando su compromiso con el aliado. Visto todo el horizonte, Camarones parece lo excepcional en la participación de Bolivia en la guerra del 79 y no el acontecimiento que la define. Debe sumarse a esta reflexión, que la decisión de Daza originó tal conmoción en su país que fue relevado y que el golpe de estado en su contra lo inició el coronel Eliodoro Camacho; es decir, la destitución de quien se negase a cruzar el desierto se generó en el ejército boliviano acantonado en Tacna, en el Perú.

Lo central del relato, qué duda cabe, es la batalla de Tacna o Campo de la Alianza del 26 de mayo de 1880 en el que combaten 8930 soldados de la Alianza, de los cuáles 4225 son bolivianos. Su preciso y dramático relato se lo dejo al lector, pero lo cierto es que el mayor número de fuerzas de reserva en las filas enemigas logró revertir dos avanzadas del ejército aliado, el que finalmente, al no contar ya con más elementos para repeler el segundo contraataque chileno, se vio obligado a batirse en desordenada retirada.

La narración del enfrentamiento se centra principalmente en los movimientos del ala izquierda del ejército peruano-boliviano, donde la batalla fue más cruenta porque se trató de la zona elegida por el enemigo para intentar desbordar a su contrario y envolverlo. En esa ala se encontraban varios batallones del país aliado entre ellos los Amarillos del Sucre cuyas bajas superaron el 80% de sus plazas; de allí el dantesco espectáculo: “casi todos han muerto, son tres guerrillas de cadáveres”. Tras la batalla de Tacna, y luego de permanecer pocas horas en esta ciudad, enrumbaron hacia el interior del país los sobrevivientes peruanos de la lid y hacia su patria los bolivianos.

Llama la atención que el enfrentamiento decisivo de la fase terrestre de la Guerra del 79 amerite tan poca recordación en el Perú, quizá se deba a la ausencia en el Campo de la Alianza de imágenes gráficas que exalten el patriotismo, tan románticamente utilizadas por

el positivismo histórico. A Tacna le falta todo lo que le sobra a Arica: un morro que defender, un valiente coronel resistiendo hasta quemar el último cartucho, un joven acaudalado saltando a su muerte antes de rendir el pabellón nacional. En el Perú, hemos decidido recordar y premiar a Tacna por lo que hizo después, por su resistencia a la ocupación, solo a Arica la recordamos por su batalla, quizá porque finalmente la perdimos, en 1929.

El relato de Rodríguez Ostria concluye en los hechos inmediatamente posteriores a la batalla de Tacna, mientras que, en paralelo con el retorno de los restos del ejército boliviano a su país, comenzaba a difundirse el imaginario de que precisamente allí, en el Campo de la Alianza, un 26 de mayo de 1880, Bolivia abandonó al Perú dejándolo solo a su suerte y con la guerra a cuestas. Sin embargo, dos investigaciones, como la que publiqué en 2001 y otra más reciente de Mario Núñez Mendiguri, de 2012, aportan luces sobre la continuidad de Bolivia en la Alianza hasta la dispersión del ejército del sur, acantonado en Arequipa, el 25 de octubre de 1883 y que fue el triste resultado de una inopinada consulta a la población que motivó su posterior levantamiento.

Es así que en el lapso de tiempo que separa a la batalla de Tacna de la ocupación chilena de Arequipa, Bolivia mantuvo su respaldo al Perú, el que hizo efectivo tanto pecuniariamente como a través del envío de armamento desde La Paz a la Ciudad Blanca, donde Lizardo Montero estableció la sede del gobierno nacional el 31 de agosto de 1882. Asimismo, el país altiplánico realizó gestiones ante Chile a nombre de la Alianza para alcanzar la paz, rechazando en simultáneo las reiteradas proposiciones del enemigo, que le ofrecía cederle Tacna y Arica —léase una salida al mar— a cambio de abandonar al Perú y pasarse al bando enemigo en plena conflagración. Finalmente, cuando Arequipa fue ocupada, importantes batallones del ejército boliviano, dirigido por su presidente Narciso Campero, se encontraban en Puno, territorio peruano, de acuerdo con una estrategia militar acordada previamente, y que consistía en que las fuerzas aliadas confluyeran en la ciudad lacustre para resistir la invasión desde allí. Como hemos ya señalado, los sucesos del 25 de octubre de 1883 frustraron esa posibilidad.

Los Estados, y sus gobiernos, son responsables ante sus pueblos. Mientras en la escuela los capítulos de historia que tratan la guerra del 79 sigan siendo los estelares, cuando no los únicos con los que nuestra sociedad le cuenta a sus hijos quien es Bolivia y quien es Chile (y

viceversa), seguiremos criando en el nacionalismo a los ciudadanos del mañana. Es la escuela en donde debemos enseñar que Bolivia no es el traidor que se piensa, tanto como divulgar otras historias, las positivas, las cotidianas, las que unen a los pueblos y no solo los épicos relatos de héroes espectaculares, de grandes batallas, de sangre y de muerte, los mismos de siempre, los que nos hacen conceptuar al otro desde el orgullo, el rencor y la recíproca desconfianza. Sirva pues este libro para hermanar dos pueblos unidos desde la historia, la geografía y la cultura: el Perú y Bolivia.

Daniel Parodi Revoredo. Profesor de la
Pontificia Universidad Católica del Perú

INTRODUCCIÓN

El 18 de agosto de 2015 dos integrantes del Batallón “Sucre”, un oficial y un soldado bolivianos, caídos en la batalla del “Campo de la Alianza”—Tacna, 26 de mayo de 1880—en la que se enfrentaron los ejércitos de la Alianza entre Perú y Bolivia contra fuerzas chilenas, fueron repatriados a su país natal tras una imponente ceremonia celebrada en Lima por el Gobierno del Perú en el Cuartel General del Ejército. Durante la ceremonia cívica, en la que participaron sus más altas autoridades civiles, legislativas y militares, el Perú los condecoró de manera póstuma con la “Medalla del Combatiente Mariscal Andrés Avelino Cáceres”, que se entrega por acciones distinguidas en el campo militar.

Como en toda historia había detrás otra historia. El año 2008 la Brigada Naval de la Guerra del Pacífico, un equipo de especialistas peruanos interesados en recuperar la memoria de la conflagración bélica con Chile, halló en Tacna el resto de un soldado que por la vestimenta establecieron que era boliviano. A fines del año 2014, la Cancillería del Estado Plurinacional de Bolivia instruyó a su embajador en Perú, Gustavo Rodríguez Ostria, realizar las gestiones para su ubicación y posterior repatriación.

La Embajada por intermedio del ciudadano boliviano Manuel de la Torre Ugarte Bustos tomó contacto con Percy Graham, representante

de la Brigada, para inquirir detalles y la localización precisa. Obtenida la información hizo las gestiones para la búsqueda ante el Ministerio de Cultura del Perú, recibiendo la colaboración y apoyo de la entonces ministra Diana Álvarez-Calderón Gallo. La localización geo referencial, fue proporcionada por la Brigada Naval, y a partir de ella un equipo de arqueólogas del Ministerio de Cultura, a cargo de Patricia Vega Centeno Alzamora, colaborada por Patricia Maita, hizo las excavaciones desde el 20 de mayo de 2015. Los resultados fueron anunciados oficialmente durante el Primer Gabinete Binacional y el encuentro presidencial Perú-Bolivia realizado el 23 de junio de ese mismo año en Puno. Entonces el presidente Ollanta Humala comunicó que se halló no solamente el cuerpo buscado sino también otro par: Un boliviano y un peruano enterrados juntos y separados por 16 metros del que fuera detectado en 2008.

Confirmada la noticia, la Embajada de Bolivia en Perú hizo las gestiones respectivas ante la Cancillería Peruana y coordinó con el Ministerio de Defensa y las Fuerzas Armadas de ese país la organización del solemne homenaje del 18 de agosto.

Ese día Sucre, la capital del Estado Plurinacional de Bolivia, recibió como héroes a ambos soldados que retornaban luego de 135 años a su patria. El presidente Evo Morales Ayma y toda la población les tributó sendos honores pues recordaba al país la resistencia al injusto pillaje que Bolivia sufrió cuando fue enclaustrada al privarle Chile de su acceso soberano al Océano Pacífico, así como de miles de kilómetros cuadrados de ricos territorios.

Muy poco se adentró la literatura histórica sobre las tropas bolivianas en el sur del Perú en el bienio de 1879 y 1880. Solo existe un pequeño estudio monográfico, escrito por el capitán Ismael Heredia y publicado en 1945 por el Ministerio de Guerra del Perú. En Bolivia no existe un texto similar. Tampoco la vida en Tacna del Batallón "Sucre" que vestía chaquetas amarillas durante ese periodo es conocida, como tampoco su desempeño en la batalla del "Campo de la Alianza. El 26 de mayo de 1880 un 81,7% de sus efectivos, probablemente el porcentaje más alto del Ejército de Bolivia en campaña, fueron heridos o muertos, entre ellos el par repatriado en agosto de 2015.

En la planicie con leves ondulaciones situada en las alturas de Tacna y a unos ocho kilómetros de la ciudad, miles de peruanos y bolivianos combatieron contra las tropas invasoras de Chile que intentaban tomar la ciudad y consolidar su presencia en el sur de Perú.

Su milenaria designación habla del "Intiorko", que en quechua significa cerro de sol o alto del sol; en cambio la denominación de "Campo de la Alianza" le fue dada el 16 de mayo de ese mismo año por una Orden General de Narciso Campero, presidente de Bolivia y suscrita por el general en Jefe, Juan José Pérez. La nominación buscaba fortalecer simbólicamente la unidad entre Bolivia y Perú integrantes del "Ejército de la Alianza" o "Ejército Unido".

Bolivia concurrió a esa batalla y a otras celebradas a fines de 1879 en el sur del Perú, pero no se ha establecido detalladamente lo ocurrido con sus oficiales y soldados, ni con los centenares de mujeres rabonas que los acompañaron y que sufrieron al igual que los varones los avatares de la confrontación que produjo Chile al invadir a Bolivia y Perú.

En verdad, se puede decir que hay olvido, apareciendo más bien otra cara de la memoria, la que a veces se desliza hacia la acusación sobre el comportamiento de las tropas bolivianas. De manera frecuente se argumenta que abandonaron el campo de batalla el 26 de mayo de 1880 precipitando la capitulación de las tropas de la Alianza para luego abandonar al Perú que tuvo que seguir solo la lucha contra Chile.

Estas voces comenzaron a prefigurarse muy temprano, a pocas horas de la derrota y de la pluma del prefecto de Tacna, Pedro A. del Solar, sumándose con el tiempo hasta convertirse en un lugar común que aún perdura. Escribiendo el 29 de mayo de 1880 de manera reservada al presidente peruano Nicolás de Piérola, la autoridad regional, con el peso emocional de la derrota encima, acusó a los cuerpos bolivianos *de dispersarse antes de los diez minutos de manera incontenible*[1]. Un aserción que no resiste el examen y que es fácilmente refutable por otros Partes de Guerra sean bolivianos, peruanos e incluso chilenos que dan fe que las tropas bolivianas, al igual que las peruanas, se retiraron vencidas del campo de batalla solo tras varias horas de combate y dejando tras de sí a cientos de muertos y heridos que lucharon con ardor y honor frente al enemigo.

Por su parte el cronista italiano, Tomás Caivano que visitó Tacna a poco de la batalla dijo haber recogido testimonios que los primeros en llegar a la ciudad huyendo fueron bolivianos de pantalón verde

1 Incluida en: *Guerra con Chile. La Campaña de Tacna y de Lima (Documentos inéditos)*. Introducción y notas de Rubén Vargas Ugarte S.J. Carlos Milla Batres, editor, Lima, 1970, p.103.

(1979:340); el único problema es que ninguna unidad del Ejército de Bolivia se vestía con prendas de ese color para las extremidades inferiores[2].

En cambio Jorge Basadre Grohmann, reconocido historiador peruano, nacido en Tacna el 12 de febrero de 1903, precisamente cuando esta ciudad se hallaba cautiva en manos de Chile, ponderó la acción de las tropas bolivianas y reclamó por el injusto olvido de su presencia: *El Perú no ha rendido debido homenaje a los jefes, oficiales, soldados y rabonas bolivianos que se sacrificaron en la defensa de Tacna* (2015:71).

Yendo algo más lejos en el tiempo, historiadores peruanos de las nuevas generaciones como Daniel Parodi, en un enfoque revisionista han demostrado documentalmente que Bolivia no abandonó a su aliado luego de la derrota del Campo de la Alianza. El título de uno de sus libros *La laguna de los villanos*, alude a las omisiones o lagunas en la historia de la relación peruana-boliviana contra Chile que permiten que se creen villanos, en este caso Bolivia. El autor demuestra que si bien sus tropas no se sumaron a la resistencia peruana contra el invasor chileno, si proporcionó municiones, armas, una batería de cañones Krupp, zapatos, camisas, rifles Remington incluyendo además dinero en calidad de donativo. Parodi concluye que Bolivia cumplió *minuciosamente* con sus obligaciones estipuladas en el Tratado de Alianza con Perú suscrito en 1873 y que por consiguiente se mantuvo firme en el seno de la Alianza Perú-Boliviana (2001:92-93; 116-119). Coincidiendo con Parodi, el cientista social Mario Núñez Mediguri, oriundo de Puno, agrega otro rubro del apoyo boliviano como fue el aprovisionamiento de mulas y caballos para el Ejército del Sur comandado por Andrés Avelino Cáceres. La colaboración se extendió hasta a fines de octubre de 1883 cuando se produjo la toma de Arequipa en manos de Chile (2011: 241-254).

Nuestro texto busca sumarse a estas voces y contribuir a reparar la omisión e incomprensión de la presencia boliviana en Tacna. No se pretende, debe advertirse de principio, realizar una narración detallada de las acciones bélicas ni tampoco del sustrato diplomático y político acaecido en esos cruciales años del bienio de 1879 y 1880. Esto explica por qué diversos sucesos, que para una historia política y castrense de los orígenes y la resistencia a la invasión de Chile pueden ser relevantes, no son profundizados.

[2] De todas maneras el autor reconoce que: *Esto no quiere decir de modo alguno que los bolivianos no se batieran* (1979:340).

En otros términos no es la historia de la contienda con Chile, sino la historia del Batallón "Sucre" o "Amarillos" dentro de ella por intermedio de su asentamiento en Tacna. Las páginas siguientes se limitan pues a este Batallón y su principal propósito es destacar su presencia heroica en la defensa de la alianza entre Perú y Bolivia como de la ciudad que los acogió. No abarca en consecuencia en detalle los sucesos que involucraron a otros Regimientos y Batallones de Bolivia ni del Perú que se apostaron en el sur peruano y en Tacna en particular. Cuando repara en acontecimientos relativos a su protagonismo, lo hace solamente de una manera referencial y porque permiten encuadrar e ilustrar el comportamiento social y militar de esta unidad boliviana.

Si bien la esfera militar de la actuación del "Sucre" es la que más llama la atención y resume el objetivo de la presencia de las tropas bolivianas, vivir en Tacna poco más de un año supuso igualmente para ellos y sus familias una experiencia humana mayor a la producida por la guerra pues incluyó la ambientación a un medio geográfico y humano distante del terruño y por tanto desconocido. Intentaremos por tanto, en la medida que las fuentes lo permitan, adentrarnos en esa experiencia subjetiva y cotidiana de la tropa boliviana.

Los dibujos utilizados pertenecen al joven Manuel Huatuco Coaquira, oriundo de Tacna, lamentablemente fallecido el 24 de mayo de 2011. Durante su vida se destacó por sus dibujos en el arte del carboncillo, con los que ganó varios premios y por su afición a la investigación histórica, fruto de la cual es su libro *Los bolivianos en Tacna*, publicado póstumamente el 2001 por su familia, a la cual agradecemos habernos autorizado utilizar sus bellos y emblemáticos diseños.

Perú y Bolivia comparten una larga y rica historia que se pierde en los meandros del tiempo. Sobre ella han construido una estrecha hermandad y una dinámica agenda de relaciones internacionales tradicionalmente marcada por la colaboración, la paz y la integración. Esperemos que las páginas que se presentan a continuación, y que solamente representan la versión del autor y no comprometen a las instituciones a las que pertenece, colaboren a estrecharlas aún más.

Lima, abril de 2017

CAPITULO I
HUÉSPEDES GUERREROS EN TACNA



Bolivia era poseedora de una larga tradición marítima, que se remontaba incluso antes de su constitución como Estado independiente el 6 de agosto de 1825. Cuatro años más tarde, creó la Provincia del Litoral, la misma que en 1867 se transformó en Departamento, con su capital el puerto de Antofagasta sobre el Océano Pacífico. Este territorio de aproximadamente 120.000 kilómetros cuadrados de superficie, albergaba riquezas naturales como salitre y plata y unos 400 kilómetros de costa sobre la que se ubicaban sus otros puertos de Tocopilla, Cobija y Mejillones. La soberanía marítima boliviana no había sido cuestionada por Chile, y por el contrario en sus diversas constituciones reconocieron que su límite hacia el Norte con Bolivia era el desierto de Atacama.

1. La Invasión

El 14 de febrero de 1879 dos centenares y medio de soldados del Ejército de la República de Chile, sin previa declaración de guerra y apoyados por sus naves el blindado "Blanco Encalada", el acorazado "Cochrane" y la corbeta "O'Higgins", ocuparon el puerto de Antofagasta iniciando la invasión del Litoral de Bolivia. Ese mismo día tomaron el puerto de Mejillones y dos días más tarde ocuparon el importante mineral de plata de Caracoles. El 1º de marzo, respondiendo a la agresión, Bolivia se declaró en estado de guerra con Chile, país que continuó desplazando sus fuerzas armadas por el territorio boliviano. El 21 de marzo ocupó el puerto de Cobija y al día siguiente la pequeña población pesquera y portuaria de Tocopilla a 300 kilómetros de Antofagasta.

En el momento de la invasión chilena, Bolivia se reponía de la sequía y la peste que en 1878 asoló duramente las regiones del altiplano y los valles, las más pobladas e importantes del país, causando una elevada mortandad. Por otra parte, dos años atrás un terremoto seguido de un fuerte maremoto había devastado la costa boliviana. Con la finalidad de recaudar recursos para afrontar dichas adversidades, el Gobierno de Bolivia solicitó, con justo derecho, a la "Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta" de capital anglo-chileno, el pago de una tasa de 10 centavos por cada quintal de salitre exportado. En lugar de acudir a los tribunales bolivianos, la compañía logró que el gobierno de Chile hiciera un reclamo al de Bolivia. Este manifestó su voluntad y disposición de someter esta controversia al arbitraje previsto por el Protocolo Complementario suscrito entre Bolivia y Chile en 1875, pero Chile prefirió el recurso de la fuerza[3].

[3] Estado Plurinacional de Bolivia. *Libro del Mar*, La Paz,2014,pp.19-20.

Chile tradicionalmente pobre y carente de recursos naturales decidió expandirse a costa de sus vecinos para adquirirlos por la fuerza. El propósito de esta operación militar era por tanto apropiarse, sin otro argumento que el poderío militar, de las importantes riquezas naturales, en especial del salitre, ávidas demandas del capitalismo mundial, en especial inglés que no estuvo ajeno a los intereses de Chile para desatar la conflagración (Amayo, 1988).

El salitre comenzó a ser explotado hacia 1840, pero su producción creció en años sucesivos por la demanda de los países capitalistas industrializados para aumentar la productividad de su agricultura con el uso de nuevos fertilizantes, a lo que se sumó la necesidad de fabricar pólvora para sus ejércitos. Las fabulosas minas de plata de Caracoles, descubiertas hacia 1870, eran, pese a su declive ocho años más tarde, otro factor que revelaba a Chile las inmensas potencialidades y riquezas de la zona (Bravo, 2000).

El verdadero propósito de esta invasión, complaciente con los intereses de las burguesías de Chile e Inglaterra, sólo sería reconocido años más tarde. El 13 de agosto de 1900 Abraham Konig ministro plenipotenciario de Chile en Bolivia, con crudeza admitió:

> Que el litoral es rico y vale muchos millones; eso lo sabíamos. Lo guardamos porque vale; que si nada valiera, no habría interés en su conservación (Gumucio, 1985:185).

Bajo ese imperativo, tras ocupar las poblaciones costeras en febrero de 1879, las tropas chilenas invasoras continuaron su ocupación introduciéndose en territorio boliviano en afán de conquista para alcanzar su independencia económica como civilizadora para imponer su mirada de “orden y progreso” sobre sus vecinos considerados una mezcla informe de “cholos” e “indios” barbaros (Mc Evoy, 2011).

Bajo estas premisas, el 23 de marzo de 1879 se enfrentaron en el poblado y oasis de Calama a una pequeña pero aguerrida columna de 135 hombres al mando de Ladislao Cabrera y Eduardo Abaroa. Una parte eran pobladores de Calama y el resto procedían de Antofagasta, Chiu Chiu, Cobija y Tocopilla, de donde también llegó pólvora y algunas armas (Taborga, 1879). La numerosa y bien pertrechada tropa chilena impuso finalmente el peso de su mayor su número y mejor armamento para vencerlos. A partir de entonces el Departamento del Litoral quedó bajo la dominación chilena y Bolivia —temporalmente— enclaustrada sin acceso soberano al Océano Pacífico.

Conocidas las noticias de la invasión, Bolivia buscó fortalecer su pequeño y mal armado Ejército para rechazar la agresión. Hasta entonces Bolivia contaba apenas con unos 1.500 hombres (Dunkerley, 1987). El presidente Hilarión Daza amnistió a políticos opositores y acogió en su seno a altos oficiales que había separado de sus filas. Pese a las dificultades que atravesaba por la sequía y la peste, en las ciudades y diversas localidades se iniciaron las tareas de reclutamiento y la organización de nuevos Batallones y Regimientos.

Recién el 5 de abril Chile declaró la guerra a Bolivia y también a Perú que, en virtud del "Tratado de Alianza Defensiva" suscrito en 1873, se habían unido. El repudio a la agresión se extendió en ambos países. Tras recibir desde Perú el telegrama "Vuele ejército a Tacna", el gobierno de Bolivia, presidido por el general Hilarión Daza, se movilizó para trasladar y concentrar el grueso de su tropa en la ciudad de Tacna y el sur de Perú, hacia donde también convergían tropas de ese país. Estas, al mando del presidente Manuel Ignacio Prado zarparon las primeras del puerto del Callao el 5 de abril, llegando a Iquique, puerto peruano el día 18 de mismo mes los primeros contingentes.

Justo un día antes habían salido de La Paz, seis mil hombres del Ejército de Bolivia. Destacaba entre ellos el Batallón "Sucre", Granaderos de la Guardia, Segundo de Línea. Contaba con medio millar de hombres, además de las decenas de mujeres conocidas como *rabonas*, que lo acompañaron durante todo su periplo en el sur del Perú.

2. Despedida

En efecto, el 17 de abril a las 10 de la mañana, luego de una emotiva ceremonia religiosa en la plaza de armas "16 de Julio", el grueso del Ejército boliviano, incluido el Batallón "Sucre", partió de La Paz, con destino a Tacna, a una distancia estimada de 389 kilómetros por la sinuosa ruta que se usaba en esa época. Al mando estaba el presidente Hilarión Daza de 39 años, que gobernaba Bolivia desde el 4 de mayo de 1876.

El Comercio de La Paz, describió la escena, mezcla de alegría y llanto.

> (P)rincipa a desfilar el ejército. Las calles atestadas de gente, son regadas por lágrimas y flores, que se derraman desde los balcones sobre los nobles guerreros que van a salvar la patria y a reconquistar su honra.

Numerosas familias aun quieren otra vez estrechar en sus brazos a los seres queridos que se alejan en su seno y acompañan al ejército hasta la altiplanicie del panteón[4].

El pueblo en masa, tributaba honores y vítores, narró José Vicente Ochoa, en su Diario de Guerra, que llevaría durante toda su permanencia en el sur peruano. Joven abogado veinteañero oficiaba como Secretario del Estado Mayor del Ejército y asistente personal del presidente Daza.

Continuó con una impresión favorable:

La gran muchedumbre que rodeaba al ejército nos ha seguido hasta Viacha

Ha sido una salida frenéticamente alegre por parte de la tropa y extremadamente triste por parte de los que se quedaban (2014:10).

En esa pequeña localidad altiplánica se sumó el Batallón "Oruro", de medio millar de plazas, además de su artillería. También se hizo presente el "Escuadrón de Rifleros", integrado por jóvenes de clases dominantes de ese mismo departamento minero.

Tras tres días de dura travesía por una ruta polvorienta, aunque bien abastecida de agua y alimentos, arribaron a Cantuyo, comunidad aymara a 4.400 metros sobre el nivel del mar. Esa misma jornada se incorporaron las tropas del Batallón "Independencia" de aproximadamente medio millar de plazas también procedentes de Oruro, aunque esta vez compuesto principalmente de artesanos mestizos e indígenas.

La columna militar ingresó la jornada del 20 a San Andrés de Machaca, a unos 135 kilómetros de La Paz, circundada de *ayllos* indígenas aimaras. Al día siguiente entraron a Santiago de Machaca, una veintena de kilómetros más adelante y de una fisonomía humana y geográfica similar, propia del altiplano andino[5].

La caminata por la alta planicie, pese a que por momentos les acompañó el buen tiempo, fue duro y desgastante. A las marchas de al menos medio centenar de kilómetros diarios se sumaron los efectos nocivos del *soroche* o mal de altura y del frío pues acampaban a campo traviesa. De modo que en las fechas posteriores el ritmo y longitud de

4 "El Comercio", La Paz, 18 de abril de 1879.
5 Distancias prevalecientes en 1879 para caminos de herradura.

la caminata tuvieron que ser reducidos en consideración a los efectos nocivos sobre las tropas. Éstas en su gran mayoría se movilizaban a pie, salvo un puñado de jefes y oficiales y los cuerpos selectos como el "Murillo" de La Paz y los "Rifleros" de Oruro. Ellos montaban en sus caballos y mulas (procuradas por ellos mismos a costa de su peculio) y no por las caballerizas del Ejército, como correspondía a una situación en la que sobrellevar los costos de la guerra era de responsabilidad personal y no del Estado.

Con el correr del tiempo la ambientación mejoró y por tanto el desempeño.

> El ejército parece ya acostumbrarse con la marcha; hay menos número de cansados, y cada día más entusiasmo en todos por arribar al santo fin a que estamos destinados (Ochoa, 2014:13).

Un par de días más adelante acamparon en el margen derecho del río Mauri, límite con el Perú. Ya en el territorio de su aliado, la peregrinación boliviana continuó desde Uchusuma hasta Tocora, que despuntaba y asombraba por sus dos elevadas montañas volcánicas coronadas de nieve. La vista dejó absorta a la partida militar. A la distancia, como una vaga promesa, podía contemplarse un inmenso *elemento llamado mar, que teníamos deseos de ver*, tal como igualmente apreciarían un año más tarde otros integrantes de las tropas bolivianas que concurrían a Tacna (Alba, 1882:91).

La marcha continuó, recibiendo más refuerzos en el trayecto. El 25 se sumó el Batallón "Vengadores" integrado mayoritariamente por trabajadores procedentes de los minerales de plata de Colquechaca. Fortalecida la columna armada se trasladó a Torapalca, donde arribaron el día 26; aunque Daza, y su sequito montado lo hicieron un día antes. Esta misma comitiva encabezada por el mando del Ejército precedió a la tropa que a pie se movía con más lentitud; el mismo 26 alcanzó el pequeño caserío de Pachía, a unos 12 kilómetros de la ciudad de Tacna.

A las 13 horas del 27 de abril, a diez días de su partida de La Paz, la infantería del ejército boliviano integrada por unos 6.000 hombres arribó también a aquella bella y pequeña población peruana rodeada de cultivos y huertos, puerta de ingreso a Tacna. Su nombre deriva del aimara *paya* (dos) y *chia* (división del camino), en razón que allí se bifurcaba el estrecho sendero para mulas hacia Bolivia. Previamente tuvo que vencer una última y esforzada caminata de unos 50 kilómetros

pisando un pedregoso y polvoriento terreno en declive conocido como la cuesta de San Francisco. El abrupto tramo se hizo más penoso porque sufrieron por los altos precios, sobre todo del pan, del agua y en general de los alimentos y vegetales que les ofertaba el vecindario.

La última jornada implicó en consecuencia un redoblado esfuerzo. Un sargento del Batallón "Sucre" murió de pulmonía en el trayecto; fue la primera baja, aunque todavía no en combate.

Por los contrastes sufridos y el esfuerzo desplegado, Ochoa valoraría en sumo grado la energía desplegada por la tropa:

> La historia tiene que apuntar con rasgos brillantes la penosa marcha que acaba de hacer esta parte del Ejército Boliviano, a través de la cordillera de los Andes y por medio de extensos desiertos constantemente helados por los vientos de la cordillera.
>
> Después de subir desde La Paz un ascenso constante de 60 leguas hasta el pie del Tacora; ahora ha bajado una rápida pendiente hasta el valle del Pachia.
>
> Lo hemos visto llegar tan entusiasta y tan fuerte como salió de La Paz (Ochoa, 2014: 16).

Permanecieron un par de días en el pequeño y ubérrimo valle descansando, alimentándose con sus productos, frutas y verduras y aseándose en las aguas que bajan desde la cordillera.

1. En las calles de Tacna

Tacna y su puerto de Arica tenían una larga relación con Bolivia, la misma que se remontaba al mundo indígena andino previo al dominio español como lo recuerda la toponimia de la región procedente del vocabulario puquina, aimara y quechua. Estos nexos precedían también a la constitución de los estados nacionales de Bolivia y Perú. En efecto durante la larga resistencia al dominio español los nexos entre los rebeldes de Tacna y los asentados en el Alto Perú fueron evidentes, tanto durante la insurrección de Tupac Katari de 1781 como en el pronunciamiento de Francisco Antonio de Zela en 1811.

En la coyuntura más próxima, Tacna, *"Ciudad Heroica"*[6], era igualmente emblemática para Bolivia y viceversa. Allí el 1 de mayo

[6] Título que el 21 de mayo de 1821 le otorgó el Congreso de la República del Perú por sus importantes servicios a la causa independentista.

de 1837 se aprobó la "Ley Fundamental de la Confederación Perú-Boliviana" por un congreso de nueve plenipotenciarios en representación del trio de Estados que integrarían la Confederación: Bolivia, el Sur y el Norte de Perú.

Por otra parte fueron numerosos los políticos bolivianos que alguna vez se refugiaron en su seno escapando de represalias en su país. Pasada la tormenta la mayoría regresó a su tierra natal aunque otros permanecieron formando familia en Tacna, donde la colonia boliviana era numerosa e influyente. Pero lo que más caracterizaban los nexos entre Tacna y Bolivia era su relación económica, tanto la que generaba ella misma, como la procedente de Arica de productos importados de "Ultramar" o los vinos elaborados en los valles de Moquegua. Diversas casas comerciales alemanas, inglesas, francesas e italianas se ocupaban del traslado de productos; también había empresas bolivianas como la firma regentada por la familia Cusicanqui (Choque, 2007; 2015).

Un testimonio precisamente da cuenta que:

> El comercio con Bolivia era intenso, transportándose las mercaderías en mulas a las cuales se les daba el nombre de "pianeras" porque podían cargar unos pianos divididos en dos partes. En esa época no había ferrocarriles ni existía el transporte fluvial por el lago Titicaca, esta era la razón por la cual, frente a las casas comerciales, se veía frecuentemente a los arrieros con sus recuas de mulas acomodando la carga que iban a llevar o descargando la que traían. Cuando se trataba de realizar un viaje, resultaba un problema incómodo y pesado, puesto que era preciso hacerlo en mula (Neuhaus, 1938:2).

El miércoles 30 de abril las tropas bolivianas ingresaron marciales a esa engalanada y eufórica urbe, que los recibió como sus defensores ante la amenaza chilena.

Ochoa relató el entusiasmo que produjo la incorporación boliviana:

> Desde el amanecer de hoy fluía la muchedumbre a la calle de la entrada, adelantándose a porfía a encontrar el ejército.
>
> Eran los hermanos que corrían a disputarse el abrazo de bienvenida a los hermanos que llegaban (…).
>
> El bello sexo tacneño enviaba de los balcones y ventanas ramilletes de flores[7].

[7] Una joven tacneña, Sara Neuhaus de Ledgard, presente aquel día, testimonió:
Por ser esta la primera vez que se veía pasar por las calles de Tacna tal número de soldados, la entrada de las tropas bolivianas causó enorme alboroto, echándose parte de la población a la calle y llenándose los balcones y los techos, de numerosas personas que querían ver desfilar al ejército, presentando este un espectáculo enormemente sugestivo y de la más intensa animación (1938:3).

> A pocas cuadras de la entrada se elevaba una elegante portada, puesta en honor del ejército boliviano por la colonia boliviana residente en esta (ciudad). (…)
>
> El tránsito por las calles de Tacna fue de lo más hermoso que se pueda imaginar (2014: 18-19).

Por su parte, la "Revista del Sur", editada en aquella entusiasmada población peruana, narró que:

> Desde el sábado último se tuvo noticia aquí de que había principado a llegar a Pachia el ejército boliviano.
>
> El deseo que teníamos todos de que nuestros aliados estuviesen en la costa más antes, hacía que nuestro entusiasmo subiese de punto.
>
> Se anunció que el miércoles 30 haría su entrada en ésta. La ciudad sufrió una trasformación completa. Quién no corría de aquí a allí; quién no buscaba un lugar de preferencia para ver el desfile del ejército que nunca más numeroso visitó Tacna; quién no se apresuraba a enarbolar el pabellón nacional y el de Bolivia; quién no revelaba en su semblante un contento bien marcado; quién, en fin, no veía en su entusiasmo, cercano el momento de la expiación de los salteadores de Antofagasta.
>
> Llegó la hora. Eran las 12 y media p.m. Los balcones y avenidas de la ciudad atestados de gente de toda clase i condición. Creemos que en ese día no quedó alma viviente en domicilio.
>
> El señor general Manuel Othón Jofré, Ministro de la Guerra, que se había adelantado a ésta, pidió al señor Alcalde del Consejo Provincial, se colocase en los balcones de la casa consistorial el retrato del Excelentísimo general Prado, para que a su llegada el ejército aliado le tributase los honores del caso.
>
> Así fue en efecto: se colocó el citado retrato entre los pabellones del Perú y Bolivia.
>
> A la una menos 20 minutos p.m. hizo su entrada el capitán general y general en jefe del ejército, señor Hilarión Daza, acompañado de los Consejos Departamental y Provincial que en corporación y a caballo, marcharon a recibirlo en las afueras de la ciudad. Seguían sus edecanes, ayudantes, estado mayor general y cuatro coraceros de talla bien uniformados.
>
> A continuación, seguía toda la agrupación armada.
>
> Acto continuo descendieron por la calle del Comercio, pasaron por delante del Consejo Provincial e hicieron los honores indicados al retrato de nuestro Presidente; las siguientes divisiones vinieron por mitades en columna:

PRIMERA.

Al mando del General de división señor Carlos de Villegas, compuesta de los batallones Daza, Granaderos 1.° de la guardia, su jefe el coronel don Ildefonso Murguía; Paucarpata, 2.° de La Paz, jefe coronel Pablo Idiáquez; Regimiento Bolívar,1.° de Húsares, jefe coronel don Julián López.

SEGUNDA.

Al mando del general de brigada señor Casto Arguedas. Batallones: Sucre, 2.° Granaderos de la guardia, su jefe el señor coronel don Rudecindo Niño de Guzmán; Victoria, 1° de La Paz, su jefe el señor coronel don Juan Granier; Dalence, Carabineros 1° de Oruro, su jefe el señor coronel don Donato Vásquez; Regimiento Santa Cruz, de artillería, su jefe el señor coronel don Adolfo Vásquez.

TERCERA.

Al mando del general de brigada señor D. Pedro Villamil. Batallones: Illimani, 1. ° Cazadores de la guardia, su jefe el señor coronel D. Ramón González; Independencia, 3.° de La Paz, su jefe el señor coronel D. Pedro Vargas; Vengadores, 3° de Potosí, su jefe coronel D. Federico Murguía: Escuadrón Escolta, 1.° de Coraceros, su jefe el señor coronel D. Melchor González.

Entre la primera y segunda divisiones, vino el magnífico Regimiento Murillo, bajo el mando del coronel señor Juan Saravia. Dicho regimiento está compuesto de los más distinguidos jóvenes de La Paz, quienes con caballos y armas en su mayor parte, se presentaron al Gobierno para volar al litoral en defensa del honor nacional ultrajado.

El Murillo cuenta con 300 plazas, bien montadas y está armado de carabinas Remington.

Todo el armamento del ejército es de precisión; y este constará, poco más o menos, de 6,000 hombres.

Hoy o mañana temprano llegarán, procedentes de Cochabamba 2,000 hombres, según informes que hemos adquirido. Es la 4.° División.

El General Daza recibió misturas a su entrada por la calle de San Martín.

El mismo día fue visitado en su alojamiento por el señor contra-almirante Lizardo Montero, comandante General de las baterías de Arica, quien vino en un tren expreso con sus ayudantes.

Ayer lo fue igualmente por los Consejos Departamental y Provincial, cuerpo Consular, señor prefecto del departamento

Carlos Zapata, que vino del vecino puerto en tren de 5 i media, i por una multitud de caballeros de nuestra sociedad.[8]

Tras el imponente desfile, los próximos días fueron de confraternización, *de los huéspedes guerreros afectuosamente confundidos con los hijos de Tacna*. El 1º de mayo las bandas bolivianas, entre ellas la del "Sucre" ofrecieron una retreta de canciones bolivianas y peruanas. Al día siguiente desde el rayar del alba, se festejó el décimo tercer aniversario de la victoria de la alianza entre Perú, Chile y Bolivia contra la flota española. Hubo desfiles y nuevamente la proverbial y esperada retreta (Ochoa, 2014:21).

Evaluó satisfecho el joven boliviano, José Vicente Ochoa.

El ejército sigue disciplinándose, admirando al pueblo y autoridades de Tacna por el orden moral con que se maneja (Ochoa, 2014:23).

Eran los primeros eufóricos días de la tropa boliviana en el sur del Perú.

2. Los Amarillos del "Sucre"

Aquel mismo 30 de abril ingresó a Tacna el Batallón "Sucre". Los Granaderos de la Guardia y Segundo de Línea, precedidos por su llamativa banda de música. Llamado así en honor al Mariscal José Antonio de Sucre, se distinguía por su chaqueta amarilla. Como varios testimonios dejan constancia no existía un uniforme único en el Ejército de Bolivia, y por el contrario cada batallón y regimiento poseía el suyo proporcionando una variopinta impresión cuando se movilizaban por la ciudad. Los tres cuerpos de línea vestían casacas que representaban los colores de la bandera boliviana: rojo el "Daza" y (luego bautizado como "Alianza" aunque más conocido como "Colorados", amarillo el "Sucre" y verde el "Illimani".

Un cronista que vio al "Sucre" desfilar y hacer ejercicios en Tacna los describió:

El uniforme de este cuerpo, era pantalón blanco, con tira colorada, chaqueta amarilla, cuello y boca manga colorada, de paños y abarcas, mochilas, cantinas ¿? y sábanas en las cinturas. (Claros, 1960:50).

[8] Revista del Sur, Tacna, 2 de mayo de 1880.

Se dice que las sábanas que las donaban sus "Madrinas de Guerra" servirían de mortaja en el caso que cayeran en combate.

En Tacna los integrantes de otros batallones bolivianos los denominaban *"guacaches"* pues usaban como distinción y comunicación un silbido de aquel pájaro. Antes de trasladarse a Tacna estaban "acantonados" en La Paz, probablemente para dar protección del Poder Ejecutivo y en particular al presidente Hilarión Daza, aunque este depositaba su mayor confianza en el selecto batallón que no casualmente llevaba su apellido por nombre de combate, pero que eran, como se aludió, más conocidos—hasta hoy— como los "Colorados" por el color de su chaqueta.

El "Sucre", ya se dijo, formaba parte del ejército regular o de Línea. Se trataba en consecuencia de una tropa bien organizada, disciplinada y experimentada. A diferencia de otros Batallones y Regimientos bolivianos presentes en el sur peruano que fueron convocados y organizados solo para resistir a la invasión chilena, sus integrantes eran soldados profesionales experimentados en el arte de la guerra, que vivían de sus salarios por permanencia en el seno castrense fuese como oficiales o soldados y que como tales participaron activamente en las disputas internas por el poder en Bolivia en la época del caudillismo.

El batallón estaba organizado en dos "bloques", el de primera línea y el de segunda línea. Por otra parte, poseía y funcionaba a partir de una plana mayor de mando integrada por jefes y oficiales. Poseía seis "compañías" de soldados con sus respectivos sargentos armados con fusiles Remington de procedencia americana cuya dificultad derivaba de que usaban proyectiles metálicos que no se fabricaban en Bolivia.

Disponía de una activa banda musical de guerra. Así como se le pagaba a un soldado de la tropa, o a un comandante, se les cancelaba mensualmente a los músicos de la banda, que también tenían grados militares. Tenía una fama bien ganada pues contaba con variados instrumentos, formando una verdadera orquesta de guerra. Contaba igualmente con los servicios de soldados "sanitarios" que probablemente fueron enfermeros y un cirujano, además de un capellán y un sastre.

Es muy difícil establecer el origen social, étnico y geográfico de sus integrantes durante el bienio de guerra entre 1879 y 1880. Era una constante en todo el Ejército que los altos mandos de Jefes y Oficiales

pertenecieran a la raza blanca, aunque seguramente no faltaban algunos mestizos que lograban ascender en el escalafón militar a fuerza de osadía y compromiso. En contraste, la tropa era de origen indígena o de *"cholos"* de ciudad y pueblos, un espacio donde las fronteras étnicas eran porosas. En su seno, por otra parte, coexistieron oficiales y soldados nacidos en distintos departamentos, principalmente La Paz, Oruro y Sucre. El día que ingresaron a Tacna su comandante era el coronel Rudecindo Niño de Guzmán, oriundo de La Paz y perteneciente a una familia de rancia alcurnia., pero en la tropa el componente popular, mestizo e indígena, era dominante.

El "Sucre" poseía una larga historia, pues habría sido fundado por el Mariscal Andrés de Santa Cruz como "Escuadrón Sucre"; y como tal luchó en batallas como Yanacocha y Cusco, Perú (1835). El especialista en historia militar de Bolivia, Julio Díaz Arguedas, refiere que fue el presidente Hilarión Daza quien en 1876 fusionó las columnas de policía de Potosí con la de Sucre. Reclutó además a 150 adolescentes de esta última ciudad para conformar con todos ellos el Batallón "Sucre". Su joven presencia apuntaló el otro sobrenombre que se atribuye a esta unidad militar: *mamahuacachis* que en quechua significan hacen llorar a sus madres, lágrimas derramadas al verlos partir, debido a su juventud. Recién en 1919 el "Sucre" se asentó definitivamente en la Capital de Bolivia, pues anteriormente podía desplazarse de un lado a otro de la geografía boliviana de acuerdo a las circunstancias de la embrollada coyuntura política reinante en la época dominada por intermitentes caudillos.

Bolivia es un inmenso campamento, todos son soldados. La afirmación pertenece al corresponsal del matutino de Cochabamba "El Heraldo", escribiendo desde Oruro[9].

Se refería sin duda al intenso reclutamiento que se producía en todas las regiones de Bolivia. El 7 de abril de 1879 y bajo el mando del coronel Miguel Castro Pinto partieron con destino Tacna dos otros cuerpos o Regimientos integrados por nacidos en Sucre o Chuquisaca. En una repetición de la conformación de las milicias coloniales, estaban integrados tanto por voluntarios como por reclutados *ad hoc* en levas. Por una parte se hallaba el "Escuadrón Sucre", que no era la misma unidad que el aludido y profesional Batallón "Sucre". Este en cambio se conformó con jóvenes de la rancia oligarquía, a los que se incorporaron en el trayecto hacia el sur peruano otros integrantes del mismo origen

9 "El Heraldo", Cochabamba, 1º de mayo de 1879.

social, oriundos de Potosí y de Camargo[10]; juntos conformaron los "Libres del Sur". Por otra parte se hallaba el "Olañeta" integrado por artesanos mestizos de raíz indígena y de habla quechua.

Segmentación propia de la vida social y cotidiana boliviana, que se reproducía en el ejército entre unidades de la reducida clase "selecta" y blanca y las otras integradas mayoritariamente por el "bajo pueblo". Esta división se observaba en otros departamentos como el de Cochabamba. Allí el primer sector social y étnico estaba representado por el Batallón "Vanguardia" y en parte en el Regimiento "Padilla" y el segundo por el Batallón "Aroma" y el "Viedma".

El primero, despedido por una imponente multitud, partió de Cochabamba el 14 de abril, el 23 ya se hallaba en la población minera cuprífera de Corocoro, La Paz, donde descansó un día. Dos días más tarde cruzó el río Mauri.

> Al pisar territorio del Perú, tocó la banda el himno nacional peruano, el primer jefe hizo vitorear con el regimiento a las naciones aliadas.[11]

El frio y el desierto hicieron de aquella noche una *cruel* experiencia. Entrado el atardecer del 1º de mayo arribaron al amable valle de Pocollay, a tres kilómetros al noreste de la ciudad de Tacna. En el plácido valle, unido a la ciudad por una angosta y pedregosa senda, las encumbradas familias de Tacna tenían algunas haciendas, aunque el paisaje rural estaba dominado por la pequeña propiedad campesina (Choque, 2007:20-30).

Al día siguiente se realizó un acto cívico. La tropa y la población corearon:

> ¡Viva la Unión Peruana-Boliviana!
>
> ¡Viva el pueblo de Cochabamba![12]

---

10 El 21 de marzo de 1879, desde el pueblo minero de Colquechaca, Juan Pablo Azurduy, descendiente directo de Manuel Asencio Padilla y su compañera Juana, guerrilleros independentistas escribió a su hijo Gerardo: *Ante todo debes hacer resolución de sufrir con energía toda clase de fatigas e infortunios, porque esto no es juguete. Ser a toda prueba, honrado y sumiso con los jefes; atrevido en el combate*. Canedo Gutiérrez, Hugo. "Escuadrón Sucre". Correo del Sur, Sucre, 3 de octubre de 2015. Texto tomado de "La Patria en Peligro", Sucre, 19 de abril de 1879.

11 "La Democracia", La Paz, 30 de junio de 1879.

12 "La Democracia", La Paz, 30 de junio de 1879.

El miércoles 23 de abril, despedidos por una variopinta multitud y en medio de una lluvia de flores[13], habían partido de esa ciudad ubicada en el centro agrícola de Bolivia otras tropas, que hicieron el mismo recorrido que el "Vanguardia", enfrentando problemas similares en su periplo hacia el sur peruano. Se trataba del "Padilla", el "Aroma" y el "Viedma" (Claros, 1960).

5. Rabonas: proveedoras de comida y consuelo

La mirada y la crónica describen la movilización pero es homogenizante, sin perspectiva de género. Las narrativas sociales y las crónicas de guerra que aluden a las tropas bolivianas y su permanencia en Tacna y el sur de Perú, en efecto no se detienen ni tampoco describen detenidamente al numeroso componente femenino que precedía o, en su caso, se apostaba detrás de la tropa en marcha: *Las rabonas*.

Durante el desplazamiento militar, o una vez instituido el campamento en Tacna, recorrían las campiñas aledañas, para conseguir por cualquier medio, por las buenas o las malas, alimentos y sustento fuese vegetal y animal para sus familias.

> (A)compaña a todas partes al ejército y cuyo número es casi igual en muchos cuerpos al de los soldados. (E)s cocinera, lavandera, bodega, y mujer del soldado (Del Mármol, 1880:61).

Ellas cumplieron un rol fundamental en el cuidado, aprovisionamiento y en la cocina de la tropa. Se trataba de una práctica antigua que puede registrarse incluso en los ejércitos de la época colonial altoperuana. Luego de la independencia de Bolivia proclamada el 6 de agosto de 1825, continuó su presencia al pie de la letra en el precario y mal organizado ejército republicano que realizó sus presentaciones principalmente durante las álgidas y frecuentes contiendas entre civiles y militares en la disputa por el poder entre caudillos.

La tropa boliviana que marchó a los campos de batalla del sur peruano era en verdad de una estructura compleja, una suerte de columna móvil que se desplazaba por los campos hacia las batallas y que se sustentaba con la contribución de mujeres quienes estaban fuera de su mando y alcance jerárquico directo. *Las rabonas* —llamadas así porque iban a la cola o rabo de la columna castrense— fueron una pieza vital para que la armazón militar funcionase. Se trasladaban a pie con sus bártulos y su familia al compás de la tropa, pues toda

[13] "El Heraldo", Cochabamba, 25 de abril de 1879.

tentativa de dispersarlas o prohibir su presencia fue inútil; sin ellas se decía que las deserciones y el descontento aumentaban por lo que los altos jefes castrenses no tenían otro remedio que tolerarlas y en su caso agasajarlas, quizá a regañadientes. En rigor, la presencia masiva de las mujeres y sus vástagos pintaban al Ejército con las características de una tropa de familia, que se movía a un compás desordenado fruto del entrecruzamiento del ritmo marcial y reglado de las bandas de guerra con el cansino paso de las rabonas y sus familias.

La comida fue una de las mayores preocupaciones de soldados, sargentos y no pocos oficiales en guerra contra el invasor chileno. A diferencia del Ejército peruano que disponía de una logística centralizada y una cocina para alimentar diariamente a sus integrantes, en su par de Bolivia no existía el *"rancho"* y en contraste se dejaba que cada oficial o soldado resolviera por su cuenta cómo y qué llevarse a la boca.

Al soldado Claros le parecía óptima esta combinación:

> Los peruanos cuando salía el sol se ponían en fila. Se hallaban sujetos al rancho ¿Y en qué consistía? En un caldero grande, le ponían una pierna de vaca, algunas papas y porotos, la distribución vi en la forma siguiente: cada soldado sacaba su plato de palque para recibir su ración, en dicho plato contenía un retazo de carne, unas tres o cuatro papas y mucho caldo; para tomar el retazo de carne, tenían que perseguir con la cuchara. Al contrario, nosotros estuvimos bien tratados con 60 cts. diarios que nos pagaban. Las vivanderas traían caldos de toda clase, laguas recias, asados de pescados con lechuga, huevos, bisté, cada plato 10 cts. (…) (1960:47)

Florencio del Mármol, argentino, inicialmente incorporado como oficial a las fuerzas bolivianas del "Coraceros", regimiento escolta presidencial, dejó por su parte constancia de que:

> El ejército no recibe ración de ninguna especie durante su permanencia en un centro de población. Con el socorro que se le da tiene que proveer a su manutención. Ese socorro consiste en 2 pesos plata para los jefes, 1 para los oficiales y 4 reales para los soldados: es un anticipo del haber mensual que queda reducido para el soldado a unos 3 o 4 pesos.
>
> En campaña el ejército era racionado con lo que hubo y se pudo, pues a pesar de recibir el socorro, nada podía hacerse con éste por la falta absoluta de víveres en las pequeñas poblaciones de los valles (1880:62-63).

Las *rabonas* suplieron, como pudieron, ésta y cuantas omisiones logísticas produjo la precaria intendencia del Ejército de Bolivia. Compañeras, esposas, amantes o hijas de los combatientes (Sater, 2016: 89-92), en su gran mayoría eran mujeres indígenas y mestizas de habla quechua y aimara, pertenecientes a los sectores más pobres y excluidos de la aristocrática sociedad boliviana. (V)erdadera encarnación de todas las virtudes y todos los vicios. Financiaban sus actividades con los salarios y los "socorros" (adelantos diarios) de sus compañeros o, en algunos casos también con sus ganancias. Al menos en dos oportunidades recibieron fondos del presidente Daza, a manera de dádiva en afán de "gratificarlas". 800 pesos el 15 de julio y el 8 de noviembre 1.000 pesos. (Ahumada, Tomo V, 1888:365). Cabe notar que el "socorro" de un soldado era de medio peso diario, por lo que el monto anotado correspondía al importante número de 1.600 o 2.000 asignaciones.

A principios del siglo XX ellas fueron descritas[14], no sin un dejo de mirada racista, por el cochabambino Joaquín Lemoine.

> La rabona es una mestiza, baja de estatura, de formas turgentes, facciones incorrectas, tez cobriza, cabellera de ébano, cortada al nivel de la nuca, de tal modo desgreñada que suele cubrir su rostro pálido, ajado, como el velo de la viudedad y de la inocencia.
>
> Azul, acampanada y corta pollera de bayeta, rebociño rojo, sostenido el hombro por un topo (prendedor) de bronce; pañuelo de vivísimo color envuelto en la cabeza a la manera de un turbante turco o una coiffure de la campesina napolitana; zapatilla rebajada(1912:30).

El autor no lo dice o no reparó en ello, pero el topo, un largo y fino alfiler, era un adorno y a la vez una secular arma de defensa contra las agresiones. Partían al clarear el día en medio de algazaras y nubes de polvo.

> Allá van cabalgadas en acémilas y asnos, llevando pendientes, tanto por detrás y por delante, como por uno y otro costado, útiles de cocina, comestibles, arreos harapientos de viaje, un niño de pechos a la espalda, un kepi (bulto) en la cabeza, un fusil en la maleta, una fornitura en la cintura o una bayoneta en la mano.

---

14 "Otra similar descriptiva pintura de las rabonas, pertenece al inglés Clements Markham, basada en la situación del Ejército del Perú. *Se permite a las mujeres de los reclutas, llamadas rabonas, seguir a los regimientos en que sirven sus maridos. No reciben ración sino que se alimentan con parte de la que les toca a sus cónyuges. Estas fieles y sufridas criaturas siguen a los ejércitos en sus largas y fatigosas marchas, llevando mochilas y utensilios de cocina, carga que a veces agrava el peso un niño de pecho. No bien se hace alto, la rabona se afana en preparar alimento de su marido, que, por lo común, tiene ya dispuesto al romperse las filas*. (1979:108)

> Han sido las primeras en saber el orden del día…Pero de lo que si se curan es de tomar la delantera a las fuerzas militares, para esperar cada una a su soldado respectivo, con el desayuno de cuanto han podido plagiar en el camino. (Ibíd:31)

Convivían junto a sus compañeros en los precarios campamentos militares, compartiendo miserias, temores, amores, recriminaciones y alegrías. Pese a su estratégico rol para el funcionamiento de la organización armada, no figuraron en los partes ni registros militares oficiales, de modo que sus nombres se han hundido en el torbellino del tiempo.

Afortunadamente algunas pistas sobreviven al olvido y al tiempo y nos dan una imagen de su activa participación en Tacna. Manuela, oriunda de la zona minera del cobre de Corocoro (La Paz) era una rabona afamada; Lorenza nativa de Cochabamba cuyo compañero pertenecía al Batallón "Padilla" con tropa oriunda de esa región cumplía un rol similar. Descollaba igualmente la compañera de Gerónimo Beltrán del Batallón Colorados y la del Sargento Olaguibel de la misma unidad; todas sin nombre y apellido reconocido como si fuesen simples extensiones anónimas de sus compañeros varones.

Quien se destacó por su afán en combatir fue la Fiera Claros, rabona oriunda de Cochabamba, también anónima compañera de un sargento de ese apellido que se impuso al suyo. Fue descrita por un testigo como:

> (A)lta, gorda, muy picada de viruela, con una nube en el ojo derecho, sombrero pequeño de paja, al estilo de las cochabambinas, muy forajida (Claros,1960: 24).

Recién en 1886, pasada la conflagración bélica con Chile, y durante el gobierno de Aniceto Arce, se estableció el sistema de rancho para los soldados y comedores para oficiales. Se trató de anular la presencia de las *rabonas*; aunque su número disminuyó, ellas continuaron proporcionando sus servicios por un buen tiempo

5.1. Comer al día

Ya establecidas en Tacna, las *rabonas* hallaron modos y astucias para relacionarse y regatear con comerciantes locales y extranjeros. Acudían a sus tiendas, al ahora desaparecido establecimiento de "La Recoba" en la Alameda o se movilizaban al puerto de Arica y la zonas rurales aledañas con el mismo objetivo; a veces, sobre todo las que

estuvieron en las zonas aisladas próximas al puerto peruano de Pisagua, podían recibir de manos gubernamentales aprovisionamientos de arroz, harina y azúcar.

En Tacna cocinaban usando la *salvajina* o siempre viva, una planta rastrera—en verdad la única que crecía en el desierto— que crecía en los arenales que se extienden en las agrestes alturas de la ciudad. La recolectaban, la apreciaban y la describían como un buen sustituto del carbón de piedra que no existía en la zona. Probablemente utilizaban también excremento seco de llamas, mulas y caballos. Si tenían fortuna se procuraban ramas y palos, pero en general la madera era cara y relativamente escasa en la zona. Con cualquier recurso sus marmitas y ollas se calentaban para disponer de alimento o alguna infusión siempre lista y a temperatura conveniente. Así lograban que durante todo el día y la noche las fogatas ardieran en los campamentos que lucían a la distancia como tintineantes estrellas.

Algunas *rabonas* preparaban principalmente para su compañero y si sobraba lo ofrecían al resto de la tropa. Otras en cambio oficiaban de *vivanderas* especializadas que se dedicaban casi exclusivamente a vender sus platos y bebidas tanto alcohólicas como té y café a sus clientes o *"aparceros"* para ganarse unos pesos. Es probable que ellas no tuvieran nexos familiares con los integrantes de la tropa. Los platos más solicitados y degustados eran las espesas *laguas*, los *chairos*, las *ranga-ranga*, los *chupes*, las *cuatro cosas*, el *posckoapi*, la *sajrahora* y los *asados de pescado* como de carne vacuna; esta última llegaba de los valles cercanos o en recuas traídas desde el norte argentino, Salta y Jujuy.

Quizá fueron las *rabonas* que también procuraron la imprescindible coca para los soldados y para su *pijcheo* de ellas mismas y de sus soldados. Cuando en mayo de 2015 desenterraron los cuerpos de los combatientes bolivianos se halló en su entorno hojas de la sagrada planta incaica; secas por la arena del desierto estaban casi intactas y todavía de color verde. Es posible que las *rabonas* la compraran directamente de mercaderes como la casa "E. Antequera y Cía." que se ufanaba en dar constancia que la recibía directamente de los "Yungas" de La Paz, además de tabaco y café de la misma procedencia.[15] Otros proveedores podían ser los *cocanis* indígenas que la trasladaban en sus recuas desde los mismos afamados Yungas. Su ineludible complemento

[15] "La Revista del Sur", Tacna, 4 de diciembre de 1879.

de *lejía* pudo venir desde Bolivia, aunque no hay que descartar que se produjera también en Tacna.

5.2. Beber y vestir

El acceso al agua, constituía otro imprescindible componente para la supervivencia de la tropa, máxime en la desértica costa del sur peruano. Había que organizar su trasporte y los puestos de entrega a efectivos, caballos y mulas (Heredia, 1945:164-171). Su distribución ayuda a comprender otra de las distancias sociales y étnicas en el cuadro de la resistencia boliviana a la invasión chilena y el rol de las *rabonas* en su reparto. Si bien durante la marcha por el desierto la escasez era casi por igual para jefes, oficiales y soldados, en Tacna la situación era marcadamente distinta. Claros, dejó constancia en su Diario que la tropa boliviana abrevaba de las acequias que cruzaban la Alameda de Tacna, solo dos días a la semana. Antes que llegar a las sedientas bocas, el líquido elemento recorría varios pueblos donde sus habitantes lavaban la ropa, se bañaban y los fleteros y arrieros curaban sus mulas y caballos. Es el *agua más sucia e inmunda que existirá en la tierra*, concluyó. (Ibíd:17)

Calculó, sin otra fuente de registro que su propia estimación subjetiva que, por consumirla, al menos medio millar e incluso más de soldados bolivianos fueron a dar al hospital con fiebres y disenterías; es decir más del 10% de la tropa boliviana estacionada. Con seguridad las *rabonas* y sus vástagos, que consumían la misma agua, fueron igualmente víctimas de las enfermedades gastrointestinales y las calenturas.

Claros, sus amigos y compañeros, en cambio, gracias a su posición social y mejores recursos económicos, pudieron evitar los riegos del agua común y corriente. La tomaban en cambio destilada o filtrada. En su caso acudían también al *"chinchivi"* de origen afro-peruano con gusto a una limonada y traída a Tacna en botellas de barro, por tanto cara y al alcance de pocos privilegiados bolsillos. Precaución que ayudaba a los pocos que podían beberla regularmente a esquivar las fiebres y malestares estomacales.

El uniforme marcó también una distinción clara acorde a los roles y el prestigio social de los distintos estamentos del Ejército. Los oficiales obtuvieron telas de mayor calidad y sus trajes de parada y combate fueron confeccionados por sastres nacionales e incluso franceses fuese

en Bolivia o en Tacna, cosidos a costa del presidente Hilarión Daza y luego de Narciso Campero, que lo sucedió en el cargo en enero de 1880, como se verá más adelante.[16]

En cambio los soldados llegaron a Tacna con sus uniformes de bayeta, tela menos sofisticada, producida en Bolivia, principalmente en el valle de Cochabamba, en el centro de Bolivia e importante centro de textiles de fabricación artesanal.

> Este vestuario (de cuartel y campaña) consistía en una especie de chaquetilla suave con vivos negros, y un pantalón ancho en la parte superior y angosto en el extremo, pero sin la gracia del corte militar francés. El kepi (bulto) de cierta forma que tiraba a morrión, generalmente se cubría de una funda blanca. El calzado de la infantería era la ojota o sandalia de cuero (Del Mármol, 1880:63).

Para suplir los desgastes se trajo fardos del mismo género confeccionados principalmente en Oruro y Cochabamba. El testimonio de Mármol nuevamente es claro al respecto:

> Durante la campaña tampoco se ha dado al ejército pieza alguna del vestuario confeccionado por el Estado. Solo se ha recibido el material; es decir las varas necesarias de una especie de jergón blanco, amarillo verde o colorado, con el que los mismos soldados hacían su vestuario o lo mandaban hacer a su propia costa (1880:63).

Salvando el hecho de que numerosos soldados eran sastres y podían por tanto confeccionar sus uniformes para sí mismos y otros integrantes de su fuerza, el rol de las *rabonas* nuevamente fue relevante. Remendaron la ropa y cosieron, cuando fue necesario, los nuevos trajes de sus compañeros y también sus *"cananas"* para llevar los proyectiles confeccionadas de lona importada. Se puede imaginar igualmente a aquellas numerosas mujeres de trenzas y polleras multicolores a orillas del río Caplina lavando su ropa, la de su familia y la de su compañero soldado.

Los batallones de Línea, como el "Sucre" por su mayor tradición e influencia podían estar mejor dotados que aquellos voluntarios que recién conformaban el Ejército ahora en campaña.

---

16 Sin embargo integrantes de la "Legión Boliviana" se quejarán que no se les proporcionó uniformes adecuados y que Daza prefirió a los cuerpos de línea.

> Los cuerpos bolivianos llevaban luengos capotes grises, azules o rojos de bayetón del país, pero capotes verdaderamente militares, prenda que solo gozaban los cuerpos de línea, (Ramallo,1901:45)

Por otra parte, en relación al calzado, las diferencias eran también notables. Jefes y oficiales usaban botas y botines; las más requeridas procedían de los talleres y las manos de artesanos de Cochabamba, un importante y reconocido centro de marroquinería. Los soldados y sargentos usaban en cambio *ojotas*, más baratas pero molestas a la hora de caminar entre filosos pedruscos y las arenas calientes del desierto. Quizá eran procedentes también de los talleres de Cochabamba, Oruro y Puno o en su caso fueran fruto del trabajo de artesanos locales al igual que las botas y los botines para los oficiales y jefes. Sin embargo, muchos zapateros fueron reclutados e incorporados a filas en diversas regiones bolivianas, de modo que es posible que ellos mismos las confeccionaran o las repararan en Tacna. Batallones de Línea, como el "Sucre" poseían incluso sus propios remendones.

6. Vivir en Tacna

El grueso del Ejército de Bolivia, permanecería poco más de un año en el Sur del Perú, aunque la última tropa en ingresar a Tacna lo haría casi un año más tarde que la primera y duraría en la localidad apenas poco más de un mes, antes que la derrota sufrida el 26 de mayo de 1880 lo obligara a abandonar Tacna.

Esta ciudad presentaba la imagen de casas bajas a orillas del río Caplina y rodeada por fértiles campiñas que desafiaban con éxito al desierto próximo. Establecida a 1.200 kilómetros al sur de Lima con una altura promedio de 562 msnm., contaba entre nueve y diez mil habitantes y era un importante centro de comercio con Bolivia y el aledaño puerto peruano de Arica. Hasta La Paz u Oruro la unía una estrecha y tortuosa ruta de herradura entre arenosa y pedregosa, que presentaba dificultades para remontarla y entorpecía un comercio más activo. No faltaba agua, pero comida y forraje para los animales no siempre estaban disponibles. Los arrieros y comerciantes, que iban más lentamente, preferían por ello las llamas por su mayor resistencia y los viajantes, sin el peso mortificante de la carga, usaban caballos y mulas, más veloces. Los primeros tardaban un promedio de 10 días y los segundos entre cuatro y cinco aunque un correo expreso demoraba un par de jornadas y media, para recorrer a caballo unos 430 kilómetros u 83 leguas.

Manuel Pascual Vargas, oriundo de Mizque, Cochabamba, hijo de un comerciante y hacendado, con estudios de derecho en la universidad de Chuquisaca, integraba la IV División compuesta por 1.600 hombres procedentes del Departamento de Cochabamba. Esta, como se dijo, partió de la ciudad del mismo nombre el 23 de abril de 1879. Estaba integrada por el Regimiento “Padilla” a caballo y los Batallones “Aroma” y “Viedma” que se movilizaban a pie. Después de una larga y penosa marcha, caracterizada por el frío, el viento y el hambre, pese al socorro de vecinos e indígenas en el recorrido, ingresaron el 13 de mayo a Pachia. Al día siguiente organizaron campamento en la cercana y pequeña población de Calana, igualmente rodeados de abundante y gratificante vegetación, frutas y legumbres.

El 30 de mayo, entraron marciales a Tacna. Vargas en su Diario describió sus impresiones del panorama que se le presentó tras ingresar por la extensa calle Comercio que desembocaba en la Plaza Principal. Vivía una nueva experiencia pues por primera vez observaba detenidamente la hasta ahora tranquila urbe de unos 9.000 a 10.000 habitantes, convertida ahora en su destino de guerra y a punto de entrar en evolución.

> (N)os hizo una grata impresión, al ver casas hermosas, hoteles de toda clase, la plaza, aunque pequeña pero con una pila, rodeada de jardines y eucaliptos que daba una sombra pintoresca.
>
> La calles rectas, una de ellas “2 de mayo” con arboleda en ambos extremos de la vereda, sirviéndole de resguardo unas cadenas de fierro hasta la estación del ferrocarril que es un local hermoso, con una maquinaria completa, para los mecánicos. Otra calle es la “Alameda” larguísima como la del “Comercio”, tiene dos avenidas de sauces cortados, de copa baja. Al centro de estas calles hay un edificio que se llama Glorieta, como la Rotonda de Sucre, con la diferencia que es de madera. Por el centro de las avenidas, existe una acequia ancha empedrada por donde atraviesa el agua, cada domingo y jueves que sueltan de Tarata, pasando los pueblitos de Pacha, Calana, Pocolla y Alto Lima(…).
>
> En la misma “Alameda” está situada la Recoba, un edifico grande. Mucho aseo en los matarifes, sus mesas de mármol, en las perchas se hallan colgadas las capas.
>
> Tiene una catedral de dos torres de pura piedra y ladrillo, en media obra, con un subterráneo, en todo el cuerpo del templo. Existe otra iglesia en la calle “de Mayo” llamada San Ramón y una capilla de la Concepción en el extremo de la calles del “Comercio” al lado de un tambo. Tiene un teatro, tras la calle de

San Martín pequeño, pero muy decente, en forma de un herraje, con vista hacia el Oeste.

En los alrededores de la ciudad, desde Calana hasta el Pará que medirá una longitud de tres leguas, todo está rodeado de Alfa-alfares, cañaverales, maizales; los cercos son de granada y olivo; hay mucha pera(de a libra), higo, manzanas, uvas blancas y de las otras(como decían las revendedoras negras), toda fruta del valle. El calor es intenso, a las doce del día la municipalidad hace rociar con agua todas las calles; mide una temperatura de 25 a 27 grados, minimunto (Claros,1960: 17).

Los datos disponibles no permiten por ahora describir ni analizar en detalle la vida cotidiana del Ejército de Bolivia y ni del Batallón "Sucre" en particular durante su presencia en Tacna. Lo previsible es que las experiencias humanas fueran diversas al reproducirse en su seno las mismas fracturas de clase y étnicas que se evidenciaban de la oligárquica sociedad boliviana. Estas distancias que en Bolivia suponen también diferencias étnicas, condicionaban en el teatro de la guerra el acceso de las tropas a bienes, salud, alimentos; es decir, abrían o cerraban oportunidades según las diversas filiaciones sociales que se reflejaban en el rango militar.

En otras palabras, un mejor tratamiento, como se vio en el caso del agua y la vestimenta, merecían los oficiales criollos que contaban para vestirse y abastecerse con sus propios recursos económicos; en algunos casos en relativa abundancia. Otra en cambio era la situación que enfrentaban los soldados del *bajo pueblo y en mucho de la clase indígena* que conformaban los nuevos batallones y regimientos organizados para confrontar la invasión chilena y los cuerpos de línea aunque estos eran en general mejor tratados que los novatos.

La gran mayoría del ejército boliviano en campaña correspondía a estos segmentos sociales y étnicos; quizá un 90% del total de sus plazas. Al 10% restante, al minoritario núcleo que se autodenominaba socialmente *"selecto"*, pertenecían jefes y oficiales y la totalidad de la tropa "Legión Boliviana", integrada por aproximadamente medio millar de *"jóvenes decentes"*. Eran oriundos de diversas localidades, principalmente La Paz("Murillo"), Cochabamba ("Vanguardia" y "Padilla"), Sucre, Camargo y Potosí ("Libres del Sur"), pero también procedentes Oruro, Santa Cruz y Beni, estos dos últimos agrupados inicialmente en el "Escuadrón Velasco". Ellos gozaban, además de mayores emolumentos mensuales pagados por las arcas fiscales que un soldado o un sargento, del soporte de relaciones sociales con las elites

locales, tanto peruanas como extranjeras, principalmente comerciantes italianos, británicos y españoles, avecindados en Tacna. Redes sociales que les permitían asistir a sus fiestas y salones de tertulia como el "Club Inglés", así como entablar relaciones de amistad e incluso amorosas con las jóvenes de la población.

Un testimonio de una de ellas, da cuenta:

> En los últimos días de abril, llegó el Ejército boliviano, que fue recibido por todo el pueblo, que lo veía pasar lleno de fe en los triunfos soñados. Era la primera vez que veíamos nosotros tantos soldados juntos y, como la oficialidad de ambos ejércitos, tanto del peruano como del boliviano, estaba compuesta en su mayor parte, por la mejor gente de la sociedad de ambos países, naturalmente, los salones se abrieron para recibirlos y todo fue fiestas y conciertos que tenían el fin de ayudar en lo posible a ciertos gastos y con el objeto de hacer más llevadera la vida de esos jóvenes que abandonaron hogar comodidades para ofrecerla en defensa de la patria (Neuhaus, 1938:3).

Los espacios de sociabilidad para la tropa mestiza e indígena excluida de los grandes y elegantes salones o los bares de prosapia fueron otros: Los mercados y recovas, las plazas, las calles, las orillas del río y los locales de bebida, fuesen de chicha de maíz, vino o de pisco; aunque en ellos quizá podían alternar por unos breves momentos con sus jefes y oficiales que buscaban una diversión diferente a la reinante en las casas de prosapia habitadas por sus pares sociales de Tacna.

En otros términos, la experiencia de vivir en tiempo de guerra como sus impactos sobre la subjetividad y la conducta en los componentes del Ejército de Bolivia, se enfrentaba y administraba de modo diferente según la clave social y étnica.

CAPITULO II
HACIA LAS DEFINICIONES



Descripción de izquierda a derecha:

1. Soldado del Regimiento Murillo.
2. Soldado del Regimiento Colorado.
3. Soldado del Regimiento Colorado.
4. Soldado del Regimiento Sucre.
5. Soldado del Regimiento Viedma.
6. Oficial Boliviano.
7. Soldado del Batallón Aroma.
8. Soldado del Batallón Loa.

Chile, tras ocupar en febrero de 1879 todos los puertos bolivianos sobre el Pacífico, concentró en ellos sus tropas, principalmente en Antofagasta. Miles de sus soldados quedarían estacionados en sus campamentos por varios meses aguardando el desenlace de las operaciones marítimas. Entre tanto continuaban llegando a Tacna tropas procedentes de Bolivia. A las tres de la tarde del 2 de mayo ingresaron las cuatro compañías y los más de 160 integrantes de los "Rifleros" o "Vanguardia" de Cochabamba. Al mando se hallaban, entre otros jefes, Eliodoro Camacho y Nataniel Aguirre. Su estandarte rezaba: *"De la patria la victoria, o de la muerte la gloria"*. (Ochoa, 2014:22)

1. El fragor del mar

La conflagración se consolidaba cobrando intensidad y agresividad. Tomadas y ocupadas Antofagasta y los otros puertos bolivianos además de Calama, las aguas del Pacífico se convirtieron en el principal teatro de combate y de operaciones. Chile para continuar su plan de invasión inició en abril el bloqueo de los puertos peruanos de Pisagua y Arica a la par que desató una disputa con la armada de Perú por la supremacía marítima. Como Bolivia carecía de barcos de guerra, quedó en manos de su aliado llevar en el mar las acciones bélicas para enfrentar la bien conformada escuadra enemiga. Se destacaba en la flota peruana el monitor blindado *Huáscar*, bajo el comando del *invicto* Miguel Grau Seminario; Perú contaba además con la fragata también blindada *Independencia*, además de la corbeta *Unión* y su similar, la *Pilcomayo*.

Jefes, oficiales y la tropa boliviana asentados en Tacna seguían con suma atención el desempeño peruano en mar abierto y las vicisitudes que enfrentaban sus puertos bloqueados. El 7 de mayo de 1879, por ejemplo, a la una y siete minutos de la tarde el general Daza recibió una comunicación que le pedía que envíe sus tropas hasta Arica. Cundía el temor de un desembarco chileno al haberse avistado tres naves de esa bandera en las aguas próximas a aquella población portuaria.

A las 15 horas se dispuso que para protegerla marchasen los batallones de Línea "Daza" y "Sucre", que respondieron rápidamente.

> Ha llamado la atención pública la presteza y entusiasmo con que se han puesto en pie de combate los predichos batallones.
>
> Menos de cinco minutos les han bastado para encontrarse listo a marchar a la estación; donde esperan la contestación del

telegrama que se ha hecho a Arica preguntando que el envío de fuerza era necesario (Ochoa, 2104:8).

Aunque nuevas noticias procedentes del puerto hicieron que ambas unidades retornen a sus cuarteles, quedó sin embargo asentado su prestigio militar. Finalmente ante nuevas sospechas de una posible incursión chilena, a las tres de la mañana del día 8 solo el Batallón "Daza" tuvo que partir por vía férrea. Doce horas más tarde retornó a Tacna sin novedades.

Mientras esperaban que su aliado peruano superara a su adversario en los mares, tropas de Bolivia, individualmente o en grupos, siguieron fluyendo hacia la concentración militar de Tacna, que las atraía como un imán de guerra. El sábado 10 del mismo mes de mayo entraron el Batallón "Olañeta 2do de Cazadores" procedente de Chuquisaca y el Escuadrón de "Rifleros" de Luribay, un fértil valle cercano a La Paz, que a los cinco días sería disuelto y sus integrantes instalados en otros cuerpos. Batallones bolivianos, entre ellos el "Sucre", los recibieron alborozados en el valle de Pocollay, como había ocurrido con otras unidades bolivianas. Al día siguiente todos los cuerpos armados oyeron misa, un conjuro protector católico en esta mezcla de guerra y religión donde cada país buscaba para sí el favor del "Dios de los Ejércitos".

El flujo humano desde Bolivia iniciado en abril, continuaba. El 13 arribaron nuevas partidas militares; ésta vez fue la IV División nativa de Cochabamba. Al mando del veterano general Luciano Alcoreza de 59 años quien vivió exilado en el Perú entre 1857 y 1861, se presentaron los batallones "Aroma", "Viedma" y "Padilla". Habían partido de esa ciudad situada en el centro de Bolivia, a las 6 de la madrugada del 23 de abril. Hicieron el recorrido a punta de pie y *"ojota"* por el altiplano, las montañas y el desierto, al son de la *hermosa* banda del "Padilla" (Claros,1960). La columna constituida por 1.600 plazas ingresó al valle de Pachia, para seguir luego a Calana y aposentarse finalmente en Pocollay, rodeado de abundante vegetación. Los Jefes y oficiales dormían en casa y la tropa en carpas. (Huatuco, 2017:30)

Tres días más tarde llegó un septeto de soldados, entre ellos dos pertenecientes al "Sucre", Faustino Villagra y N. Pérez, que enfermos se habían quedado en La Paz cuando sus batallones partieron el 17 de abril; ya repuestos *a pie, casi desnudos y a su costa* decidieron unirse a sus unidades (Ochoa, 2014:37). El 18 del mismo mes ingresó a caballo un contingente de 350 hombres. Procedían de Chuquisaca, Potosí y

el valle de Camargo. Pertenecían a la *"juventud distinguida"* de esas localidades; es decir a los sectores de poder político y económico. Abogados, estudiantes, comerciantes y uno que otro hacendado, habían partido de Chuquisaca el 9 de abril con el nombre de "Escuadrón Sucre", pero ahora se designaban como "Libres del Sur".

Tan pronto como llegaban, las fuerzas bolivianas se desplazaban y dispersaban para protegerla hacia otros puntos de la rica geografía del sur del Perú. Quizá no fue la mejor estrategia. Años más tarde José Vicente Ochoa, con acento crítico, afirmó que con esta medida el presidente peruano Prado *distribuyó ese lúcido ejército en fracciones desde Pisagua hasta Loa, como tribus árabes nómadas, condenadas a sufrir los horrores de desierto* (1881:98).

Pero hubo que cumplir las disposiciones superiores. El 15 de mayo a las nueve de la mañana salieron de Tacna con destino Arica 1.250 hombres de los batallones bolivianos "Illimani", "Independencia" y el Regimiento "Bolívar"; todos al mando del general Carlos de Villegas. Dos días más tarde dejaron el puerto hacia Iquique, el principal y más poblado atracadero de Tarapacá. Usaron la vía terrestre por el impenitente camino de los *arenales del despoblado*. Por su parte, la madrugada del jueves 22, las 350 plazas del "Olañeta", que se ahorraron el periplo a pie de sus compatriotas, se embarcaron en la nave peruana "Oroya" hacia Pisagua, otro puerto peruano y como el anterior, punto de embarque del salitre hacia los mercados del mundo.

Como a las 14 horas de ese mismo día se conoció en Tacna la información de que el *Huáscar*, batallando frente al puerto de Iquique había echado el día anterior a pique al *Esmeralda*, una corbeta de madera chilena. Por su parte el blindado *Independencia* perseguía a la goleta *Covadonga* nave de la misma nacionalidad adversaria.

Al saberse la noticia, que se reenvió de inmediato a Bolivia, reinó inusitada alegría en la población de Tacna y entre las tropas bolivianas y peruanas:

> El entusiasmo en esta ciudad es indescriptible. El pueblo recorre por todas las calles con las banderas de las naciones aliadas, entonando los himnos de Bolivia y el Perú, con las bandas de nuestro ejército. (Ochoa,2014:14)

Una de ellas sin duda era la que pertenecía al "Batallón Sucre", reconocida por su prestancia y buen ritmo.

> Las campanas se echan al vuelo. Los meetings patrióticos se improvisan por la multitud al aire libre. El frenesí raya en delirio. La ciudad presenta en estos momentos el aspecto de una ebullición de patriotismo (Ochoa, 2014:14-15).

Se creyó incluso que había llegado el momento de iniciar una ofensiva contra Chile. Se decidió que el Batallón "Victoria" y el "Escuadrón de Francotiradores", ambos bolivianos, este último formado por los refugiados procedentes del litoral boliviano ocupado por Chile, se trasladen en tren hasta Arica, donde arribaron a las 10 p.m. Estaba previsto enviarlos a Iquique, para movilizarse con las tropas allí destacadas hacia la zona del río Loa tomado por Chile. El plan incluía que la flota peruana se desplazara por mar para apoyar la ofensiva terrestre.

La euforia duró poco y la operación se frustró, pues al anochecer se conoció que *La Independencia* al perseguir a la *Esmeralda*, que se evadió en los mares, quedó encallada en los arrecifes de Punta Gruesa, a unos 18 kilómetros del sur de Iquique. Antes de abandonarla, su capitán Juan Guillermo More ordenó prenderle fuego para evitar que cayera en manos del enemigo. Tacna enmudeció al saberlo. El pesar inundó a oficiales y soldados bolivianos, al igual que a sus pares peruanos. *(H)a sucedido en una letal tristeza que raya en la desesperación*. (Ochoa,2014:45)

Quedó suficientemente claro para todos que con *La Independencia* fuera del juego bélico, el poder marítimo de Chile se afianzó aunque aún no tenía el control total. Una de las respuestas de la alianza peruano-boliviana a la catástrofe fue reforzar con más tropas los ahora más amenazados que nunca puertos peruanos de Iquique y Pisagua, así como las ensenadas próximas. Se asumía que desde allí se podría proteger las salitreras establecidas en sus proximidades y mantener abiertos los canales de su exportación, fuente de ingresos para el alicaído erario del Perú que soportaba fuertes gastos para sostener la contienda. El 24 de mayo el Batallón "Victoria" y los "Francotiradores", dejaron Arica para trasladarse por mar hacia el puerto Iquique el más importante para el comercio de salitre. Acompañó a la tropa boliviana el presidente peruano Prado; aunque el mandatario sólo permanecería unos días en la población y para el 4 de junio estaba de regreso en Arica.

La previsión fue correcta. Chile logró afianzar su bloqueo sobre los fondeaderos de Pisagua, Iquique y Arica e incluso el Callao, el principal puerto peruano, ubicado a las puertas de Lima. Empero aún no se animaba a desembarcar tropas en suelo peruano por temor a la veloz corbeta *Unión* y sobre todo al esquivo *Huáscar* comandado por el osado Miguel Grau.

Sus exitosas correrías inflaron los ánimos de las tropas en tierra y las poblaciones civiles en Perú y Bolivia. Solitarios al surcar los mares, aún podían causar daño a la armada adversaria y a las tropas chilenas que trasportaran si se osaban movilizarse por las aguas del Pacífico. Prueba de ello es que el 23 de julio el *Huáscar* frente al puerto boliviano de Antofagasta capturó al buque *Rimac*, que trasladaba a unos 300 hombres de los "Carabineros de Yungay" y sus respectivos caballos, además de ganado y armamento. Fueron inicialmente llevados presos a Tacna, golpeando la moral de Chile; en Santiago y otras localidades hubo embravecidas protestas y se exigió castigo a los responsables. En contraste, su presencia en la ciudad peruana suscitaría una mezcla de curiosidad y satisfacción de la tropa boliviana y la población en general[17].

En apreciación de Ochoa el éxito de la nave peruana era valioso pero también era igualmente consciente que la tarea sobrepasaba sus fuerzas:

> El atrevido y feliz "Huáscar" no se bastará para las operaciones del mar: hace mucho más de lo que se podía esperar, a punto que solo él tiene en jaque a la escuadra de Chile; da serios golpes y hace constantes presas (2014:69).

En estos términos se preguntaba el joven boliviano en su balance de fines del mes de junio de 1879, dudando por cuánto tiempo se prolongaría esta racha afortunada.

Entre tanto la armazón de la maquinaria de guerra no se detenía. Cuando la contienda estalló, el Ejército de Bolivia estaba mal armado pues sus vetustos fusiles y sus antiguos cañones sobrevivientes de otras batallas eran suficientes para decidir en una contienda interna, pero francamente exiguos para salir bien librados de una querella internacional contra un adversario mejor dotado con armas modernas.

[17] El 23 de noviembre de 1880, la mayoría fueron canjeados por prisioneros peruanos de la nave "Huáscar".

El 2 de julio arribaron a Arica, en la nave peruana “Pilcomayo”, **1.300** carabinas Remington procedentes de Nueva York. Al día siguiente una fracción de los Batallones “Paucarpata” de La Paz, “Aroma” No.1 de Cochabamba, “Dalence” de Oruro y “Vengadores” de Colquechaca recibieron, entre todos, 800 unidades del moderno armamento[18]. Los soldados *“besaban respetuosamente su nueva arma”*[19].

La ahora mejor dotada y más animada tropa integrada por 1.700 hombres al mando del general Pedro Villamil, desafiando a las naves chilenas, se embarcaron a las 6 a.m. del 4 de junio en buques de transporte de su aliado la “Oroya” y el “Pilcomayo”. Después de 6 horas de navegación, descendieron en el puerto de Iquique.

Las 500 carabinas restantes del envío procedente desde Nueva York fueron destinadas a los pocos soldados del “Sucre” que carecían de arma y al “Regimiento de Ametralladoras”, que había entregado las suyas a los “Francotiradores” que, como se vio, partieron hacia el sur peruano para establecerse en el desierto de Huatacondo, muy próximo a la línea adversaria. Un apoyo semejante recibieron el 2do batallón “Aroma” y la “Legión Boliviana” pero esta vez con armas de retrocarga entregadas en préstamo por el Perú, las que fueron devueltas posteriormente.

En buenas cuentas, hasta fines de 1879 entre los antiguos tres batallones de Línea y las unidades de nuevos reclutas y voluntarios, Bolivia había desplazado unos 5.500 hombres al *“Litoral Sud”* de Perú como se lo conocía entonces. Los peruanos, por su parte, tenían estacionados allí más de 6.500 efectivos.

Hagamos un recuento. La Cuarta y la Tercera División bolivianas fueron estacionadas entre el norte de Pisagua y el sur de Iquique, en pequeñas poblaciones, puertos y oficinas salitreras en medio del agreste desierto de Tarapacá. En Alto Hospicio (alturas de Pisagua) se ubicaron los batallones “Victoria 1” (531 hombres) e “Independencia 3” (434 hombres), en Agua Santa unida por un ferrocarril de 50 kilómetros a Pisagua, el “Aroma 1” de Cochabamba (559 hombres) en Mejillones peruano y “Vengadores” de Potosí (529 efectivos) en la oficina salitrera de Pampa Germania. En Pozo Almonte, en el interior del desierto de Tarapacá y a unos 45 kilómetros de Iquique, el Regimiento “Bolívar” de

18 Lo que quiere decir que, de todas maneras, no alcanzó para dotar a todos.

19 “Informe del Cónsul de Bolivia en Tacna, Manuel Granier”. “La Democracia”, La Paz, 17 de julio de 1879.

Húsares (281 hombres). En San Lorenzo, a unos 60 kilómetros también de Iquique, el "Paucarpata" 2 de La Paz (457 hombres) y el Olañeta de Sucre (483 efectivos), en San Juan el "Dalence" de Oruro (546 hombres). En Huatacondo, a 230 kilómetros de Iquique, el Escuadrón de "Francotiradores" (147 hombres) la mayor parte bolivianos que habían huido de la ocupación chilena de Antofagasta y Calama). El Illimani 1 de Carabineros (539 hombres) fue destinado a la guanera Chucumata cerca del mar y a 40 kilómetros de Iquique.[20]

En total sumaban 5.456 hombres, en su mayoría artesanos mestizos de raíz indígena, además de las no registradas *rabonas* y sus respectivas familias; todos y todas sufriendo la desconocida soledad del desierto, la agreste inclemencia del tiempo y las dificultades de comunicación y abastecimiento.

En Tacna, aprovechando de un clima más benigno y mejor aprovisionados, estaban asentados los Batallones "Daza" y "Sucre" con 550 y 503 hombres respectivamente, el "Aroma 2" con 413 y el "Padilla" con 351, la "Legión Boliviana" con unos 500, además del "Regimiento Coraceros" con 133, el de "Artillería" con 260 y el "Escuadrón Escolta" con 149. En total unas 2.900 plazas[21], sin contar con el Cuerpo Sanitario y los integrantes del Estado Mayor, otros doscientos en ambas reparticiones. En conjunto 3.100 plazas, más los 5.400 al sur de Arica, completaban los 8.500 efectivos bolivianos. El registro, claro, nuevamente no incluye a los centenares de *rabonas* y sus nexos familiares que cumplía, como se dijo, un rol vital para la supervivencia y la logística de la estructura militar.

2. Celebraciones, y ferrocarril

Tacna constituía, en medio de la proximidad de la guerra, un territorio que pese a sus sólidos nexos históricos y humanos con Bolivia, merced a su lejanía geográfica suponía nuevas experiencias humanas para las tropas bolivianas alejadas de sus lares de origen. Sus integrantes eran conscientes que, pese a la laxa quietud del presente, expondrían en cualquier momento futuro sus vidas por la seguridad de un territorio distante de su patria, de su patrimonio cultural y social, como de sus familias.

20 El 25 de agosto de 1879 el general Daza dispuso que los Batallones Illimani, Paucarpata, el Regimiento Bolívar y el Escuadrón de Franco-Tiradores conformen la 1era. División del Sur y que la 2da la integren los Batallones "Victoria", "Vengadores", "Independencia" y "Aroma" 1. *Boletín de Guerra del Ejército Boliviano*, Tacna, 4 de septiembre de 1879.

21 El Cónsul Granier tenía una distribución algo distinta y contabilizó a 2.558 hombres. "La Democracia", La Paz, 17 de julio de 1879.

Reparaban que tras su desplazamiento a tierras lejanas su porvenir era incierto. Incluso sin que se desatara todavía el trueno mortífero del combate, jefes, oficiales y tropa boliviana, —mucho más estos últimos—, estaban expuestos a las recurrentes amenazas de enfermedades gastrointestinales, a pestes endémicas de viruela, de tifus, de tifoidea y la peligrosa terciana sobre todo cuando salían hacia las zonas rurales. Al principio, mientras el clima fue benigno, la situación pudo ser manejable y las enfermedades no alcanzaron números alarmantes, pero cuando advino el invierno con su penetrante frío y luego el verano con su agobiante calor, la situación desmejoró. Esta se hizo más cruda cuando arribaron los contingentes de Cochabamba, región asolada por la sequía y la peste de tifus, que contagiaron a tropas y *rabonas*.

Los enfermos de la "Legión Boliviana" eran atendidos por médicos bolivianos en el hospital establecido en una casa alquilada, que además contaba con una botica. El resto, la tropa mayoritaria en número, por los galenos que estaban adscritos a los Batallones de Línea como el "Sucre", en el hospital público "San Ramón" o en su caso con recetas caseras de la mano de las *rabonas* y los curanderos o *yatiris* indígenas.

Claros, que estuvo internado en la *covacha No. 19*, describió al recinto de "San Ramón":

> Este local situado al terminar la calle del Comercio a dos cuadras de la plaza principal que toma esta parte el nombre de calle del Callao tiene varios departamentos y cuartos independientes, tanto para los enfermos, como para los practicantes, tiene puertas a ambos extremos de las calles N(orte) y S(ur), con ventanas de fierro (1960:26).

La ambulancia boliviana fue establecida recién en febrero de 1880 a cargo del galeno y cirujano militar Zenón Dalence, oriundo de Oruro. Una de sus secciones debía atender a la tropa movilizada en combate y otra, llamada sedentaria, los heridos tras un combate (Dalence, 1881).

Entre tanto se dilucidaba la superioridad en el mar, las fuerzas bolivianas permanecían estacionadas y casi inmóviles en Tacna y en verdad en todo el sur de Perú en una situación defensiva, con su consiguiente desgaste emocional y físico. Se trataba de un Ejército, como diría el escritor boliviano Julio Lucas Jaimes, que había residido

en esa localidad[22], *destinado a matar su aburrimiento en calles, las plazas y los cafés de la ciudad*. (1919:35)

El joven Ochoa describió un vívido retrato de aquella anodina posición de retaguardia que se prolongaría por meses:

La paz en medio de la guerra: es curioso. (2014: 73)

Para los soldados, sometidos a disciplina militar y sin dinero ni redes sociales de| apoyo, la permanencia en Tacna—para la gran mayoría— debió ser monótona y desgastante. Mientras aguardaban la orden de movilizarse e ingresar de lleno en la guerra, se dedicaban a pasar y soportar como fuese la vida lejos de sus terruños. Acudían a bañarse en los establecimientos públicos o retozando en el río. Asistían a las funciones de circo que ocasionalmente se presentaba en Tacna. En los campamentos situados en las afueras de la ciudad, la tropa mataba la modorra probando suerte con los dados o jugando naipes al popular *siete y medio*. Tocaban charangos y quenas, cantando y danzando cuecas y bailecitos o regodeándose con las *regatonas* en el amor.

La vida los confrontó también con situaciones imprevistas, como aquel temblor de la noche del 3 de octubre de 1879. Dado que la mayoría de la tropa boliviana procedía de regiones con escasa o nula actividad sísmica, fue la primera y atemorizante experiencia que les proponía la naturaleza.

Para conjurar la soledad escribían cartas a sus familias. En Bolivia eran muy esperadas (y viceversa).

> Cada correo que llega al Cuartel General del Ejército, causa profunda ansiedad en la opinión, para saber inmediatamente los hechos favorables o adversos que tiene lugar en el teatro de la guerra, no puede ser de otro modo. Los seres más queridos, como el padre, el esposo, el hijo, el hermano se hallan lejos de sus hogares, en cumplimiento del más sagrado de los deberes, el de defender la patria de los menguados invasores que con planta atrevida pretender hollar nuestros derechos de soberanía.[23]

Fluían las misivas en una cantidad que no es posible establecer, pero seguramente era significativa. Soldados y *rabonas* en una buena proporción eran analfabetos, pero existían probablemente quienes por

[22] Julio Lucas Jaimes, que tenía el grado de Coronel, tras la toma de Lima por los chilenos el 17 de enero de 1881, fue apresado y trasladado a Santiago de Chile donde permaneció residenciado a la fuerza por año y medio. Padre del escritor Ricardo Jaimes Freyre, que nació en Tacna en 1868.

[23] "El Noticioso", La Paz, 15 de junio de 1879.

una módica paga escribían misivas por encargo. El tráfico de cartas hacia Bolivia en todo caso fue intenso. Había dos correos semanales uno ordinario y otro extraordinario. En julio de 1879, por ejemplo, salieron con destino a Bolivia 6.683 epístolas e ingresaron de la misma procedencia 9.726; al mes siguiente las cifras fueron de 4.977 y 7.920 respectivamente.[24] Es probable que una parte de ellas fueran reenviadas hacia Pisagua e Iquique, destino de otros contingentes militares bolivianos.

El volumen da cuenta de la intensidad del tráfico del correo que servía dos veces por semana entre Tacna y La Paz. Un envío era de carácter ordinario y el otro extraordinario cuya instalación fue solicitada por el gobierno boliviano en abril de 1879. Apenas se establecieron en la ciudad peruana sus primeros contingentes militares, comenzó a funcionar a inicios de Mayo. El transporte estaba a cargo de postillones que recorrían la ruta a caballo o en mula. Tardaban hasta La Paz entre dos y medio y tres días al galope y cinco si iban más despacio. Desde allí posteriormente se redistribuían las misivas por toda la geografía de Bolivia.

Además de las tertulias, juego y cartas, las tropas asistían igualmente a celebraciones cívicas como la del 28 de julio, independencia de Perú, recordada con una misa, una parada militar, columnas de honor, y 21 salvas de cañones por tres oportunidades.[25] El 6 de agosto, día nacional de Bolivia, contó por su parte con una retreta a las primeras luces del alba en la plaza principal, abanderamiento de edificios públicos, salvas y dianas militares de rigor. Luego a las 8 a.m. se celebró una misa y dos horas más tarde marchó gallarda una columna de honor por la céntrica calle “2 de mayo”. En la noche nuevas y concurridas retretas en la Plaza de Armas iluminada por los estallidos de sendos fuegos artificiales (Ochoa,2014: 108-109).

En otras oportunidades algunos batallones participaban de ceremonias religiosas, que formaban parte indisoluble de sus rituales y convocatorias espirituales para pedir la protección cristiana; aunque no hay constancia documental, de seguro en los campamentos los soldados y sus rabonas acudían a *yatiris* y la milenaria hoja de coca para predecir las (des)venturas futuras.

---

24 “Revista del Sur”, Tacna, 24 de octubre de 1879.
25 “La Democracia”, La Paz, 14 de agosto de 1879.

El 8 de septiembre se festejó el día de la Virgen de Guadalupe, considerada patrona del Departamento de Chuquisaca. La ceremonia involucró directamente al Batallón "Sucre", seguramente porque una importante parte de sus integrantes pertenecían a esa región.

> Anoche ha habido luces y fuegos artificiales en el cuartel de Batallón Sucre 2 de Granaderos, con motivo de la víspera de la festividad de la natividad que se celebra hoy
>
> Dichos fuegos han sido trabajados por el distinguido cadete Solares de aquel cuerpo.
>
> Este ha oído en la mañana de hoy una misa solemne, votada por él.
>
> Apuntamos esto, para hacer constar el laudable espíritu de verdadera religión que siempre anima a los soldados de nuestro ejército…(Ochoa,2104, 132-133).

Por otra parte, los ejercicios militares, aunque no precisamente frecuentes, permitían que batallones como el "Sucre" presentaran al público su prestancia y fama militar. El 25 de agosto de 1879 por la mañana, el mencionado batallón hizo lúcidos movimientos al mando del presidente Hilarión Daza (Ochoa, 2014:120).

Periodistas procedentes de Lima, quedaron impresionados por la presentación militar que duró dos horas:

> (P)rincipiaron los movimientos en todos los sentidos, ejecutados por el "Sucre" con la más perfecta regularidad y destreza, las ordenes se comunica ya con la corneta, ya con el tambor o ya de viva voz. El batallón ejecutaba los más difíciles movimientos sin equivocarse en lo menor, las columnas de soldados se movían con tanta igualdad y perfecta alineación, que parecían paredes de hombres que se movían a impulsos de una fuerza mecánica.
>
> El general Daza de cuando en cuando se movía hacia nosotros y nos indicaba que la evolución se ejecutaba en arreglo a tal o cual de las tácticas modernas.[26]
>
> Otro corresponsal, describió:
>
> Con igual maestría y exactitud formaban en columnas parciales, para desplegar en batalla y realizar acto continuo un rápido cambio de frente, las más de las veces al trote y muchas otras al paso imaginario, es decir sin el compás del tambor.[27]

---

26 "La Revista del Sur", Tacna, 28 de mayo de 1880.
27 Ibíd.

Ambos observadores concluyeron que cuando el “Sucre” entrara en el combate que se avecinaba, sería imparable.

En propiedad, las galas y algazaras también sacaban a la tropa de la rutina del campamento, aunque el carnaval de 1880, celebrado entre el 10 y 12 de febrero, el único en que las tropas bolivianas permanecieron en Tacna, la pasaron acuartelados en las campiñas cercanas de Calana y Pocollay, además del barrio de Alto Lima en la periferia de Tacna. La orden fue dada por el coronel Eliodoro Camacho, jefe del Ejército de Bolivia, que temía desmanes y confrontaciones si las dejaba sueltas a las tropas y a su libre albedrío. Los únicos que gozaron de permiso y privilegio fueron los integrantes de la “Legión Bolivia”, hijos de las familias de rancia prosapia y uno que otro sargento del “Colorados”.

La posterior Semana Santa, tiempo católico de música sacra, lúgubres procesiones y de expiación de los excesos de las carnestolendas, fue también más apagada y sombría que de costumbre; sin duda por el peso de sobrellevar la guerra en los bolsillos y los temores que golpeaban las mentes y encasillaban las actitudes y los cuerpos de los y las feligreses.

3. El llamado de los mares

En verdad vivir en Tacna suponía para hombres y mujeres de Bolivia lejos de sus hogares una refundación de las previas experiencias geográficas y sociales modeladas por altas cordilleras y montañas de su hábitat. De ahí que para los integrantes del “Sucre” y sus *rabonas*, como para el resto del Ejército de Bolivia, el cercano puerto peruano de Arica sobre el Océano Pacífico, entonces de unos tres mil habitantes, constituyera un verdadero punto de atracción, curiosidad y referencia. Ayudaba su posición estratégia de la fortaleza artillada en la elevación denominada el “Morro”, como -sobre todo- por su emplazamiento junto al mar tan largo y ancho como desconocido para bolivianos y bolivianas.

Considerada *cómoda y espaciosa*, la población porteña se recuperaba del terremoto y *tsunami* de agosto de 1868 y del fuerte sacudón sísmico del 9 de mayo de 1877 que la devastaron. Desde allí Bolivia embarcaba rumbo a Europa principalmente barrilla de cobre, procedente de las minas de Corocoro, en Pacajes.

El puerto poseía un cable telegráfico subterráneo que lo conectaba con el mundo y estaba unido con Tacna también por telégrafo y un

ferrocarril de 62 kilómetros de longitud, que comenzó a funcionar el 1º de enero de 1856. Sus locomotoras a vapor, sus vagones y sus paralelas de acero también llamaban poderosamente la atención boliviana, principalmente para la gran masa mestiza e indígena. En la Bolivia de donde procedía la tropa no existía esta clase transporte[28]; lo más moderno que se disponían eran las escasas diligencias estilo *far west* americano que se movilizaban por escabrosos caminos entre La Paz, Oruro y Cochabamba; pero incluso esta experiencia estaba al alcance solamente de unos pocos privilegiados y sus familias pertenecientes a la oligarquía minera y latifundista. La mayor parte de la población tenía el caminar a pie como único transporte y casi nunca había salido más allá del estrecho perímetro del territorio de sus comarcas y aldeas ni abandonado la seguridad de sus familias y amigos.

De ahí, que, salvo un puñado de jefes y oficiales integrantes del escaso circulo de privilegiados que tuvieron una experiencia ferrocarrilera en sus recorridos por Europa, Argentina, y Chile o que vivieron en Antofagasta, nadie había visto ni probado viajar en un artefacto mecánico semejante movido por fuerza propia y no animal; e incluso no conocían de su existencia ni de oídas.

Una buena parte de los bolivianos que se desplazaron en tren de Tacna rumbo a Arica, lo hicieron por motivos oficiales y castrenses. El recorrido tardaba entre dos horas y media y tres. La primera expedición ferroviaria de la tropa se realizó en la madrugada del 4 de mayo de 1879, para retornar a las 21.30 horas del mismo día. Los acompañó el presidente Daza, sus edecanes, el cirujano mayor del Ejército, medio centenar de afortunados jóvenes de la oligarquía integrantes del Escuadrón "Murillo" de La Paz y un número similar del Regimiento "Vanguardia" de Cochabamba del mismo origen social. Compartió el privilegio el cronista Vicente Ochoa, quien registró el periplo en su Diario (Ochoa, 2014: 23-24).

Recién en noviembre de 1879 el Batallón "Sucre" tuvo su inicial experiencia de ir y venir de Arica por tren, aunque motivada por el imperativo de las acciones de la guerra y no por la simple curiosidad. Uno puede imaginar las miradas de asombro y los comentarios entre serios y jocosos de la tropa. Otros y otras en cambio, querían experimentar la fuerza de la locomotora y su velocidad insuperable

[28] Existía un ferrocarril privado en Antofagasta, entre ese puerto boliviano y las salitreras del Carmen y Salinas. Se concluyó en 1876 y contaba con 130 kilómetros de longitud.

solo por mero afán de aventura. Quizá hubo soldados que evadieron el control del campamento y la posibilidad del castigo solo para filtrarse a los vagones. Las *rabonas* en todo caso no sujetas al reglamento militar pudieron ir y venir con libertad en los furgones de madera hasta el puerto para abastecerse de pescado y otros alimentos importados.

El fisgoneo estaba sin embargo siempre presente, como un imán atrayendo mentes y cuerpos para trasladarse en carros tirados por una trepidante locomotora a vapor. Años más tarde la joven de 23 años Sara Neuhaus de Ledgard, emparentada con la alta sociedad de Tacna e importantes comerciantes europeos, rememoró su sorpresa, que era la misma en todos y todas en aquella población peruana:

> Poco después, comenzó a llamar la atención de la gente, la curiosidad con que los soldados bolivianos miraban el paso de los trenes. Era la primera vez que los veían, puesto que en aquella época no existía en Bolivia ninguna de las líneas ferrocarrileras que actualmente cruzan su territorio. También fue enorme su admiración cuando contemplaron el mar, el que la mayoría de ellos no había visto nunca. Esta impresión no podemos comprenderla en toda su amplitud, los que abrimos los ojos contemplando la inmensidad de su belleza (1938:4).

Embarcarse en el tren se hizo más peligroso a medida que, como se verá más adelante, tras la captura del "Huáscar" en octubre de 1880 los chilenos controlaban el mar y bloqueaban puertos peruanos. En algunos tramos, luego de cruzar el río Lluta y aproximarse a la estación de Arica, los vagones quedaban al alcance del cañoneo de los navíos que asediaban la ciudad portuaria.

La precaución no era pues un pretexto. Manuel V. Alba, integrante de la V División, relató en su Diario su expectativa cuando en abril de 1880 llegaron a Tacna, tras hacer el mismo arduo recorrido que otras tropas bolivianas:

> Cuando algunos de nosotros pasamos a Arica de noche nos convencimos la verdad; pues el tren en ciertos trechos se aproxima al mar y los bloqueadores se hallaban en estado de poder destruirlo con toda seguridad (Alba:1882,108).

Finalmente, en una concesión, se autorizó que a las 3 a.m. del 29 de aquel mismo mes los Batallones "Grau" y "Chorolque" fueran enviados por tren a Arica de *paseo* con el único objeto de que *conozcan el mar*. Permanecieron en el puerto hasta la jornada siguiente y, como correspondía a su seguridad, retornaron en la noche protegidos por las sombras, de los ojos de las cañoneras adversarias (Ochoa, 2014:30).

CAPITULO III
EN APRONTE Y DEFENSA



Las noticias del curso de la guerra, como es comprensible, alteraban radicalmente la cotidianidad del Ejército de Bolivia en campaña en el sur de Perú, sobre todo cuando eran adversas para la suerte de las armas marítimas de sus aliados peruanos.

1. Captura del mar

Tal situación se desató clara y contundente, cuando en horas de la mañana del 8 de octubre de 1879, Chile consumó finalmente su propósito de anular al *Huáscar*. Desplazaron a casi toda su flota a perseguirlo y acosarlo. Su superioridad en naves y poder de fuego dio resultados. Tras un duro y violento combate en el que murió su comandante Miguel Grau, capturaron la nave peruana en la punta de Angamos, frente a la costa boliviana, entre los puertos de Mejillones y Cobija, entonces ya ocupados por el invasor.

La noticia que llegó a Tacna a media jornada del día siguiente, constituyó un golpe militar y moral demoledor para la población civil y las tropas de la Alianza peruano-boliviana; más aún cuando se supo que la embarcación había quedado dañada pero reutilizable y en manos del enemigo, pues su tripulación no logró hundirla.

Ochoa resumió el sentir del Ejército de Bolivia en campaña:

> Toda admiración no es suficiente para esa homérica lucha, en la que Grau y sus compañeros de sacrificio han muerto conquistando el triunfo de la gloria y un honroso altar en el templo de la inmortalidad.
>
> Nos queda su memoria, como digno ejemplo, para vengar la pérdida del infortunado "Huáscar"(2014:159).

En Bolivia la prensa secundó el pesar colectivo, por la muerte de quien consideraban un prócer. En Sucre el 6 de agosto de 1879 —día nacional de Bolivia— se había otorgado a Grau una medalla de oro que le fue entregada el 18 del mismo mes en Arica, donde el Huáscar se hallaba anclado. Por su parte, desde Cochabamba, el 5 de septiembre las damas de alta alcurnia le enviaron un estandarte en paño de seda. Bordado con hilo de oro simbolizaba *la alianza de dos pueblos que lucha por defender su dignidad*. Fue entregado a Grau igualmente Arica el 17 de ese mes.

Entre tanto hacia la apesadumbrada Tacna por la captura del "Huáscar" continuaban llegando tropas de Bolivia a costa de un

esfuerzo personal y sorteando grandes dificultades geográficas y logísticas. El 13 de octubre arribó, tras un azaroso periplo de más de tres meses y más de 1.500 kilómetros, un pequeño contingente de cerca de un centenar de hombres a caballo. Su entrada a la población fue *profundamente conmovedora*. Habían sufrido, hambre, sed y todas las peripecias posibles, incluida aquella que al pasar por Cochabamba fueron *diezmados por el flagelo de las epidemias*[29].

Pertenecían al escuadrón "Velasco", bajo las órdenes del coronel Héctor Suárez Velasco, Prefecto de Santa Cruz de la Sierra. Procedían de las lejanas y selváticas regiones bolivianas, en su mayoría de la propia ciudad de Santa Cruz y una veintena de Trinidad (Beni) en el aislado y selvático oriente de Bolivia (Querejazu, 1979:367-369). Aunque pertenecían a la juventud de los sectores "decentes" o dominantes criollos, además de su peculio para facilitar su movilización tuvieron que ser socorridos por el vecindario. Este hizo colectas para adquirir sus armas, sus caballos y su vestimenta militar y facilitar su traslado cruzando selvas, valles, planicies altiplánicas y desiertos; en realidad casi toda la geografía de Bolivia. Ya en Tacna, fueron incorporados a los "Libres del Sur" y posteriormente a mediados de Octubre a la "Legión Boliviana".

Con la captura del "Huáscar" al Perú y la Alianza solamente le quedaron las naves de guerra *Pilcomayo* y la *Unión*, en claro desbalance frente a su adversario. En el campo boliviano se entendió con claridad las consecuencias que tendría para el futuro de la contienda bélica: Chile dominaba ahora el mar. El nuevo panorama fue vaticinado por José Vicente Ochoa que el 18 de octubre dejó constancia en su Diario:

> Se espera que de un momento a otro que Chile, dueño que como es ya del mar, intente serios ataques sobre la costa peruana (2014: 163).

No se equivocaba. En los días siguientes el país agresor movilizó por el océano desde el reservorio del ocupado puerto de Antofagasta inicialmente cerca de 11.000 hombres con rumbo el sur peruano defendido por tropas de Bolivia y Perú; luego su número aumentaría hasta alcanzar más de 16.000 soldados, que contaban con moderno y abundante armamento y parque.

La guerra y sus consecuencias no solamente se vivían en Tacna o Arica. Por la distancia, las noticias de la muerte de Grau y la captura del

[29] "El Heraldo", Cochabamba, 22 de octubre de 1879.

Huáscar llegaron varios días después a Bolivia. En Cochabamba, por ejemplo, el correo las trajo recién el jueves 23 de octubre. Se difundió de boca en boca como un reguero de pólvora. Al igual que en La Paz, Sucre y otras ciudades bolivianas posteriormente se celebraron ceremonias fúnebres y de homenaje. En ellas, como en el acto celebrado el 8 de noviembre, misa de cabo de mes, se reafirmó la vigencia de la Alianza.

> El pueblo peruano debe ver en este acto no tan solo el justísimo homenaje ofrecido a la memoria venerada de los héroes de Mejillones, sino también el sentimiento profundo y leal de unión y hermandad hacia él[30].

2. Heroico tiempo de derrota

Al amanecer del 2 de noviembre de 1879 fuerzas chilenas que habían partido de Antofagasta el 28 de octubre, se apostaron frente al pequeño puerto peruano de Pisagua, en realidad una aldea habitada por un millar de personas y organizada en torno al embarcadero y la estación del ferrocarril enclavada en su playa norte. Desde allí se transportaba salitre para su depósito en barcos que lo cargaban posteriormente hacia Europa principalmente. Era la segunda vez que era asediada por naves y tropas de Chile; el viernes 18 de abril de 1879, a poco que ese país declaró la guerra a Bolivia y Perú, lo habían bombardeado e intentaron tomarlo sin éxito. Se retiraron dejando la población en llamas.

Chile usó esta vez todo su poderío apostando una veintena de naves y miles de hombres, que partieron desde la capturada Antofagasta a las 17: 45 horas del 28 de octubre de 1879. A las seis y media de la madrugada del domingo 2 se tocó general en los cuarteles bolivianos con la noticia de que los buques enemigos estaban a la vista. Media hora más tarde cuatro ellos: *Cocharane, Magallanes, Covadonga y O'Higgins* iniciaron el ataque[31]. Al cañoneo siguió el fuego de ametralladoras y cohetes incendiarios para debilitar la defensa aliada, que afectaron también a la población civil.

> Los buques nos hacían un fuego tan vivo y tan certero que nos tenía atolondrados, bombas, metrallas, granadas y balas rasas

[30] "El Heraldo", Cochabamba, 10 de noviembre de 1879. Transcrito en el libro editado por la Embajada de Bolivia en el Perú. *Epopeya de Miguel Grau en la prensa boliviana de 1879* (Lima, 1996:134).

[31] El corresponsal de "La Patria", de Valparaíso informó que Mientras *los transportes se mantenían fuera del tiro de cañón, el Cochrane hizo su primer disparo; entre tanto, la Magallanes y la Covadonga rompían el fuego sobre el fuerte norte, que no contestó absolutamente. Viendo el comandante Condell la ineficacia del ataque a ese fuerte dirigió, en unión a la Covadonda, sus tiros al fuerte sur, el que dejaba momentos después de contestar los disparos que se le hacían*. Publicado el 11 de noviembre de 1879 y transcrito en (Castagneto,2016:215).

caían como granizo, diezmando a nuestra gente y atemorizando a los otros integrantes del Victoria.[32]

El ciudadano francés Lavernardie narró el ***pandemónium*** que se produjo entre la población civil:

> Despertáronse las familias al estridente ruido, y salieron de sus casa al medio vestirse, corriendo desoladas sin saber por dónde salvarse y librar a los pequeñuelos de la muerte.
>
> Desgarrador era ver a las mujeres medio desgreñadas, con sus chiquillos de la mano o medio prendidos, con su tiernas manecitas del vestido o de las piernas de sus madres, trataban de ganar las alturas, presas de la mayor angustia, pidiendo a Dios justicia, pero Dios a veces parece sordo!
>
> Mientras tanto llovía la metralla… llovía… llovía… muchas mujeres y niños perecieron por el incendio o las balas[33].

El bombardeo dio rápidamente de baja a la única pieza de artillería disponible para la defensa, un cañón Parrott de grueso calibre 110, pues la otra batería aún no estaba totalmente dispuesta para dar batalla. Concluida esta fase, a eso de las diez y media se inició el desembarco chileno en lanchas artilladas y botes con una fuerza estimada en 3.000 hombres de los batallones “Atacama” y “Zapadores”. Entre tanto otras tropas que circundaban la cercana caleta de Junín para atacar por la retaguardia. No hallaron resistencia en esta zona.

Al mando de la plaza de Pisagua estaba el comandante de artillería peruano, Isaac Recabaren. (Paz Soldán, 1979.T.III:29 y ss.) El primer intento de desembarco fue rechazado bajo una lluvia de balas, el segundo pudo desembarcar un centenar de hombres; solo el tercero realizado como al medio día pudo coronar el éxito al enfrentar una débil resistencia. Consolidada su cabecera de playa, y tras un recio y desigual combate en desmedro de los defensores, los chilenos tomaron una Pisagua que ardía[34]. A las tres de la tarde, su bandera flameaba en un poste de Alto Hospicio. Sus partes aseguran que tuvieron 58 muertos y 173 heridos, pero un recuento no oficial sumó en total a 330 bajas.

---

32 Carta escrita por un prisionero boliviano desde Copiapó, Chile, el 11 de noviembre de 1879. “El Comercio”, La Paz, 29 de noviembre de 1879. Se publicó sin indicar el nombre del autor, como medida de protección.

33 “El Heraldo”, Cochabamba, 5 de diciembre de 1879.

34 De lo que era Pisagua, no quedan sino diez o doce edificios, todo lo demás es un montón de humeantes ruinas, Augusto Orrego, corresponsal de “El Pueblo Chileno”, Pisagua, 4 de noviembre de 1879. Transcrito en (Castegneto, 2015:212).

El general peruano Juan Buendía, que también casualmente se hallaba de reconocimiento en el puerto narró:

> La heroica defensa de Pisagua sostenida por 2 piezas de artillería que no tardaron en desmontarse, su pequeña guarnición de nacionales y las reducidas de Bolivia se encuentra fuera de todo encomio: el valor excedía al heroísmo; pero tuvo que ceder a la inmensa superioridad de las fuerzas chilenas, a sus elementos de guerra, al incendio de la población y de más de 50 mil quintales de salitre, al vivísimo fuego de artillería, ametralladoras y rifles, y de 5 mil hombres que ya pisaban tierra, para después de sufridas pérdidas y de haber causado al enemigo inmensa mortandad se emprendió la retirada(Buendía,1967:54).

La salvaguardia descansó en verdad en el Batallón "Victoria 1" formado por artesanos y trabajadores oriundos de La Paz y el "Independencia 3" por sus similares de Corocoro, proverbial zona productora de cobre, como de artesanías y utensilios de cocina del mismo metal. Desde hacía más de medio año, que ambas unidades bolivianas estaban asentadas en "El Hospicio" que se llamaba así porque hospedaba a viajeros y viajeras en tránsito por el puerto. Establecidos en las alturas de los acantilados las tropas bolivianas sumaban en total 865 soldados y otros 64 entre Jefes y Oficiales, además de su cuerpo médico[35] y las consabidas *rabonas*.

Al percibir la presencia chilena bajaron con rapidez hacia la playa. En ella estaban apostados un par de centenas de guardias nacionales del Perú reclutados principalmente entre estibadores del puerto y trabajadores de las salitreras vecinas entre los cuales había también un número indeterminado de bolivianos. A unos 30 kilómetros de distancia se hallaban estacionadas otras tropas bolivianas como el "Aroma" y, a medio centenar, el "Vengadores" en la oficina salitrera de "Agua Santa". No alcanzaron a participar en la resistencia.

Un recuento chileno de su presencia en combate concluye:

> Las tropas bolivianas, a su vez, han tomado colocación en la parte alta: ocupan la montaña; fusilan a los asaltantes desde mampuesto en los zigzag, tras sacos de arena y rocas; los paceños mandados por excelentes jefes y buenos oficiales hacen lujo de disciplina; sus punterías, son por desgracia, demasiado buenas (Castegneto, 2015:102).

La *defensa obstinada y valiente por parte de los bolivianos*, como calificó la prensa de Chile[36], se realizó frente a una fuerza mucho

[35] Entre ellos el galeno Bailón Mercado, oriundo de Santa Cruz y adscrito al batallón "Victoria".
[36] Reproducida en El Comercio, La Paz,4 de diciembre de 1879.

mayor, apoyada además por el poder de fuego de varios barcos que causaron destrozos y muertos en su objetivo de despejar el terreno antes del desembarco de sus tropas. El salitre y el carbón acumulado en el puerto se incendió dispersando humo tóxico que afectó a los defensores.

Finalmente la superioridad de Chile en número de tropas y de armas impuso su supremacía. Las tropas empezaron a retirarse a eso del mediodía, entre las 12 meridiano y la una de la tarde.

> (T)odos los elementos de la guerra estaban contra nosotros, el fuego de la población, el del salitre y el del carbón, el de la escuadra y la fusilería, todo, todo nos quemaba y arrollaba[37].

Posteriormente el general Pedro Villamil, oriundo de Sorata (La Paz) y Comandante de la Segunda División del Ejército de Bolivia que también había llegado en inspección el día anterior, informaría al presidente Daza:

> Bajo las órdenes de su señoría el general Buendía hemos combatido con 890 rifleros por siete horas y media contra toda la escuadra chilena y su Ejército.(…). Chilenos fusilan nuestros prisioneros, Guerra a muerte (Ochoa,2014:182).

Exequiel de la Peña, jefe del Estado Mayor boliviano, evaluaría su desempeño, remarcando el:

> Esfuerzo y heroísmo con que han defendido la noble generosa tierra peruana que, hoy regada con la sangre de nuestros compatriotas y hermanos más, si es posible, el deseo de reparación y venganza (Ahumada, T.II, 1885:86).

Los oficiales y soldados sobrevivientes abandonaron precipitadamente Pisagua rumbo a Jazpampa y luego hacia Agua Santa en el cálido interior del desierto de Tarapacá.

Un anónimo corresponsal de El Nacional de Lima, retrató el dramático momento:

> Parte el corazón ver los caminos llenos de gente a pie. Niños perdidos de sus madres. Madres buscando a sus hijos. El ejército en su retirada ha recogido a muchos desgraciados que se ahogaban de sed… Todos los habitantes pacíficos huían a pie de Pisagua sin rumbo ni dirección, sin víveres y sin abrigo, porque todo fue una sorpresa.[38]

---

[37] "El Comercio", La Paz, 29 de noviembre de 1879.
[38] Citado en el *Facebook* de Luis Guzmán Palomino.

Quienes no pudieron salir cayeron presos y fueron trasladados en el vapor Loa a Chile. Se estima que su número en 64 además de sus compañeras *rabonas* y sus familias.

Andrea Rioja, joven boliviana, logró evadirse. Vivía en el puerto con su padre, boticario del puerto. Se mantuvo en El Hospicio en una espera vana, mientras observaba como incendiaban su hogar y la población era saqueada. Su padre no regresó, murió seguramente en el bombardeo. Ella se incorporó al gentío que huía. Ya en Tacna, tras un largo periplo, se hizo parte de la "Ambulancia de Bolivia" para socorrer a heridos y contusos (Garrón, 2015).

Como ni Buendía, ni Recabaren tomaron las previsiones debidas para destruir locomotoras, vagones, el depósito de agua y la maquinaria para desalinizarla, quedaron a la disposición de los invasores. Incluso hallaron sacos de arroz y otros alimentos intactos.

En Tacna entre las tropas bolivianas repercutieron de inmediato las malas noticias, más alarmantes porque involucraban a unidades en las cuales se tenía paisanos, familiares y amigos. Oficiales y soldados que se encontraban en el Panteón por ser el "Día de Difuntos", fueron convocados a eso de las 11 de la mañana por el alarmante sonido de las cornetas, entre ellas la del "Sucre".

Perturbados y raudos muchos se dirigieron a la oficina del telégrafo que recibía mensajes urgentes desde Pisagua, que el encargado leía a voz en cuello.

> El telegrafista gritaba estas palabras: Seis lanchas a pique.. Batería derecha desmontada…se quema carbón a piedra, salitre.. arde puerto.. dos compañías de Granier bajan; bolivianos a bayoneta, desembarcan chilenos, bolivianos en retirada, dos cornetas media cuesta, tocan ataque y… (Claros, 1960:22-23).

Hasta que paró y no se oyó más. Los asistentes acongojados entendieron lo que significaba el silencio. Como a las 17 horas sopló en Tacna un fuerte viento y se produjo un temblor de tierra. La naturaleza participaba del desenlace nocivo. *En nuestro cuartel reinaba un silencio sepulcral*, escribió Manuel Claros (1960:23).

No sabían sin embargo de los amplios efectos negativos causados por el cañoneo y el combate posterior entre las tropas bolivianas asentadas en el puerto peruano. *Mucha mortandad de ambos cuerpos,*

pero la dispersión ha sido mucha, daría cuenta el coronel Juan Granier, comandante del "Victoria"[39]. Un parte generado por el Ejército de Chile fue más preciso: *Los muertos bolivianos son 354, además de 45 heridos*. Los prisioneros fueron 64 (Peña y Lillo, 2014:101). Es decir 463 bajas de todo tipo, lo que representaba casi la mitad del total sus efectivos (49,83%).

Sir Clements Markham, historiador inglés, que recogió versiones orales, pintó un cuadro dramático:

> Vista de lejos, la playa aparecía en aquel instante, según algunos testigos oculares, como cubierta de gaviotas blancas, por el color blanco de la tosca bayeta de Cochabamba que vestían los cadáveres de los bolivianos (1979:146).

Cochabamba era desde la época colonial una proverbial zona de tejido de bayetas de algodón traído de Moquegua como de producción de calzado y *"ojotas"* que sirvieron al ejército en campaña.

Por su parte, un corresponsal de prensa chileno dejó constancia que no todos los bolivianos cayeron por efecto del combate:

> A las tres de la tarde había cesado todo el fuego y no solo el puerto sino también el campamento enemigo estaba en poder de nuestros soldados, que continuaban persiguiendo a los fugitivos y tomando prisioneros. La falda en que se batió el Atacama (unidad chilena) estaba cubierto de cadáveres bolivianos, siendo notar el escaso número de heridos hechos por nuestras balas. Esto explicaba un soldado del Atacama, diciendo que necesitaban dejar bien muertos a los muertos que habían ocupado la ribera, porque muchos se hacían a los muertos y después les disparaban por detrás a mansalva (Ahumada, t.II, 1885: 92-93).

Los fallecidos en combate o *repasados* —heridos rematados por chilenos— fueron las primeras bajas masivas de oficiales y soldados oriundos de Bolivia en la defensa de un puerto en el sur peruano, llave de acceso al emporio de las salitreras y nitratos de Tarapacá. Pese a la derrota, su corajuda entrega fue reconocida por propios y extraños como una victoria moral para su ejército. *Los bolivianos se batieron como leones, defendiendo la patria común*, ponderó "El Comercio" de Iquique.[40]

[39] El "Independencia" quedó con 30 soldados de los 397 que tenía y el "Victoria" con 200 de los 498 y la Guarnición peruana con 53 de los 200.

[40] "El Comercio", Iquique, 3 de noviembre de 1879.

3. Una marcha en retirada

La ocupación de Pisagua sacudió a las tropas bolivianas acantonadas en Tacna. Un joven y anónimo soldado escribió a su padre: *la hora de la expiación se aproxima*[41].

La toma del puerto indujo al presidente Hilarión Daza, en acuerdo con el Supremo Director de la Guerra el mandatario peruano Mariano Ignacio Prado, a movilizar desde Arica y Tacna fuerzas de Bolivia rumbo al rico territorio del sur del Perú ahora claramente amenazado por las fuerzas invasoras. El propósito era que se reunieran con las tropas peruanas que se hallaban en Iquique y el desierto de Tarapacá y unidos bajo el comando del general peruano Buendía confrontaran a los chilenos. El punto de encuentro previsto se fijó en la quebrada de Tana, pequeño poblado próximo a Camiña en pleno desierto de Atacama.

La madrugada del 8 de noviembre las unidades bolivianas partieron en tren de Tacna hacia Arica. Su desplazamiento se hizo con alegría, suponiendo la proximidad del lance de las armas.

> Al fin se realiza la anhelada marcha del Ejército Boliviano de Tacna, que estaba ya descontento por su inacción y que no veía la hora de ir a cumplir con su deber frente al enemigo. (Ochoa, 2014:184)

Antes de partir una *rabona*, la *Fiera* Claros, oriunda de Cochabamba, *bien cuadrada con la mano hacia el sombrero en señal de atención y saludo militar*, solicitó al presidente Daza, un rifle y municiones para sumarse al contingente. Se le concedió y designó además como Sargenta. Cuando partió el convoy, se posicionó sobre el techo de uno de los vagones (…) *empuñando un rifle daba vivas a Bolivia*. (Claros, 1980: 23)

La noche de la jornada siguiente atracó en Arica el "Pilcomayo", nave peruana, trayendo en sus bodegas seis modernos cañones Krupp de montaña, procedentes de Alemania y sus respectivo proyectiles. Venían además unos 1500 rifles Remington y Chassepot, que fueron *distribuidos a los batallones de Cochabamba que hasta ahora no tenían armas*. (Ochoa, 2014:185)

El 11 de noviembre de 1879, a las 9 de la mañana, mejor armada pero desafiando imprudentemente el peso de los rayos del sol, la

---

41 "El Heraldo", Cochabamba, 20 de noviembre de 1879. Carta escrita en Tacna, el 6 de noviembre de ese año.

columna boliviana de 2.350 hombres salió de la población portuaria hacia Tana, en pleno desierto de Tarapacá. El presidente peruano Prado los acompañó por un kilómetro y medio hasta el panteón, extramuros de Arica.

Un corresponsal boliviano informó que la tropa partía *con semblantes de alegría y contento*[42]. Encabezaba la columna el batallón "Colorados" (entonces conocidos como "Daza") armados de fusiles Remington, seguidos del batallón "Sucre" con arma similar. Ambos por su condición de cuerpos de Línea constituían el núcleo central de la columna. Partieron al compás de pasodobles tocados por las bandas de ambas unidades. Engrosaban las filas bolivianas además otras agrupaciones menos experimentadas e integradas por reclutas recientes como los batallones de artesanos de Cochabamba: "Aroma" 2do., "Padilla" 3ro. y "Viedma" 4to.; justo aquellos que habían recibido las armas recién llegadas. Estaba además el Regimiento "Santa Cruz" de Artillería, aunque sin cañones, los "Coraceros" seguramente sin sus petos relucientes y 111 jóvenes de la "Legión Boliviana"[43]. Elegidos éstos mediante sorteo, iban bien armados, todos de bota, con ponchillos protectores para el frío y en caballos seleccionados. El grupo irregular y guerrillero de Gregorio Albarracín, un centenar de jinetes, fue el único aporte peruano. La tropa conducida por Daza no pudo enterarse, por la distancia y la falta de comunicaciones, de la victoria boliviana contra las fuerzas chilenas el 12 de ese mes de noviembre en Canchas Blancas, al sur de Potosí (Apodaca, 2017).

Entre tanto en el desierto del sur peruano, Daza que montaba un caballo tordillo, conducía una desorganizada marcha penosa para la tropa que caminaba a fuerza de pie y *ojota*. Sus efectivos, salvo los de Línea, desconocían el manejo de las armas y la disciplina militar. El vino en las *caramayolas* en vez de agua complicó la situación las jornadas iniciales. La posterior escasez de agua hacía menos soportable el inclemente sol diurno, tanto que desesperados soldados del "Sucre" bebieron líquido insalubre de charcos, casi lodazales, que les produjo una infección intestinal. El frío en las noches ofrecía un contraste que tornaba aún más doloroso el derrotero.

El historiador peruano, Jorge Basadre, reconstruyó el penoso tránsito de un aproximado de 90 kilómetros.

---

42 "El Heraldo", Cochabamba, 20 de noviembre de 1879.

43 34 pertenecían al "Murillo", 30 al "Vanguardia" y 47 a los "Libres del Sur". "El Comercio", La Paz, 25 de noviembre de 1879.

> La primera noche acampó en la altura medanosa a cinco leguas de Arica. El segundo día durmió en Chaca, la caleta de Vítor, después de atravesar 5 leguas en una pampa de arena. El 13 se detuvo en un médano de la misma pampa. El 14 en la noche llegó a la quebrada de Camarones, no lejos del mar (2015:19).

Otras fuentes más certeras, como Ochoa, que marchaba en la columna refieren empero que el ingreso al pequeño valle se produjo a las 12 a.m. Al poco, inopinadamente el presidente Daza instruyó el retiro de las tropas, orden que se cumplió tres jornadas más adelante, partiendo el 16 a las 17:30 horas[44]. El mandatario boliviano, acompañado por la fracción de la "Legión Boliviana" y la guerrilla del peruano Albarracín, permanecería todavía unos días en el desierto.

No es propósito de estas páginas participar del debate sobre el motivo o la autoría de tal determinación. Lo sustantivo, para nuestros fines, es señalar que tres jornadas más tarde —sin Daza— el grueso de las fuerzas bolivianas, tras pasar por Arica donde llegaron la jornada del 18, partieron al día siguiente por tren rumbo a sus campamentos en Tacna. Esta vez la recepción de la población fue mucho menos esplendorosa y acogedora que en abril de ese mismo año; los rumores llovieron junto a las críticas y acusaciones. *(E)ntramos cubiertos de polvo y de vergüenza*. (del Mármol, 1880:76)

Justo ese mismo día se produjo la confrontación en el cerro de San Francisco o *asiento* Dolores. Las tropas de la Alianza peruano-boliviana, más de 9.000 hombres y a más de las consabidas *rabonas*, se movían errantes por el desierto de Tarapacá *torturados por la sed y el hambre, la desesperación y la furia* (Oblitas, 2001:230). El 8 de noviembre se concentraron en Pozo Almonte, punto ventoso y sin comodidades para albergar a miles de soldados, pero con la ventaja de poseer uno los tres únicos depósitos de agua de la región de *pampa del Tamarugal*. Tenía la ventaja adicional de estar unido a Iquique por un ferrocarril que servía para desplazar el salitre al mercado mundial. Seis días más tarde, abandonado el Pozo iniciaron su desplazamiento por el desierto de Tarapacá, llegando a Negreiros entre el 17 y 18. No había alimentos pero si agua que salvó a muchos de la muerte.

Nuevamente en la tarde del 18 entraron en los espacios arenosos. Había sin embargo buen ánimo. El teniente coronel Lisardo I. Quiroga, oriundo de Cochabamba e integrante del Batallón "Aroma", dejaría constancia que:

[44] Sobre la "Retirada de Camarones" ver el bien documentado texto de (Querejazu, 1979:423-427). Para una perspectiva crítica que exculpa a Daza ver (Oblitas, 2001).

Nuestra salida de Negreiros fue solemne. Un sublime sentimiento de entusiasmo se apoderó de todos los ánimos, moviéndose como un solo resorte. La fraternidad de Perú y Bolivia pocas veces encontrará una hora de las más elocuentes manifestaciones. (1880:10)

Al amanecer del día siguiente, la desorganizada partida, aunque deseosa de combatir, luego de extraviarse por la mala conducción, arribó a Agua Santa una importante oficina salitrera y apreciada fuente de agua. Estaba conducida por el general Buendía y el coronel peruano Belisario Suárez. Las fuerzas bolivianas, por su parte, se hallaban comandadas por el coronel Carlos de Villegas y el general Pedro Villamil y estaban integradas por el batallón "Illimani" de Línea y además el "Olañeta" de Sucre, "Aroma" de Cochabamba, "Vengadores" de Colquechaca, Potosí, "Paucarpata", "Dalence" de Oruro, "Bolívar" y los sobrevivientes de la contienda en Pisagua del "Victoria" e "Independencia". Todos de voluntarios y reclutados sin mayor experiencia guerrera o ninguna. Se estima que sumaban 4.213 efectivos. Por su parte los peruanos contaban con 4.850 hombres (Querejazu, 1979: 429).

A unos centenares de metros, pudieron contemplar horrorizados los restos dispersos en la arena y bajo el inclemente sol de poco más de sesenta integrantes de los Húsares peruanos y bolivianos, la mayoría de esta última nacionalidad, masacrados por los chilenos el 6 de noviembre en la Oficina Germania, otra empresa de extracción de salitre.

Aproximadamente a las cuatro de la tarde del día 18 de noviembre se puso en marcha la tropa binacional. Tras caminar toda la noche con las primeras horas de la madrugada divisó a su adversario que se hallaba ocupando el cerro de San Francisco o Dolores. A las ocho a.m. se hallaba acampado a *tiro de cañón*. Se dispuso que una guerrilla saliera en reconocimiento.

Retrató el galeno boliviano, Adolfo Mier y León:

El ejército aliado, dividido en tres líneas, hizo un alto.

Los vivas al Perú y Bolivia, la diana de las bandas militares resonaron en tono conmovedor.[45]

Buendía, dio órdenes confusas y programó el ataque para el 20 de noviembre. Sin embargo el día anterior se produjo la confrontación

[45] Informe firmado en Chumisa (Perú) el 21 de noviembre de 1879. "El Heraldo", Cochabamba, 9 de diciembre de 1879.

con los chilenos al pie de la serranía (Querejazu, 1979:428-435)[46]. Los primeros disparos, sin que se sepa su origen, se oyeron como a las tres de la tarde. A los gritos de *¡Arriba! Arriba!*, el disciplinado batallón de línea boliviano "Illimani", al mando del coronel Ramón González y novato "Olañeta", junto a sus homólogos peruanos "Ayacucho" y "Zepita" treparon las laderas y combatieron con fiereza en primera línea, aunque *sin orden ni plan de ataque*. Por la pendiente norte trataron de subir la elevación y principalmente tomar los cañones chilenos, hasta que se retiraron sin lograrlo[47]. Entre tanto en el costado sud arremetieron el "Aroma", "Vengadores" y el "Victoria" peruano.

Lo que ocurrió aquella jornada es objeto de versiones contradictorias y confusas lo que abre espacio para recriminaciones mutuas entre peruanos y bolivianos. Al parecer los acontecimientos se precipitaron y se inició el tiroteo sin estar planificado, con los resultados anotados. Sus principales protagonistas, como el general Buendía, incluso se negaron a llamarla una batalla y menos todavía una derrota (1967:61)[48]. Los propios chilenos admitirían que pensaron que la confusa acción de armas iniciada a las 15 horas del día 19 y que se prolongó apenas tres horas, solo era un anticipo de la verdadera ofensiva de la Alianza que se daría la jornada siguiente. Refieren que solamente se dieron cuenta que habían vencido la mañana del 20 cuando repararon con sorpresa que las tropas adversarias se retiraban[49].

Los dos días posteriores al 19 se hizo esfuerzos para detener la dispersión sin conseguirlo. Los bolivianos se encaminaron hacia su país, en tanto los peruanos, y con ellos varios jefes y oficiales bolivianos, lo hicieron con rumbo a Tacna. Al igual que en otras oportunidades, algunos *"dispersos"* que armados emigraban a Bolivia se movilizaron junto a sus compañeras *rabonas*[50].

---

46 No nos detenemos en analizar la controvertida confrontación ni los cargos sobre las tropas bolivianas que emanaron de los informes de Buendía y Suárez (Rubatto e Idoña, 1989). Una mirada revisionista boliviana se halla en Oblitas, (2001:221-248) y Peña y Lillo (2004:110-122). Testimonios de combatientes bolivianos se encuentran en Mier (1879), Quiroga (1880) y (Armaza, 1897).

47 El general boliviano Carlos de Villegas fue herido y apresado, entre tanto el comandante peruano Ladislao Espinar murió al intentar tomar la colina.

48 Ladislao Cabrera, resistente en Calama en marzo de 1879, que se hallaba en San Francisco evaluó posteriormente. *La derrota de esas cuatro compañías fue la derrota de todo el ejército que se declaró vencido sin combate*. (1896:50-51)

49 *Con ansiedad esperamos el amanecer del día 20. El cerro de San Francisco, cuando vino el día, se hallaban envuelto en una espesa neblina(camanchaca), que nos impedía ver a 200 pasos de distancia. Al fin, a las 7 se despejó la atmósfera y con sorpresa nos apercibimos que el enemigo huía* (Dublé, 2011:88).

50 Manuel V. Alba, abogado, integrante de la errante V División del Ejército de Bolivia, narraría que hallándose en Salinas de Garci Mendoza (a 260 kilómetros de Oruro), población caracterizada por sus ingenios para moler mineral de plata, llegaron a fines de noviembre y principios de diciembre maltrechos "dispersos" procedentes de San Francisco. El miércoles 1 de diciembre de 1879 anotó que: *Entre ellos hay algunas mujeres bolivianas y otras peruanas* (1882:65).

Posteriormente y en un afán de explicar su conducta, los bolivianos se estrellaron contra la conducción a cargo de Buendía y Suárez que, a sus ojos, dejó mucho que desear[51]. Ambos jefes peruanos serían posteriormente sometidos a juicio por autoridades del Perú aunque éste finalmente no terminó en un dictamen ni condena.

Ladislao Carrera, boliviano y testigo de los acontecimientos de San Francisco, evaluó la conducción por parte de la jefatura:

> No hubo un error que no se cometiera, desde el más trascendental hasta el simple detalle. Ni siquiera fue una escaramuza bien dirigida. No hubo plan de batalla, no hubo General en Jefe, no hubo comandante general de división que recibiera ordenas terminantes, ni siquiera indirectas. (Citado en Sater, 2016:217)[52].

Para distintos partícipes militares bolivianos el repliegue de su tropa, unos tres mil hombres, tuvo razones más que fundadas. Muchos *creían de corazón* que el combate, como había anunciado el mando, se desarrollaría el día 20. Por otra parte, sin sus *"chancelos"* o paga, estaban además desmoralizados por la noticia de la retirada de Daza en Camarones. Sumaba que cansados por su larga permanencia en un territorio agreste y desconocido, se encontraban mal vestidos, peor alimentados, pero sobre todo carecían de órdenes precisas. Razones por las que emprendieron el retorno hasta Oruro, La Paz y otras ciudades (Armaza, 1897; Quiroga,1880).

Tras una larga travesía fueron recibidos en Bolivia con muestras de repudio, recriminaciones y acusaciones. Les reclamaban no haber permanecido en el sur del Perú. En Cochabamba de donde procedía el batallón "Aroma", por ejemplo, el Concejo Municipal los eliminó de sus listas de honor (Querejazu, 1979:462-463)[53]. En La Paz se los desarmó pagándoles 10 bolivianos por fusil y en otras localidades se llevó a juicio a jefes y oficiales. En Tacna, por su parte, la población, ya en alerta y disgusto por lo ocurrido en Camarones, afirmó sus dudas sobre la lealtad boliviana con la Alianza; rumores que se extendían por todo el Perú.

---

51 La defensa de Suárez, que acusa a los bolivianos de actuar con *precipitación y frenesí*, además de abandonar la formación, se halla en su parte de guerra escrito el 23 de noviembre de 1879 (Suárez,1954).

52 Cabrera escribió el 12 de diciembre un informe cuando se retiraba a Bolivia, que fue publicado en El Nacional, Lima, 12 de diciembre de 1879. Señaló que la noticia de la conducta de Daza se conoció en el campamento de la Alianza entre las 8 y las 9 de la mañana, causando un *notable desaliento*.

53 Lisandro I. Quiroga, segundo jefe del "Viedma" reclamó por esta decisión que consideraba apresurada e injusta que lanzó un *anatema contra los patriotas hijos de Cochabamba que durante la campaña y en el campo de batalla agotaron todos sus esfuerzos de que es capaz un hombre para llenar su deber. Pero la verdad tiene que resplandecer un día u otro porque las sombras de que se pretende rodearla se disiparán* (1880:21).

4. Días cruciales

Sin duda aquellas eran jornadas llenas de sombras y malos pasos para la coalición entre Perú y Bolivia. La captura el 18 de noviembre de la cañonera peruana de madera “Pilcomayo¨, que tampoco logró ser hundida por su tripulación, constituyó una nueva adversidad para el curso de la contienda. A ella se sumó la rendición, el 23 del mismo mes, del puerto peruano de Iquique situado a 161 kilómetros al sur de Pisagua. No hubo resistencia ni combate, fue entregado al mando chileno por el cuerpo consular. Desembarcaron para tomar Iquique 115 hombres del buque “Covadonga” que participaba del bloqueo al puerto, que estaba indefenso. Hacía un par de jornadas por la tarde las tropas que lo amparaban lo abandonaron. Integradas por 1.034 hombres al mando del coronel peruano Miguel Ríos se dirigieron al interior del desierto de Tarapacá con el objetivo de unirse a las otras fuerzas peruano-bolivianas.

El alicaído ánimo colectivo reinante en Tacna -y en todo Perú y Bolivia- se repuso con el importante y rotundo triunfo sobre una partida chilena de las fuerzas, en su gran mayoría peruanas, que se retiraban de San Francisco. Ocurrió el 27 de noviembre en Tarapacá, junto a la aldea del mismo nombre, situada al fondo de una quebrada. Ese día se venció a la tropa chilena de aproximadamente 4.000 plazas, pese que su número no sobrepasaba los 3.000. Destacaron en el combate las fuerzas dirigidas por el coronel Francisco Bolognesi y el coronel Avelino Cáceres, ambos peruanos (1973:32-40). En el triunfo hallaron una necesaria revancha al descalabro sufrido en el cercano campo de San Francisco pocos días antes.

El Batallón “Loa” constituido por trabajadores bolivianos en las guaneras y salitreras peruanas, la mayoría oriundos de Tarata, Cochabamba, tuvo también un apreciable rol en el combate. Constituido en cuatro compañías, su uniforme era a rayas blanco y azul, con tendencia a este último color en las blusas y de azul oscuro en los pantalones.

El “Loa” fue organizado en Iquique por el cónsul boliviano Juan Balza, con el apoyo de sus compatriotas Deterlino Ecuazú y Olegario Parra pero quedó sumado al Ejército del Perú enrolado en la “División Ríos”. Su presencia no era de extrañar. Según el Censo de 1876 en la provincia peruana de Tarapacá vivían 6.028 personas nacidas en Bolivia, con seguridad muchos varones y trabajadores de las guaneras y las oficinas salitreras. Fuertes y ambientados a la vida del desierto,

estaban por tanto aptos para ser reclutados. Se afirma, que al menos otros mil bolivianos, de un total de 3.500 hombres, habrían participado en la batalla pero integrando por separado e individualmente unidades del Ejército del Sur del Perú (Guzmán, 1882).[54]

Cuando se decidió abandonar Iquique, el "Loa" partió bajo el comando del coronel boliviano Raimundo González Flor. Cruzaron la pampa de Isluga con la columna del coronel José M. Ríos y luego de una penosa jornada llegaron el día anterior de la contienda al campamento de las fuerzas peruanas en las proximidades de Tarapacá.

Pese a su cansancio, dividido en dos fracciones atacó con furia a su adversario durante la victoriosa refriega de Tarapacá. Gonzales Flor señaló en su informe fechado en Tarapacá el 27 de noviembre, que como a las 9 a.m. en vista que repentinamente apareció el enemigo en las alturas de la pequeña población, recibió órdenes del Comandante de la Quinta División, de trepar a la cima a participar en su contención. La primera fracción, al mando del teniente coronel Trinidad Guzmán, junto al Batallón peruano "Iquique" lograron dispersar a los chilenos de infantería y caballería que atacaban la parte norte. La segunda fracción a cargo de González, en unión de una parte del Regimiento peruano "2 de mayo" sostuvo fuego nutrido obligando a sus adversarios a retirarse. De esa misma fuerza se desprendió un segmento que apoyó a la columna Tarapacá (Díaz, 1940:373).

El combate cesó a las 16.30, abandonando los chilenos el campo de batalla y sus posiciones. El Loa perdió 32 hombres entre jefes, oficiales[55] y soldados (26 muertos); otros 44 resultaron heridos (Guzmán 1882:32). La misma noche del combate el general Buendía instruyó a los vencedores enrumbaran hacia Arica, de modo tan apresurado que apenas tuvieron tiempo de recoger el armamento como las vituallas abandonadas por sus adversarios. Incluso los cañones que fueron enterrados luego serían recuperados por los chilenos.

El capitán Zenobio Rodríguez, del "Loa" expresaría su sorpresa:

> En media noche, cuando los cuerpos se hallaban en descanso reparador de las fatigas de la batalla, se recibió orden para

[54] Cuando el 16 de julio por la noche la armada chilena bombardeó Iquique durante dos horas, murió Francisco Vásquez, boliviano de 21 años, perteneciente a la "Columna Tarapacá", de la Guardia Nacional del Perú. Así como Vázquez otros bolivianos debieron integrar la mencionada guardia. Por su parte la boliviana Juana Cueva fue herida en un brazo. ¿Era una *rabona*? Parte de Pedro Palacio, Iquique, 17 de julio de 1879. Transcrito en Buendía (1967:102-103).

[55] Entre ellos el comandante Aniceto Rivera.

emprender viaje, el que se efectuó a horas doce con asombro y descontento general, dejando insepultos a los muertos y abandonados los cañones tomados al enemigo como si se tratase de una fuga vergonzosa; cuando lo natural era permanecer en el pueblo al menos algunos días, una vez que no se podía suponer y por lo tanto ni esperar el peligro de un segundo ataque enemigo (Diaz, 1940:374).

Hicieron un largo recorrido estimado en 540 kilómetros durante 21 angustiosos días Llegaron al puerto el 18 de diciembre tras cruzar a pie el hostil y desgastante desierto de Atacama. Casi en andrajos, descalzos, abrumados por la sed y el hambre[56] iban acompañados por una numerosa falange de heridos como de civiles, hombres, mujeres y niños *temerosos de las represalias de los chilenos por la derrota sufrida en Tarapacá*. (Cáceres, 197:42)

La sola noticia de la presencia del "Loa" en el victorioso combate renovó frente a la población civil en Arica y Tacna la alicaída moral y el honor de la tropa boliviana, golpeada y criticada por lo ocurrido en Camarones y San Francisco.[57] Compuesto de alrededor de 350 hombres sobrevivientes, la tropa boliviana hizo el último tramo hasta Tacna en el afamado tren para sumarse a sus compatriotas. El 21 de diciembre ingresó triunfante a la ciudad. Agradecidos por haber defendido la dignidad de sus armas, todo el Ejército boliviano, incluyendo el "Sucre", les dio una calurosa y festiva recepción en la estación del ferrocarril. Abundaron las flores, guirnaldas y banderas bolivianas; luego todas las tropas desfilaron por la céntrica calle 2 de Mayo.

Una vez situados en su cuartel fueron bien atendidos y celebrados pues *comida de toda clase llevaban las rabonas de los cuerpos de línea*. Integrantes del Batallón "Padilla", en cuyas filas se hallaban principalmente oriundos de Tarata y Aiquile (Cochabamba) se reencontraron con sus parientes y amigos de los cuales no tenían noticia desde hacía meses e incluso años (Claros, 1960:25-26). En su despliegue por las calles sin embargo, sus heridos y sus uniformes raídos revelaron por primera vez a quienes, -hasta entonces- habían

[56] Rodríguez se quejaría que antes de ingresar a Arica, les confiscaron los rifles Comblain que ellos tomaron de los chilenos, y que se armó nuevamente a la columna de rifles de pésima calidad (Díaz, 1940:374).

[57] El impacto positivo de su presencia se expandió por toda Bolivia. El 27 de enero de 1880, el segundo jefe del "Loa", Trinidad Guzmán, envío como ofrenda al pueblo de Cochabamba, una banderola que fue tomada al enemigo, *cuya sangre lleva impresa*. El 6 de febrero el presidente del Concejo Municipal de esa ciudad, Juan C. Carrillo, la recibió y celebró la participación del "Loa" que con el triunfo que reparó *el honor nacional tristemente empañado en el anterior desastre de San Francisco*. (Díaz, 1940:373-374)

disfrutado de la mundana tranquilidad de Tacna las huellas espectrales que dejaba el desgaste de la batalla y la áspera caminata por el desierto. *Era nuestro espejo para cuando llegue el combate*, reportó un afligido testigo. (Claros, 1960:26)

A solicitud del presidente Daza y venciendo la resistencia del contraalmirante peruano Lizardo Montero, el "Loa" fue integrado al Ejército de Bolivia con la denominación de *Denodado Batallón "Loa" 3 de Línea*, en remplazo del Batallón "Illimani" que luego de la trifulca de San Francisco regresó a Bolivia. Su nuevo uniforme consistía en blusas verdes, similares a las del "Illimani" y pantalones azules de *bayetón del país*, como informaría el capitán de su tercera compañía, Zenobio Rodríguez. (Díaz, 1940:375)

Más allá de los comprensibles resquemores que flotaban en el ambiente, la victoria de Tarapacá devolvió los ánimos y la confianza a las tropas de la Alianza, en particular a la boliviana. Pero aunque mostró la vulnerabilidad de su adversario, no detuvo la crisis militar y política reinante ni en Perú ni en Bolivia. El Presidente peruano Mariano Ignacio Prado, se había desplazado el 26 de noviembre de Arica a Lima para reasumir el mando. Sin embargo el 18 de diciembre viajó en barco hacia Panamá bajo el pretexto de ir a Europa a comprar armas, pero en verdad abandonaba su país. Dejó el mando al vicepresidente Luis La Puerta de Mendoza, que fue sustituido tras una asonada en Lima el 23 del mismo mes por Nicolás de Piérola. De 40 años, de rancia prosapia y oriundo de Arequipa, asumió el mando con carácter de Dictador.

El presidente boliviano Hilarión Daza, por su parte, fue depuesto el 27 de diciembre. Su derrocamiento, que se produjo cuando se hallaba en Arica a donde había partido a las 10 de la mañana, se gestó en Tacna encabezado por el coronel Eliodoro Camacho, oriundo de Inquisive, La Paz, de 45 años y comandante del Regimiento "Vanguardia" de Cochabamba.[58] Había vivido en Tacna en el exilio, como muchos jefes y oficiales bolivianos, donde tenía amigos, amigas e incluso comadres.

Contó con el apoyo de los jóvenes *"decentes"* de la "Legión Boliviana" uno de cuyos integrantes, el Regimiento "Murillo", inició la acción a las 13 horas ocupando la casa que usaba Daza a modo de Palacio de Gobierno. Por su parte otro complotado, el jefe de la artillería, coronel Adolfo Flores, dispuso que los cañones se emplazaran

[58] Desde 1876, una vez que Daza asumió el Gobierno, Camacho se exiló a Perú. Desatada la guerra, e introducida la amnistía, regresó a Cochabamba para organizar un Batallón.

en calles cercanas y en La Alameda de Tacna para disuadir a potenciales oponentes (Viscarra, 1889:157).

Previamente para evitar confrontaciones se ordenó que las tropas de línea, principalmente el Batallón "Daza" muy ligado al Presidente que iba a ser derrocado, se movilizara con sus armas pero sin proyectiles hacia la zona de Alto Lima con el pretexto de que se bañaran, lavaran ropa y pasaran un día de descanso. Lo acompañó el "Sucre" que no tuvo por tanto participación directa en la operación de derrocar al mandatario. En los cuarteles solo quedó la guardia.

Consumada la toma, el coronel Camacho, desde la Glorieta de la Alameda, dirigió eufóricas palabras a jefes, oficiales y soldados del "Colorados" que retornaron cerca de las 15:30 horas.[59] Acusó a Daza de *tirano*, de querer abandonar la alianza con Perú y lo criticó por la retirada de Camarones. *Al separar a un mal General de vuestras filas, salvamos el honor y la buena fe de Bolivia*[60]. Salvo mascullar e insultar a baja voz, nada pudieron hacer para defender al presidente defenestrado con quien mantenían una sólida y antigua relación. Poco después vieron sorpresivamente cambiado su nombre por el de "Alianza", que tuvieron que aceptar en medio de nuevas y sordas protestas, aunque en el tiempo y el registro de la memoria predominaría su más antiguo apelativo de "Colorados".

En La Paz, se produjo también una asonada el día 28, seguramente —aunque no hay pruebas— concordada con lo ocurrido en Tacna, que también destituyó a Daza y reafirmó la alianza con el Perú; el 29 ocurrió lo propio en Oruro. Daza sintiéndose vencido, se embarcaría el 6 de enero de 1880 en una nave rumbo a Locumba, al norte de Tacna, luego, con su familia que vino de Bolivia, se trasladaría a Francia donde estableció su residencia. El 27 de febrero de 1894 fue asesinado en Uyuni cuando regresaba a Bolivia para defenderse de las acusaciones en su contra.

Camacho se hizo cargo de la conducción del Ejército boliviano. Estaba seguro que desplazado Daza se produjo un vuelco favorable. El 28 de diciembre, consolidado el golpe de mando escribió unas breves líneas a su esposa:

---

[59] El 22 de enero de 1880, Camacho emitió en Tacna un largo manifiesto para justificar el derrocamiento de Daza. Fue publicado en Tacna el 28 de enero de ese año en el *"Boletín de Guerra del Ejército Boliviano"*.

[60] *"La Revista del Sur"*, Tacna, 28 de diciembre de 1880.

(H)asta hoy marchan las cosas admirablemente bien; pues pueblo y ejército están llenos de júbilo por el cambio operado.[61]

Una lectura optimista de una realidad altamente compleja y amenazante.

Para cubrir la vacancia el 19 de enero de 1880, se designó al general Narciso Campero como presidente de Bolivia con carácter interino y hasta que se reuniera la Convención Nacional convocada para el mes de mayo. Oriundo de Tarija y de 66 años era el oficial más antiguo del Ejército de Bolivia, que a la sazón comandaba la V División que se movilizaba errante en el sur del país. Gozaba de fama de buen militar y de haber realizado estudios en la academia de guerra francesa de Saint Cyr.

Llegó en un momento que no pocos consideraban crucial. Para fines de 1879 y principios de 1880, mientras la coyuntura política estallaba, la situación militar de la alianza boliviano-peruana había girado en sentido desfavorable pues Chile lograba consolidar su proyecto de invasión. Bajo el mando de su Ejército estaban los emporios salitreros del Litoral (Bolivia) y Tarapacá (Perú), que eran el verdadero objetivo de su guerra invasora. Pudo así apropiarse de las abundantes rentas que se generaban por la exportación de estos ricos recursos naturales que le ayudaron a financiar y armar a sus tropas en mar y tierra, mientras que en los países ahora invadidos sus arcas fiscales mostraban severos problemas para solventar el elevado costo que demandaban las operaciones de guerra.

Tampoco la victoria de Tarapacá, pese a su aliento moral y de confianza modificó la correlación en favor de los países aliados, aunque les había dotado de nuevos mandos y abierto expectativas. Más allá del golpe para su orgullo, el Ejército de Chile seguía intacto y en franca ofensiva. Con todo, para que se consolidara su propósito de dominación, persistían aun importantes escollos en el sur del Perú: Arica, el puerto artillado y Tacna, donde se agrupaban tropas en importante número y además de las importantes plazas de Moquegua y Arequipa que contaban también con fuerzas relevantes que, aunque mal armadas y desorganizadas intentaban defender posicionamientos geográficos gravitantes para el curso de la contienda.

61 Carta de Eliodoro Camacho a “querida hija”, Tacna, 28 de diciembre de 1879. AFBCB.

Los ánimos se templaban y las voluntades se preparaban. El día de Navidad desde Tacna Eliodoro Camacho escribió a su hijo José María, que se hallaba en Bolivia.

> La guerra toma cada día giros más luctuosos y oscuros de los cuales será difícil sufrir con bien. Haremos cuanto se pueda teniendo siempre en la mente las dos imágenes queridas de Patria y Deber[62].

A fines de diciembre de 1879 Chile había iniciado una exploración y reconocimiento de los territorios al norte de Tacna, con el propósito de atacar y acabar con las tropas de la Alianza estacionadas en Tacna y Arica. El 29 el primer batallón de su regimiento "Lautaro", estimado en 400 hombres al mando del coronel Arístides Martínez se embarcó rumbo al pequeño puerto peruano en la caleta de Pacocha[63] (Ilo) al norte de Tacna y el único de Moquegua. A las tres de la madrugada del 30 un centenar y medio desembarcaron al sur del fondeadero y otros 230 al sur del villorrio de Ilo, a un kilómetro y medio de distancia. En ningún caso encontraron resistencia.

Luego, la noche del 31, al parecer excediéndose de sus órdenes, se trasladaron hacia Moquegua cubriendo el poco más centenar de kilómetros (101) por el tren en un convoy de locomotoras y carros, ruta que había sido inaugurado en enero de 1873. Estaba intacto y disponible. En una situación similar a la que ocurrió en Pisagua, al retirarse precipitadamente las escasas fuerzas peruanas no lo destruyeron, quedando como un grato y sorpresivo presente para las tropas adversarias. Como a las 8:30 de la noche un reducido número de soldados chilenos, que avanzaron en dos vagones, tomaron la sorprendida ciudad sin mayores tropiezos. En la madrugada del 1 de enero de 1880, llegaron cuatrocientos efectivos como refuerzo.

El corresponsal de "La Patria" de Valparaíso describió la plaza tomada.

> Moquegua es una bonita ciudad de 8 a 10 mil habitantes, sus edificios son de piedra y sus calles angostas. Su comercio muy animado y toda la gente casi tiene sus propiedades. Hay bastante lujo, usan buenos y elegantes vestidos y la mayor parte de su vajilla es de plata (Castagneto,2016:281).

---

62 Eliodoro Camacho a José María Camacho, Tacna 25 de diciembre de 1879. AFBCB.

63 Puerto considerado secundario, pues el principal de Ilo fue devastado por el terremoto del 13 de agosto de 1868.

A las pocas horas, a las 16, tras imponer una contribución obligatoria de 28.000 pesos a sus asustados habitantes, la abandonaron para dirigirse a la costa. En el trayecto tuvieron que afrontar el sabotaje de los pobladores y quizá soldados dispersos, que provocaron el descarrilamiento del tren, aunque sin provocar bajas entre los invasores. En cambio durante la expedición punitiva chilena se dio muerte a una decena más o menos de peruanos que huían por el valle. Pasadas las nueve de la mañana del 2 de enero, las tropas de Chile se reembarcaron desde Pacocha hacia el ocupado puerto de Pisagua, de donde habían partido.

Conocida en Tacna la noticia de la toma, el mando militar dispuso que saliera hacia esa zona y en misión de exploración un grueso contingente que sumaban unos 2.500 efectivos y unos pocos jefes y oficiales. Los bolivianos aportaron con dos batallones de infantería, el "Aroma" y el "Sucre", una batería de cuatro piezas y un escuadrón de caballería, el "Coraceros" (Cáceres, 1976: 47). Todos estaban al mando del coronel Miguel Castro Pinto de esa misma nacionalidad y oriundo de Santa Cruz. Los peruanos, por su parte, participaron con el Batallón "Zepita" y el de "Cazadores del Misti", bajo el comando de su compatriota el coronel Andrés Avelino Cáceres que también ejercía el mando del conjunto de las tropas aliadas en su desplazamiento hacia Ilo y Moquegua.

Partieron entre el 2 y 3 de enero de 1880. Marchaban a desalojar al enemigo, quizá sin conocer que éste ya había desocupado las poblaciones tomadas. En el grupo se hallaba el Batallón "Sucre" con su medio millar de hombres, seguidos como siempre por una fervorosa columna de *rabonas*. Durante la travesía, al pasar por la caleta y el fértil valle de Ite, cercada por las naves chilenas, soportaron cañonazos de una de ellas allí anclada. No tuvo consecuencias sobre los cuerpos armados de la tropa boliviana y peruana.

Varios kilómetros más allí se estableció un campamento en la localidad de Ite rodeados de humedales y playas a unos 95 kilómetros al norte de Tacna y unos 60 kilómetros de Ilo. Sobre la fina arena sacudida por el viento y sin contar con carpas protectoras, su permanencia se hizo difícil. En aquellas tareas de vigilancia, afrontando las contingencias de la naturaleza, permanecieron por 18 días, sin que los chilenos aparecieran por el horizonte.

El 22 de enero recibieron la orden de trasladarse hasta Moquegua para ocuparla y consolidar presencia permaneciendo estacionados en la localidad. Circular a pie sobre la arena este mes por la costa peruana del Sur, donde el clima es tan cálido como húmedo y el sol abrasador, pondría a prueba a la resistencia del "Sucre" y el resto de la tropa aliada.

> Siguiendo marchas hasta el hermoso valle de Moquegua, salvando enormes y empinadas faldas en cuyo transmonte hasta el soldado boliviano, que es cuanto más se puede decir, sentía extenuadas sus fuerzas por el cansancio y la fatiga.
>
> En sus marchas el infante no se lamentaba de los accidentes del terreno, sino de la ardiente arena en que se enterraba su pie, poco menos que desnudo, pues la ojota de nada podía servirle allí, y principalmente de la falta de agua, tanto más sensible en aquel clima.(Mármol, 1880:82).

Casi de inmediato, el día 26, el contraalmirante peruano Lizardo Montero les instruyó retornar a Tacna, donde arribaron el lunes 2 de febrero, tras un nuevo esforzado recorrido por arenas candentes que condujo a varias deserciones. El "Sucre" acampó en Calana, fértil valle, a unos tres kilómetros de la ciudad. Fue la segunda vez que el batallón se movilizaba fuera de su cuartel, retornando ambas veces sin haber combatido; la primera, como se vio, correspondió a la marcha abruptamente cortada en Camarones en noviembre del año precedente.

5. Chile en movimiento

Entre tanto el Ejército de Chile se preparaba para su desplazamiento definitivo. En apreciación de José Vicente Ochoa el Ejército boliviano se afianzaba, pues retornaba a la normalidad y *volvía la confianza lesionada tras la retirada de Camarones y el desbande de San Francisco* (2014:268). Salvo por este necesario refuerzo emocional, muy poco notable había acontecido en el mes que terminaba. En rigor de verdad ambas partes beligerantes se tomaban tiempo para acumular nuevas fuerzas para librar la campaña última y decisiva de esta fase de la guerra. Chile exploraba los pormenores de su ofensiva terrestre una vez que en el mar ya surcaban dominantes sus naves mientras que la Alianza buscaba como contener los planes adversarios de desembarco que amenazaban Tacna y Arica. Una tarea complicada. La rápida incursión chilena a Pachocha y Moquegua, había revelado al mando de ese país lo desguarnecidas que estaban las costas peruanas al norte de Tacna.

Un nuevo y acertado balance de Ochoa:

> La escaramuza de los chilenos en Moquegua, y su internación a territorio enemigo, sin hallar obstáculos, prueban la vulnerabilidad de las costas del Perú y la favorable situación en que se halla el enemigo para poder escoger a su agrado la localidad que convenga a sus designios. El Ejército de Bolivia sigue disciplinándose: su situación es ya normal, después del notable sacudimiento moral que hubo de sufrir con la destitución del general Daza (2014:268).

Las inmóviles tropas bolivianas sin embargo seguían desgastándose en la espera. En la segunda semana de Febrero fallecieron de colerina, enfermedad parecida al cólera, tres jóvenes pertenecientes a la "Legión Boliviana" y otros seis del Regimiento "Coraceros". El 21 de febrero el sargento mayor del "Sucre", Manuel Gómez, recibió de un peruano un disparo de revolver que se dijo era fortuito. Murió tres días más adelante.

Esa jornada del 26 de ese mismo mes se recibió en Tacna noticias de sobresalto. Se supo que buques chilenos estaban nuevamente en el atracadero de Pacocha donde desembarcaron tropas en gran número. Lo escogieron por la posibilidad de abastecerse con agua de un río próximo y porque parecía más calmo y por tanto más fácilmente operativo que hacerlo en Ite caracterizado por sus aguas agitadas (Ekdahl, 1919. T.II:61).

La reacción en filas bolivianas no se hizo esperar: *Nuestro ejército se pone listo para el combate* (Ochoa, 2014:272). La coyuntura bélica sin duda se estaba modificando. A diferencia de la episódica exploración previa, aquella de inicios de enero hacia Moquegua, esta vez se trataba de una incursión prolongada y contundente para dar curso a una invasión terrestre de magnitud con la que Chile esperaba definir, esta vez en tierra, el conflicto bélico a su favor.

En efecto, entre el 24 de febrero y 1 de marzo, transportadas en un convoy naval y al mando del general Manuel Baquedano, se movilizaron por mar cuatro divisiones de ese país, con más de 13.600 hombres, además de pertrechos y alimentos. El 26 a eso de las nueve de la mañana el grueso de la tropa arribó a Punta Coles, cerca de Pacocha abandonado por su población. Las tropas comenzaron a desembarcar en barcazas, pero al darse cuenta que el fondeadero de Pacocha estaba intacto optaron por esta posibilidad (Sater, 2016:240-241). Las tropas chilenas al igual que en la ocupación de fines del año precedente

hallaron intactas las dotación de agua, las instalaciones del puerto y el tren, un verdadero trofeo.

Pero lo que más les gratificaba fue que encontraron un cercano vergel[64] lleno de verduras y sobre todo frutas que contrastaba enormemente con la desesperante aridez de Pisagua, pero que a la par los desalentaba con la amenaza de las endémicas pestes de tercianas y fiebre amarilla. Los chilenos no perdieron en todo caso la oportunidad para saquear lo poco que quedaba en el puerto[65].

Por otra parte, pero dentro del mismo plan, el 27, 29 de febrero y entre 1, y el 6 de marzo naves chilenas bombardearon Arica, preanunciado que un asalto estaba en curso. El puerto sería nuevamente sometido a intenso fuego el día 17 de marzo. Muchos y muchas de sus habitantes huyeron a Tacna. El 10, 22 y 23 de abril, el puerto del Callao, también fue castigado sin mayores consecuencias que la alarma entre su población y la de Lima.

Ambos dispositivos, desembarco y bombardeo, eran simplemente preludios de un predecible ataque de mayor envergadura. Previéndolo, diversos batallones peruanos como el "Octavo de Línea" y el "Granaderos del Cuzco", se trasladaron desde Arica hasta Tacna el 14 y 15 de enero, respectivamente.[66] Más adelante entre el 8 y 10 de marzo hicieron lo propio nuevas tropas peruanas que habían combatido en Tarapacá, como el "5to de Línea", "Cazadores del Rimac", el "Canevaro", luego el "Zepita", el "Prado". Posteriormente otras unidades, también se desplazaron con el mismo periplo. Su intención era reforzar su defensa de la ciudad y su hinterland de un previsible ataque adversario. Además su mandos sentían la necesidad de huir de las pestes que asolaban el valle de Azapa, cercano a Arica, donde estaban estacionados y que les causó cientos de bajas.

Con el concurso de las nuevas unidades, las tropas peruanas organizadas como el "Primer Ejército del Sur", llegaron a sumar en

64 Valle que se extiende desde la costa hasta Moquegua por un centenar de kilómetros.

65 Pacocha -Ilo no existe- es un pueblecito simpático de casitas nuevas y muy elegantes. Lo hemos encontrado completamente abandonado; sus pobladores no pasarían de 50. Aun así nuestros soldados principiaron a cometer fechorías saqueando y maltratando a los que hallaban en sus casas. Yo tuve que poner presos a trece soldados que sorprendí robando en varios puntos y hacerles aplicar cincuenta azotes a cada uno. Si nuestros rotos no fueran asesinos y ladrones no podrían ser conquistadores, y la conquista es robo a mano armada. Máximo Lira, secretario del Ministro chileno Sotomayor, a Isabel Errázuriz, 28 de febrero de 1880. http://www.expresoinformativo.com/index.php/educacion-y-cultura/6521-moquegua-e-ilo-en-la-epoca-de-la-guerra-del-pacifico.

66 *"Boletín de Guerra del Ejército Boliviano"*, Tacna, 16 de enero de 1880.

Tacna un estimado de 5.800 hombres. Se estacionaron en los alberges y cuarteles de la ciudad que ocupaban inicialmente los bolivianos (Cáceres, 1976:49-51), los que fueron trasladados a los valles cercanos de Calana y Pocollay; días más tarde todos, bolivianos y peruanos, convergieron y acamparon juntos en el "Campo de la Alianza".

La proximidad del adversario demandó de más aprovisionamiento militar. La carencia en armamento, municiones, vestimenta y vituallas se presentó más patética que nunca. El contraalmirante Montero dirigiría al presidente Piérola sentidos reclamos en ese sentido, sin ser atendido. Cuando el 16 de marzo la corbeta "Unión" eludiendo de manera arriesgada el bloqueo de Chile a Arica, pudo atracar, para su desazón solo trajo algunas docenas de zapatos, lona para uniformes, 100 mil tiros o proyectiles y dos ametralladoras, una de ellas inservible, causando decepción y sorda protesta (Oblitas,2001:305-306).

Por su parte, el mando chileno, con la aquiescencia de su presidente Aníbal Pinto, decidió incursionar en territorio peruano; tenían en la expectativa que las fuerzas de la Alianza salieran de su reducto de Tacna a confrontarlas. En esta labor de desafío y conquista, el lunes 8 de marzo los Batallones "Naval" y "Zapadores", además del Tercer Regimiento de Línea y un reducido número de integrantes de la caballería se embarcaron por mar hacia el puerto de Mollendo, al norte de Ilo. Ya en la playa, una parte quedó cerca de la caleta de Islay, abandonada apresuradamente por su población, y el resto se dirigió por un polvoriento camino hacia el atracadero de Mollendo situado a unos 15 kilómetros. Lo tomaron sin combate ni resistencia pues la cincuentena de hombres que custodiaban la zona se retiraron tras intercambiar unos pocos disparos. La localidad, también estaba abandonada por gran parte de sus habitantes salvo algunos extranjeros, italianos en su mayoría. Poseía pequeñas dimensiones pero su situación fue considerada estratégica como puerta de abastecimiento de la región; desde allí, por ejemplo, partía un tren hasta Arequipa, la segunda ciudad del Perú a 173 kilómetros.

En Tacna se supo la noticia el martes 9 de marzo, el mismo día que las tropas bolivianas realizaban ejercicios militares y simulacros de combate en sus campamentos de los valles circundantes a Tacna. Se conoció que Mollendo ocupada pasó por un mal momento. Libres de todo control, soldados ebrios del "3ro de Línea" saquearon e incendiaron el puerto la noche del miércoles 10; soportaron similar

agresión las localidades próximas de Mejía e Islay. A instrucción del mando de la expedición chilena, también se destruyó parcialmente el muelle de Mollendo, la moderna estación de ferrocarril, la maestranza, las vías férreas, los vagones de carga y pasajeros y la oficina del telégrafo (Ekdahl, 1919. T.II:80-81). El fuego se propagó y se quemaron unos dos tercios de la ciudad.

La tarde del 12, dejando atrás suyo una estela de ruina, desolación, violaciones y saqueos, las tropas de Chile regresaron a su base de Pacocha, donde arribaron al día siguiente. Casi de inmediato Mollendo fue retomada por tropas peruanas procedentes de Arequipa. Entre tanto en Bolivia, una inopinada sublevación del coronel Uladislao Silva contra Campero, no logró desplazar al nuevo presidente. Silva recibió el total repudio de jefes y oficiales asentados en Tacna (Ochoa, 2014:286-288), pero no se pudo impedir la dispersión de los Batallones "Murillo" y "Bustillo" y en parte el "Oruro" que se aprestaba a marchar a Tacna como refuerzo.

Siguiendo con su plan, las fuerzas del país invasor estimadas en unos 3.600 hombres se dirigieron nuevamente a la localidad de Moquegua a 87 kilómetros de Pacocha e Ilo. Después de una parada en Hospicio, reiniciaron la marcha la madrugada del 12 de marzo arribaron a las proximidades de la ciudad. Para entonces las tropas peruanas de la "Primera División del Segundo Ejército del Sur", al mando del sexagenario coronel Andrés Gamarra[67], se habían replegado a la sierra próxima considerada las "Termópilas Peruanas. Sumaban unos 1.300 hombres. En la llamada "Batalla de Los Ángeles" la noche del 21 y la madrugada siguiente, los chilenos ocuparon una montaña considerada "inexpugnable;" pero que igual cayó en manos adversarias que usaron una estratagema para trepar las elevadas pendientes por un lugar desguarnecido logrando sorprender a los peruanos. Resultó un golpe muy duro para los Aliados. Las comunicaciones entre Arequipa y Tacna se cortaron, y con ella la provisión de alimentos y refuerzos.

Los chilenos estaban ahora listos para atacar esta última plaza y luego ir por Arica y Lima (Peña y Lillo, 2004:160). La certidumbre que se aproximaba la hora de las definiciones no impidió conmemorar en Tacna el 23 de marzo, primer aniversario de la resistencia de Calama, y por el contrario acentuó el ánimo entre jefes, oficiales y soldados bolivianos asentados en la ciudad y los valles aledaños. La celebración

[67] Hijo del presidente peruano Agustín Gamarra.

les recordaba por qué estaban bajo banderas, con armas en bandolera y balas en la canana tan lejos de sus hogares. Hubo salvas de honor, una misa de réquiem, un almuerzo de confraternidad, y por la noche fuegos artificiales, retreta de las bandas del "Colorados" y del "Sucre" y una iluminación alegórica nocturna (Ochoa, 2014:289).

La semana santa pasó en cambio sin mayores celebraciones. El 25 se conoció la derrota de Los Ángeles de las tropas peruanas. Los días siguientes continuaron sin novedad, salvo por los comentarios en los corrillos militares y sociales de lo acontecido en Moquegua, de las incursiones y avances chilenos como de las recurrentes pestes de tercianas que afectaban a las tropas, en especial a las peruanas.

6. Refuerzos desde Bolivia

En medio de estas incertidumbres, una buena noticia para los aliados y en particular para los bolivianos se produjo al verificarse el 13 de abril el arribo a Pachia, de la V División del Ejército de Bolivia comandada por su nuevo jefe, el general Claudio Acosta. Había partido el 4 de abril de La Paz, cumpliendo una orden de Campero. En el puente de Nasacara, fronterizo con el Perú, el oficial había intentado que las *rabonas* regresaran a La Paz, sin éxito (Querejazu, 1979:519). Imperturbables ellas continuaron junto a la tropa e ingresaron a Tacna detrás de sus hombres cargando como siempre bártulos y *guaguas*.

Tras reponerse en el afable valle de Pocollay, a cinco kilómetros, el 17 del mismo mes ingresaron a Tacna todos y también todas, aunque ellas a la cola o el rabo de la columna. La fecha del ingreso de la V División no se eligió casualmente sino para celebrar el primer aniversario de la partida del contingente inicial de bolivianos hacia el sur de Perú. Los acompañaron en su *entrada triunfal* fuerzas bolivianas y peruanas, que encabezadas por el coronel Camacho y el contraalmirante Montero, formaron previamente en una explanada frente al *ayllo* indígena aimara de Capanique.

En una celebración que hizo recordar aquella tributada en abril del año pasado fueron recibidos calurosamente por la población que veía que Bolivia reafirmaba su compromiso de defenderla y de no abandonar a su aliado a su destino. El "Sucre" animó la solemne ceremonia con el desfile de su tropa de casacas amarillas. Sus bandas y otras de los ejércitos de Bolivia y Perú tocaron marchas guerreras al paso por calles atestadas y de vivos colores y voces altisonantes. Un

inmenso gentío hacía grandes manifestaciones de alegría y de apoyo a los recién llegados, mientras que de balcones de algunas casas les echaban mistura. El Batallón "Grau" se llevó los mayores aplausos porque marchó por las atestadas calles con *estandarte y banderolas peruanas*[68].

El testimonio del abogado Manuel V. Alba, que ese día ingresó a Tacna, es eufórico:

> La entrada desde las goteras de Tacna, fue tan entusiasta y solemne que hizo olvidarnos de todas las penalidades pasadas y las amarguras de los desiertos. La multitud de balcones por dónde atravesamos estaban llenos del elegante bello sexo tacneño, que nos obsequiaba con flores y aguas de color; habiéndonos llamado más la atención del hotel Granga y donde era innumerable el número de amigos que no habían podido salir en nuestro alcance (Alba, 1882:92).

En la Prefectura de Tacna, el contraalmirante peruano Montero reconoció:

> El Perú y Bolivia tienen el sagrado deber de escarmentar a Chile. Sí, es necesario vencerlo, o es indispensable morir.[69]

Por su parte, el conocido literato y escritor Modesto Molina, oriundo de la ciudad, dedicó y leyó en voz alta su poema "Salmo de la Guerra", uno de cuyos enfervorizados fragmentos rezaba:

> Salud nobles custodios de la Alianza.
>
> Os esperaban ya vuestros hermanos.
>
> Como un nuevo poder y una esperanza
>
> Salud ¡oh! Ciudadanos
>
> Que, cruzando con fe la cordillera
>
> Traéis esa bandera,
>
> Que es símbolo de unión de dos naciones.[70]

Estaba claro, para quien quisiera verlo, que Bolivia estaba decidida a no romper su coalición con Perú. La amplia y cálida recepción mostraba por otra parte que la amistosa relación entre la población de

68 "El Peruano", Lima, 19 de abril de 1880.
69 Ibíd.
70 "La Revista del Sur", Tacna, 18 de abril de 1880.

Tacna y el Ejército de Bolivia, perturbada por los colapsos de Camarones y San Francisco, se había restablecido. Entre la tropa boliviana renació la confianza del triunfo que se hizo *más halagadora*, escribió el joven Rafael Cárdenas a su familia asentada en Cochabamba[71].

La V División fue la penúltima tropa boliviana en incorporarse al teatro de operaciones en el sur peruano. Durante meses, sin que quedase en claro los motivos, había deambulado en el sur de Bolivia, por lo cual recibían el mote de los "israelitas". Se hallaba integrada por los experimentados Batallones "Tarija" (del Departamento del mismo nombre al mando del coronel Miguel Estenssoro) y el "Chorolque" (oriundos de Chichas, Potosí comandados por el coronel Justo Villegas); ambos sufrieron las peripecias de la caminata de rumbo cambiante del año anterior. A ellos se sumaba el novel "Grau" (de Cochabamba) batallón recientemente organizado por el escritor y político Nataniel Aguirre y el coronel Lizardo Peñarrieta, quien lo comandaba.

El terceto de batallones sumaba en total un aproximado de 1.300 hombres escogidos. Bolivia reponía así una buena parte de aquellas tropas que abandonaron Perú tras los negativos resultados en San Francisco el mes de noviembre y de aquellas otras unidades que como los aludidos batallones "Murillo 2", "Bustillo", "Oruro" y el "Escuadrón Bolívar" se dispersaron en Bolivia durante los motines de marzo de 1880 contra el presidente Campero.

Entre tanto, y tras su incursión en Moquegua, el Ejército de Chile comenzó a marchar por el desierto peruano en busca de su adversario asentado en Tacna. El 8 de abril su caballería inició la expedición. La caminata fue azarosa para la tropa que iba a pie ya que se desgastó por la sed, el hambre y las pestes, que cobraron decenas de vidas mientras que centenas hubieron de ser evacuados a hospitales en Antofagasta y Santiago (Sater, 2016:249). La artillería y sus caballos de tiro fueron desembarcados en Ite, para acortar la distancia y evitar su desplazamiento por la arena donde se hundían carromatos y cureñas.

Mientras los chilenos se aproximaban, en la Alianza se vivía nuevamente momentos decisivos llenos de rumores sobre su ruptura y el presunto retorno en masa a su país del Ejército de Bolivia. Tras vencer la asonada contra su gobierno el presidente provisional general Narciso Campero se presentó sorpresivamente en Tacna para superar

[71] Integraba el Batallón "Vanguardia" en la "Legión Boliviana". Murió en la batalla del 26 de mayo de 1880. "El Heraldo", Cochabamba, 25 de junio de 1880.

la incertidumbre. Llegó a las 11:30 p.m. del 19 de abril. Había partido a grupa de caballo de La Paz el día 14 a las siete de la noche. Lo acompañaba el embajador de Perú en Bolivia, Enrique Bustamante y Salazar, además de otras personas, entre ellas Severo Fernández Alonzo, importante propietario de minas[72].

Eufronio Viscarra, historiador boliviano que recogió testimonios orales, contó que cuando Campero partió de La Paz:

> Atravesaba las calles de la ciudad para (enfrentar) otra vez las fatigas del vivac y de los campos de batalla, todos se preguntaban: ¿le volveremos a ver? (1889:186).

En Bolivia quedó encargado del Gobierno Ladislao Cabrera, quien el 23 de marzo de 1879 fue uno de los principales promotores de la resistencia a la invasión chilena en Calama y que, como se dijo, se había replegado a Bolivia luego de la retirada de San Francisco de noviembre del mismo año.

Campero conocía bien Tacna, había vivido allí desde el 28 de diciembre de 1865 hasta marzo de 1867. Allí permaneció, como diría, *esperando se despejara el tenebroso horizonte de Bolivia*, en alusión al gobierno del caudillo militar Mariano Melgarejo. Cuando España, a fines de 1865, mediante su marina de Guerra intentó agredir a Chile y Perú, Campero ofreció de inmediato sus servicios. *Junto con otros emigrados* bolivianos se aprestó a defender Arica de la escuadra española. Su concurso no fue requerido pues ésta no atacó este puerto y se desplazó más bien hacia el Callao para bombardearlo el 2 de mayo de 1866 para retirarse luego derrotada.

Bajo el mando del presidente Mariano Melgarejo, Bolivia se había sumado el 22 de marzo a la confrontación contra España, y aunque no participó directamente en la contienda, impidió que las naves españolas pudieran recalar en sus puertos sobre el Pacífico. Aquel momento Bolivia, Perú y Chile eran aliados frente al agresor externo, pero 13 años más tarde la ambición chilena desató la conflagración con las otras dos.

La presencia de Campero que tenía la fama de estratega militar fue celebrada en Tacna con *una mezcla de alegría y satisfacción*[73], pues reafirmó la confianza de su población y despejó dudas y rumores.

---

72 En 1896 fue electo presidente de Bolivia.
73 Revista del Sur, Tacna, 22 de abril de 1880.

Quedaba claro que pese a sus posibles omisiones y carencias materiales y logísticas, el Ejército de Bolivia estaba listo y presente para batirse junto a Perú contra Chile. Para el presidente boliviano no había vuelta atrás. No escapaba a su entender que las desventuras guerreras de la Alianza habían dado en Bolivia más alas a posturas como las de Julio Méndez, que pregonaba que las tropas asentadas en el sur de Perú se replieguen a Bolivia aduciendo que el mejor terreno para enfrentar a Chile no era la costa sino la serranía.

Aducía que en los Andes el *"general sorojche"*[74] haría de las suyas; además los bolivianos conocían cada recoveco de un medio ambiente pródigo en recursos y podrían contar con el soporte inestimable de la población. Nada de eso se disponía en el desolado desierto. Confesará Manuel V. Alba, que Campero no dejó de pensar en aquella posibilidad, incluso habló de retornar, aunque solo a La Paz. Descartó la idea, considerándola como una *cobardía infame* frente al Perú, agregando: *No hay más que combatir, haciendo los mayores esfuerzos y buscando las ventajas que podamos*. (1882:110)

Al día siguiente de su llegada el mandatario boliviano se hizo cargo del mando de las operaciones militares en su calidad de Supremo Director de la Guerra, que le correspondía por ser el presidente de la Alianza que se hallaba en el campo de batalla. Investido de ese mando instruyó que el 26 de abril a la semana de su arribo, se realizara una parada de todo ejército de la Alianza o Unido en la explanada anexa al cementerio de Tacna. Fue la primera vez que un ejercicio semejante se realizaba con toda la presencia boliviana y peruana.

Un testimonio oficial boliviano da cuenta que:

> Los cuerpos concurrieron provistos de todo su equipo y los de nuestro ejército llevaron hasta las tiendas de campaña que se les ha construido en estos últimos meses.
>
> Gran concurrencia de caballeros y muchas señoritas habían asistido a presenciar la gran revista.
>
> El general Montero y el coronel Camacho estaban a la cabeza de sus respectivos ejércitos.
>
> Tan pronto como se presentó el general Campero, las bandas peruanas entonaron el himno boliviano y respectivamente las de nuestro ejército, el del Perú.
>
> La línea fue mandada por el general Juan J. Pérez.

---

[74] La expresión pertenece a Hilarión Daza (Oblitas, 2001).

Acompañaron la revista los generales en jefe de ambos ejércitos.

Terminó al acto a las 10 a.m. retirándose todos los concurrentes, entusiastas y satisfechos[75].

Campero quedó igualmente contento con el desempeño de su tropa.

Entre tanto ese mismo día a las 11 de la mañana se supo que Chile continuaba concentrando tropas y armamento en Pacocha y que luego se desplazó hacia el cercano y fértil, aunque insalubre valle de Sama, a unos 45 kilómetros al norte de Tacna, en el camino a Moquegua. Dos días antes habían desbaratado en la pequeña población de Buenavista las pequeñas tropas guerrilleras—un centenar y medio de hombres—al mando del coronel peruano Gregorio Albarracín, que en su juventud fue arriero en el tramo de Tacna a La Paz. Lo buscaban con intensidad, porque los acosaba y también porque el 1 de abril les había matado ocho soldados y capturado a varios otros. Albarracín tuvo que replegarse a Tacna.

Con acciones como éstas, la presencia chilena ya no podía ocultarse, aunque el alto mando de la Alianza careciera de detalles sobre su número, composición y armamento exacto, pese a que tenían destacados algunos *bomberos* o espías de nacionalidad italiana en la zona, que al parecer no dieron buen resultado[76].

En su balance del mes de Abril y con los chilenos *ad portas*, José Vicente Ochoa apuntó una premonición basada en la justa observación de la situación:

> Concluye el presente mes dejando una ansiedad incontenible, en el ánimo del Ejército de Bolivia, que está en momentos de librar un combate sangriento y quizá el más decisivo de la presente Guerra (2014:303).

El cronista estaba convencido que pese a la obligada *residencia pasiva* de las tropas bolivianas en Tacna, a la que, por su parte el veterano general boliviano Juan José Pérez, calificaba como *la campaña de pan tierno*, su espíritu de combate no se había minado y que responderían con vigor, civismo y entusiasmo en el próximo momento decisivo que se aproximaba.

---

75 *"Boletín de Guerra del Ejército Boliviano"*, Tacna, 20 de marzo de 1880. Agradezco a Guido de la Zerda por proporcionarme una copia de este valioso documento.

76 En una publicación de "El Independiente", Santiago, 30 de junio de 1880, un corresponsal chileno anotó al respecto: *Según los datos que he podido obtener, solo cinco individuos, de nacionalidad italiana, han consentido en desempeñar de esta baja comisión, y esto en virtud de haber sido pagados espléndidamente y con anticipación; pero de los cinco, que no se juzgó prudente aceptarlos; los demás tomaron no se sabe qué comisión; el hecho es que no se les volvió a ver*. Transcrita en (Castagneta, 2015:408).

CAPITULO IV
LA DEFINICIÓN DE MAYO



Era cada vez más evidente que el desenlace se precipitaba. Para la Alianza el problema medular y táctico-estratégico consistía en cómo y dónde enfrentar exitosamente al adversario que se aproximaba. En la lógica militar predominante en las postrimerías del siglo XIX, este solamente podría tomar la forma de una gran batalla definitoria, librada entre los dos ejércitos; todos contra todos.

1. Campo de la Alianza

Antes del arribo de Campero, el coronel Camacho había presentado un plan consistente en ocupar el valle de Sama, que contaba con agua, pastos y una posición inmejorable.[77] El oficial boliviano aducía y justificaba que desde el bien provisto territorio en alimentos y agua se podría defender a Tacna e Iquique y simultáneamente obligar al adversario a quedarse en el insalubre valle de Locumba a unos 80 kilómetros de distancia, asediado por pestes endémicas. La gran mayoría de los jefes peruanos, compartiendo las instrucciones del presidente Piérola de mantenerse en la defensa de la zona de Tacna-Arica, rechazaron la propuesta, que en cambio fue patrocinada por sus pares bolivianos (Viscarra, 1885:2-3; Cáceres, 1976:53-54)[78].

Seguramente Campero pensó con su presencia terciar en la disputa[79] y que podría apoyar la estrategia de Camacho resolviéndola a su favor, pero cuando llegó ya no era posible desplegar la maniobra y la descartó (Ochoa, 1881:168). Los avances chilenos en el terreno junto a las evidentes dificultades logísticas de mover y aprovisionar a una abundante tropa en el desierto cortaban tal posibilidad. Pensando desplegar una estrategia defensiva, el domingo 2 de mayo instruyó al Ejército de la Alianza, trasladarse al Alto de Tacna, meseta a unos siete kilómetros de la ciudad, a la que estaba unida por un estrecho y serpenteante sendero. Poco más tarde, el 16 del mismo mes, para subrayar el destino común de ambos países, por una "Orden General para el Ejército unido" signada por el propio Campero fue rebautizada

---

77 En su biografía de Camacho, el escritor boliviano Joaquín Lemoine (1897) publicó el proyecto de Camacho.

78 El historiador chileno Vicuña Mackenna advirtió que: *si a mediados de abril se hubiera aceptado el consejo y animoso ofrecimiento personal del jefe de la división boliviana, acantonada en los alrededores de Tacna para marchar a batir en detalle las columnas que llegaban a Locumba y avanzaban su exploradores hasta sama, habría podido visitar nuestros anales militares una luctuosa fecha*. (Viscarra, 1885:4)

79 *El general Campero fue mirado como nuestro salvador: el discutirá ambos planes y optará por el más conveniente: habrá unidad de acción para combatir al enemigo*. (Alba, 1882:94).

como “Campo de la Alianza”[80]. Empero, como se dijo, sería más conocida por su nombre indígena y popular de *“Intiorko”*.

Su panorama desértico contrastaba fuertemente con los fértiles valles que las tropas bolivianas acababan de abandonar y que envolvían al también verde paisaje de la ciudad Tacna. Reinaba ahora sobre sus cuerpos no bien protegidos la inclemencia de la arena, el viento y la desolación.

Manuel V. Alba, civil e integrante administrativo de la V División de Bolivia, la retrató fielmente en las páginas de su informe:

> (E)s una inmensa meseta que empieza a las pocas leguas del mar y va a terminar al pie de la cordillera. Está situada sobre las Jaras, el Panteón, Calana y Calientes y por el lado opuesto se encuentra la inmensa llanura de Sama: el terreno es arenoso, movible, donde en algunos trechos se encuentra una hierba verde, llamada siempre viva que alimenta unos pequeños animales llamados Salamanquesas, cuya picadura es sin remedio (Alba,1882: 94)[81].

A las once de la mañana del 2 de mayo partió la tropa hacia las alturas de Tacna. Se hallaba integrada por decenas de jefes, oficiales y miles de soldados; como siempre los seguían las fieles y negociantes *rabonas* y *vivanderas*. En la noche ellas hicieron de las suyas, subiendo los precios a una tropa asediada por el hambre, el polvo y la sed.

> El vaso de agua se vendió a dos reales y un pedazo de pan seco a cuatro: la tasa de café o té con poca azúcar a dos reales. Algunos de los cuerpos empezaron a pedir agua a gritos (Ibíd:94).

Por dos jornadas permanecieron acampados en la arena *sobre las armas como si tuviéramos el enemigo a la vista*[82], escribió un soldado a su familia. Las sentidas carencias, principalmente para abastecer de agua, víveres y forrajes para mulas y caballos pusieron al desnudo las grandes limitaciones logísticas. Ante la seguridad que el enemigo no se

80 *Art. 1. El campamento actual, se denominará en los sucesivo Campo de la Alianza en recuerdo de haber sido aceptado con entusiasmo por todo el Ejército unido y se levantará una pilastra de piedra para eterna memoria.*

81 *Toda esa pampa, tanto dentro como a todos los lados de la posición, está cubierta por una capa de arena amarillenta y calcinada, que la humedad de la noche endurece superficialmente; pero esta capa, no resiste el tráfico de muchos hombres, y todavía menos al de bestias, carretas y cañones, de manera que las marchas y todos los movimientos de tropas son muy fatigosos, siendo sumamente difícil mantener ordenadas las formaciones, si el movimiento de alguna extensión o emprendidos en masas cerradas; en cambio la infantería en orden dispersos, naturalmente, se mueve sobre este suelo con mayor facilidad. Esta blandura del suelo tiene también otra influencia táctica, y es que las granadas de la artillería suelen enterrarse sin hacer explosión; las balas de fusil no rebotan* (Ekdahal, 1919 T.II:225).

82 “La Patria”, La Paz, 12 de mayo de 1880.

aproximaba, el general Camacho ordenó el retorno a Tacna. La mañana del miércoles 5 tras una nueva caminata de una decena de kilómetros, ocuparon sus carpas y toldos en los suburbios de la ciudad, en las mismas posiciones que disponían antes de partir situadas en la "Pampa del Panteón" (hoy convertido en mercado de abastos).

Mientras su Ejército se preparaba, de Bolivia continuaban ingresando tropas. El pequeño "Escuadrón Escolta" de 149 hombres, cuerpo de caballería organizado en La Paz y al mando del coronel José Ballivián, hijo del ex presidente boliviano del mismo nombre, llegó al día siguiente. Resultó la última unidad procedente desde La Paz en trasladarse hasta Tacna, el teatro de la guerra. Usaban chaquetas coloradas y pantalón blanco.

Con ellos y según registro suscrito por Corsino Balsa el 15 de mayo de 1880, las fuerzas bolivianas estacionadas en Tacna llegaban a 5.136 plazas. Se componían de 4.540 soldados (88,39%), 155 jefes (3,01%) y 441 oficiales (8,58%). Además estaba el Comandante en Jefe Narciso Campero, el Comisario de Guerra y 12 oficiales adscritos a su mando, de modo que en total el Ejército Boliviano en campaña sumaba 5.164 plazas (Ochoa, 2014:317). Entre tanto el llamado "Ejército del Sur del Perú" contaba en Tacna con unos 5.800 efectivos.

Ni bolivianos y ni peruanos se quedaron en su emplazamiento en las goteras de Tacna o en la propia ciudad pues nuevamente el día 10 de mayo retornaron al "Campo de la Alianza"; esta vez para ya no abandonarlo más. La marcha se hizo con prisa y zozobra bajo la presunción, comunicada por el agudo toque de la *generala*, que las tropas chilenas estaban muy próximas. Poco más tarde se comprobaría que las noticias eran infundadas; aunque ese día pequeñas partidas chilenas al mando del general Manuel Bulnes hicieron un breve reconocimiento del terreno, pero que por su lejanía no fue advertido por las avanzadas de la Alianza.

El Ejército de Chile había completado su concentración en el valle de Sama, colocándose entre la hacienda de Las Yaras y la aldea de Buena Vista, situadas en un amable valle a orillas del río Sama a unos 35 kilómetros del Campo de la Alianza. (Peña y Lillo, 2004:170). Desconocían la nomenclatura geográfica y humana de la zona, para ellos apenas unos puntos mal dispuestos en un mapa. Para auscultar el perímetro circundante dos días más tarde, se movilizó el coronel Lagos, ayudante del general en Jefe general Manuel Baquedano.

Entre tanto y durante la jornada siguiente, las tropas de la Alianza también se desplazaron en busca de nuevas posiciones de combate, aunque sin abandonar la planicie del “Campo de la Alianza”. Se trasladaron por la explanada ondulada corriéndose hacia la izquierda. El polvo que los acosaba y la sed que los agobiaba tornaron penoso el tránsito; a voz en cuello imploraban: *¡Agua! ¡Agua!*.

El 14 se mudaron una vez más moviendo la línea de combate nuevamente hacia la izquierda. Afortunadamente esta vez, con la lección aprendida de días pasados, fleteros peruanos y enviados bolivianos trajeron el líquido elemento desde Tacna en toneles de madera trasladados en carretas y mulas. La tropa llenó apresurada sus vasos y *caramayolas*. Las *rabonas* y *vivanderas*, consabidas compañeras de ruta, también tuvieron *la libertad de proveerse de agua, de esos toneles que siempre estaban rellenándose por los conductores* (Claros, 1960:44). De sus manos, el líquido elemento se redistribuiría por todo el campamento boliviano al precio de unos centavos.

Al día siguiente, buscando un mejor emplazamiento, hubo una nueva movilización por un kilómetro. El presidente Campero creyó haber hallado la mejor posición defensiva. El solado boliviano Claros que observaba el panorama desde la montura de su caballo concordó:

> (E)n todas esas llanuras habían morros elevados, meseta, ondulaciones de arena y en la línea que ocupamos parecía que la naturaleza había dispuesto a propósito para el Ejército Aliado (1960:44).

Se quedarían definitivamente en esa localización propia de una posición netamente defensiva aguardando que llegara su enemigo chileno. El panorama empero no era muy prometedor. Estaban rodeados de fina arenisca movediza, el peor adversario de los ejércitos en las guerras del desierto, que también afectaba a sus adversarios. *La arena quema los pies y el polvo penetra en los pulmones* (Viscarra, 1885:7). Además de los pliegues rastreros de la salvajina o siempre viva emergían rápidas y amenazantes las venenosas salamanquesas que se cobraron más de una víctima.

Para enfrentar el reto de la desfavorable intemperie la tropa cavaba huecos en la arena —los que luego serán aludidos por los chilenos como trincheras— en la pretensión de descansar más cómodos y sentirse más seguros; la verdad es que a duras penas se lograba protección cubierta

por precarios toldos de campaña armados con sábanas y *"chalones"*, apuntalados por endebles cañas huecas; solamente algunos afortunados contaban con carpas confeccionadas en Tacna y en el centro de cada batallón se levantaban cuatro toldos, además del pabellón del general campero, en forma de cono, con una sola puerta y engalanado por banderas peruana y boliviana (Claros, 1960:46).

La semana posterior no se presentaron grandes novedades militares. Fueron otros factores adversos procedentes de la economía lo que desataron rumores e intranquilidad. Los y las habitantes de Tacna sufrían por la carencia de alimentos y la elevación generalizada de precios. El bloqueo de Arica disminuyó las provisiones y encareció los precios de la harina y otros productos; por otra parte el ganado ya no pudo llegar del norte argentino usando el tránsito de Tarapacá ahora ocupado por Chile; carne fresca y charque escasearon y los precios se elevaron. Además de la carestía y la escalada en el costo de vida, también perturbaba el cierre de un importante banco y las dificultades para que los billetes peruanos sean admitidos sin grandes descuentos por la población y el comercio. Bolivianos y bolivianas no tenían ese problema, pues las tropas eran pagadas con monedas de plata acuñadas en la Casa de la Moneda de Potosí y o enviadas del mismo metal desde Lima por el gobierno peruano en calidad de contribución de guerra; ambos dineros tenían aceptación sin reticencias por el público. Sin embargo, en las ocasiones que llegó dinero peruano no era en metálico sino de papel sometido a devaluaciones arbitrarias por el comercio de Tacna que reducía su poder adquisitivo a una quinta parte de su valor nominal.

2. Días finales

Mientras aguardaban el desenlace, la tropa boliviana velaba armas. Una práctica para ellos habitual que se reproducía durante el largo tiempo de su permanencia en Tacna, que para algunos ya llevaba un año. En los campamentos pasaban el tiempo retozando apostando a los dados y los naipes, o simplemente descansaban y reían *como si no estuviesen próximos a un combate, advirtió un participante* (Claros, 1960:46). Cuando podían y los que podían, escribían cartas familiares, imaginaban poesías entre trágicas y amorosas o simplemente meditaban sobre la suerte que les aguardaba.

Hubo también días negros. El 18 de mayo, el Batallón "Sucre" tuvo un encargo que algunos consideraron premonitorio. El coronel

Federico Murga falleció, tras una enfermedad tan rápida como devastadora de fiebre tifoidea, recurrente fantasma. Oriundo de Potosí en mayo de 1879 vino a Tacna con el Regimiento “Vengadores” de esa región, pero ahora estaba adscrito al Estado Mayor. El “Sucre” lo trasladó en hombros al cementerio de Tacna y le tributó los honores militares correspondientes (Ochoa, 2014:l).

En medio de la certidumbre de que las tropas chilenas estaban próximas, la noticia que Moquegua había sido retomada por fuerzas peruanas trajo alivio. Como precaución se dispuso el viernes 21 que el batallón boliviano “Viedma” realice un reconocimiento. El alto mando de la Alianza ignoraba que sus adversarios sumaban unos nueve mil hombres, a los que habría que agregar otros siete mil ubicados[83] en las zonas cercanas de Ite e Ilo, haciendo un gran total de 16.000 plazas distribuidas en cuatro Divisiones. Esa jornada, falleció víctima de un ataque de apoplejía su ministro de Guerra y Marina en campaña, Rafael Sotomayor, que acompañaba en primera fila la cruzada militar. Su muerte no detuvo el andar del numeroso Ejército de Chile. La dirección de las operaciones quedó en manos del general Manuel Baquedano, que desde el 3 de abril ya ejercía el cargo de Comandante en Jefe.

Establecidas las tropas chilenas entre Buenavista y Las Yaras sin enfrentar otras perturbaciones que aquellas que provenían de desplazarse en medio de la arena y las amenazas de las fiebres, el mando chileno, una vez definida para el 26 de mayo la fecha del ataque a Tacna, instruyó realizar nuevas exploraciones del campo adversario. Un par de días más tarde, la jornada del 22 de ese mes, a las dos de la madrugada, partieron un par de centenas de oficiales en caballo y mulas con un millar de soldados a la grupa. Se desplegaron bajo el mando del coronel José Velásquez, Jefe de Estado Mayor. A los pocos kilómetros se hizo un descanso mientras se esperaba que la niebla se dispersara y clareara el día. Iban en pos de realizar un reconocimiento de las posiciones de la Alianza. Llevaban consigo, como protección, dos cañones de campaña. Su propósito no era entrar en batalla ni liarse a tiros sino observar el emplazamiento adversario, su ubicación y fortaleza como medir la capacidad de respuesta, el alcance y potencia de su artillería, para luego retirarse con la valiosa información.

Entre tanto avanzaban por las candentes dunas de arena, el grueso de la tropa boliviana luego de la lista de diana, concurría donde las

83 Otras estimaciones suben la cifra a 12.000 plazas (Ekdahl, 1919:176).

vivanderas y *rabonas* a procurase desayuno; parecía un día cualquiera. Los chilenos como a las nueve de la mañana ingresaron a la Quebrada Honda, una pequeña depresión de entre 8 a 10 metros de profundidad, distante a unos 18 kilómetros del campamento de Bolivia y Perú. A esa misma hora en el "Campamento de la Alianza" se realizaba un ejercicio de combate. Advertido el desplazamiento enemigo, se instruyó que el "Ejército Unido" tomara posiciones de combate[84]. Sus tropas advirtieron la cercanía de sus enemigos cuando los relojes marcaban las once de la mañana, aunque Ochoa contabilizó que eran las 10 a.m. (2014:312).

Al divisarlos desde las posiciones peruano-bolivianas, distantes unos cinco mil metros (aunque algunos testimonios los acortan a 4.000 metros y otros los alargan a los 7.000), les hicieron disparos desde un par de cañones peruanos que fueron traídos tirados por cuatro fuertes bueyes; fuego que los chilenos retrucaron con su pequeña artillería. El intercambio duró como una hora (Campero, 1880:10).

En el campo aliado, donde se ignoraba la intención chilena meramente exploratoria, se creyó que el día del desenlace final había llegado. Relatos procedentes de varios testigos integrantes del ejército boliviano son expresivos de la tensión que se vivió en sus filas.

> A las 11 del día, oímos tocar generala con señal del Estado Mayor. (…) Llegó la hora del sacrificio; el ejército chileno se viene encima de nosotros. Inmediatamente nos amarramos nuestras cinturas, colgando nuestras talegas de balas y estuvimos listos para el combate.
>
> (…) Iniciado el bombardeo, veíamos que las bombas caían delante de los dos cañones de retaguardia del "Tarija", al costado derecho del "Victoria", por el centro pasaban las bombas. Los dos cañones que teníamos daban también fuegos muy certeros a los chilenos. El ruido de la bomba venía como si un cóndor bajara con toda violencia; se distinguía perfectamente. Durante este bombardeo, nuestro capitán Adolfo Vargas nos leía unas estrofas que había escrito dedicándolas a su compañía dando mucho aliento a todos, con frases de puro valor y decisión (Claros, 1960:47-48).
>
> Se distingue a lo lejos una línea negra y mucha polvareda: la voz unánime fue que el enemigo avanzaba: un poco después, esa línea era más visible y no dejaba duda que se aproximaba el ejército chileno. En estas circunstancia vimos a nuestra derecha, en la llanura, varios globos de humo y al momento oímos la detonación de los cañones y el silbido de las balas: la artillería

[84] J.J. Pérez, General en Jefe al Capitán General Supremo Director de la Guerra, general Narciso Campero, Tacna 22 de mayo de 1880. "La Patria", La Paz, 29 de mayo de 1880.

> enemiga rompió sus fuegos, la nuestra contestó con un fuego graneado. (…) Iniciado el bombardeo, veíamos que las bombas caían (…). Los dos cañones que teníamos daban también fuegos muy certeros a los chilenos. El ruido de la bomba venía como si un cóndor bajara con toda violencia: se distinguía perfectamente. Las bandas de música tocaron diana y el entusiasmo se hizo general y todo el ejército se manifestaba digno de la causa que iba a defender (Alba, 1882:96).

> El entusiasmo del ejército es indescriptible. Campero recorre la línea, proclamando a cada cuerpo particularmente. Los soldados enfermos han abandonado los hospitales de Tacna y vienen a incorporarse en sus cuerpos. Gran número de paisanos vienen de Tacna, a pedir un puesto de combate, los más trayendo sus armas respectivas (Ochoa, 2014:312).

La sucesión de disparos de las piezas de artillería causaron también profunda conmoción en la vecina Tacna. Las campanas de la ahora desaparecida Iglesia de San Ramón, en la avenida 2 de Mayo, tocaron a rebato a las 11.45 a.m. Sus tañidos de alarma irrumpieron graves y sonoros por la urbe. A su conjuro la gente se arremolinó en las calles, algunos se procuraron un arma y también, con precaución, se buscó refugio en templos y consulados extranjeros.

A las 15 horas un grupo de Gendarmes y vecinos algunos equipados de fusiles y sables empezaron a trepar hacia la planicie del "Campo de la Alianza". Su coraje como el de los militares bolivianos y peruanos no tuvo sin embargo desenlace guerrero. El intercambio de proyectiles fue tan escaso como corto y no pasó de allí. Cruzaron el espacio aéreo once disparos de cañón por parte de los chilenos y nueve tiros (otros testimonios señalan cinco) de respuesta de la artillería peruana al mando del coronel Arnaldo Panizo; la boliviana no hizo fuego y preservó oculto el emplazamiento de sus seis nuevos cañones Krupp, que habían arribado a fines de 1879 procedentes de Alemania bajo la supervisión del teutón Alexander Dene nacido en Berlín en 1853. Preso, en la batalla de Tacna del 26 de mayo, resistiría las ofertas de Chile y regresaría a Bolivia, donde murió años más tarde.

Antes y durante el combate, como en otras oportunidades, las *rabonas* y *vivanderas* dieron su vital aporte culinario y afectivo. El soldado Claros proporcionó un vívido retrato del momento cuando en sus filas se mezclaba el comercio, con el afecto y el supremo sabor de la guerra:

Después de la lista de diana, ocurrimos donde nuestra vivandera Manuela (corocoreña), en especial de Celso Serrano, a tomar té, con un poco de locumba (…). Los peruanos cuando salía el sol se ponían en fila. Se hallaban sujetos al rancho ¿Y en qué consistía? En un caldero grande, le ponían una pierna de vaca, algunas papas y porotos, la distribución vi en la forma siguiente: cada soldado sacaba su plato de palque para recibir su ración, en dicho plato contenía un retazo de carne, unas tres o cuatro papas y mucho caldo; para tomar el retazo de carne, tenían que perseguir con la cuchara. Al contrario nosotros, estuvimos bien tratados con 60 cts. diarios que nos pasaban. Las vivanderas traían caldos de toda clase, laguas recias, asados de pescados con lechuga, huevos, bisté, cada plato 10 cts. (…)

En medio de las descargas ellas también corrieron riesgo de muerte.

Una vivandera Lorenza (cochabambina) había venido a fila del combate, a vender panes, cigarros, fósforos, etc. Allí estaban comprando cigarros dos (soldados, GR) cuando la bomba cayó al extremo de la pollera de la mujer, enterrándola con una columna de tierra; ésta restregándose los ojos decía en quichua: "señor tome su medio de cambio" (Claros, 1960:48).

Otro testimonio dejó constancia que agregó con voz fuerte: *¡Viva la Alianza!* (Ochoa, 2014:313). El proyectil que no explotó fue recogido y conservado como recuerdo y trofeo de guerra.

Como resultado de la incursión chilena, el ejército boliviano sufrió dos heridos y una sola baja mortal, el joven Aurelio Soria, riflero del Regimiento "Vanguardia" procedente de Cochabamba. El proyectil impactó su cuerpo, y aunque no estalló, fue suficiente. Lo enterraron en Tacna.

Al replegarse los chilenos intercambiaron algunos disparos con una avanzada de unos 70 "Coraceros" bolivianos", sin mayores consecuencias para ninguno de los contendientes.

A las 2 p.m. el enemigo se había perdido de vista y ya no fue necesario que el cañoneo persistiera.

Al ver retirarse a su adversario, la tensión se trocó en alegría.

El entusiasmo en la Legión y batallones era febril, se oía en todos los cuerpos:

¡Viva Bolivia! ¡Viva Perú! ¡Muera Chile! (Claros, 1960:49)

Los batallones regresaron a sus posiciones iniciales. El presidente Campero estimó que en lo inmediato los chilenos no volverían. Sacó su reloj y concluyó: *son las dos de la tarde y a esta hora no hay batalla que comience* (Alba, 1880:97).

Tuvo razón.

3. Víspera frustrada: La noche del 25 de mayo

Anocheciendo, a las 19 horas, la avanzada chilena, con la valiosa información recabada, ingresó sana y salva a su campamento de las Yaras, a unos 40 kilómetros al norte de Tacna.

Su presencia fue en todo caso una alerta y un anuncio de la inminente arremetida a las posiciones de la Alianza. El general Pérez concluyó: *es de esperar que el enemigo tome próximamente la ofensiva*[85]. Apuntó Ochoa, por su parte, el 23 de mayo: *Se cree que hoy atacará el enemigo* (2014:313). Como precaución se prohibió que ingresen desconocidos al campamento y se puso en marcha una policía de campaña para el control de sus instalaciones. Se modificó la contraseña del *quien vive* en la guardia de la puerta. Antes se contestaba *Perú* o *Bolivia*, que se cambió por *Ejército Unido*[86].

Como el Batallón Viedma que salió en gran guardia no halló a los chilenos en Quebrada Honda, se creyó que pudo abandonar la zona. De todas maneras se convino que había que estar alertas y dispuestos. El 23 y el 24, las tropas de Perú y Bolivia realizaron ejercicios militares para reforzar su preparación. Destacó el adiestramiento celebrado por los "Colorados" que mostraron su táctica de formar aplaudidos *"cuadrilongos"* para rechazar una embestida de la caballería. Al ser atacados, *los soldados giraban conservando la figura de un rombo, haciendo además dar fuego nutrido cada costado que giraba* (Claros, 1960:49). Luego realizaron ejercicios de guerrilla prusiana y de carga al enemigo.

El lunes 24 de mayo Manuel Alba estampó en su Diario una impresión que con seguridad recorría en toda la tropa boliviana, incluyendo a los integrantes del "Sucre".

---

85 Pérez, op.cit.

86 "La Patria", La Paz, 21 de mayo de 1880. Síntoma de la escasa capacidad operativa e inteligencia de combate del Ejército de la Alianza, sus códigos reservados se publicaban en la prensa de Bolivia a los ojos de los agentes de sus adversarios.

> Las noticias acerca de la aproximación de los chilenos, cada momento eran más seguras: uno de estos días debe tener lugar el desenlace; entre tanto, el ejército se manifiesta grande y subordinado. (1882:97)

No lo sabían pero el mando chileno había decidido varios días atrás que la trascendental batalla se llevaría a cabo el 26 de mayo, justo la víspera de Corpus Christie. El convencimiento colectivo de que el enemigo se aproximaba y que de su mano vendría muy pronto la confrontación decisiva y con ella la victoria o la muerte, era cada vez mayor. Rumores, energías y desasosiegos de toda clase recorrían de boca en boca el campamento de las alturas de Tacna y la aledaña población; se buscaba conjurarlos con rituales religiosos invocatorios a la protección divina celebrados por el Capellán General, Fray José M. Lloza. Hubo una ceremonia el 23 para toda la tropa y otra para el personal de la ambulancia al día siguiente.

Escribió un anónimo soldado a su esposa asentada en Oruro.

> Si algo pasa no llores, hoy hubo misa muy temprano en el campamento, los curas dan mucha fe. En la noche todo es silencio…[87].

Con esas aprensiones en mente, buscaban vaticinar su suerte. Claros y otros jóvenes soldados subidos en un morro miraban auscultando el horizonte preguntándose qué les ocurriría el día después. En su lectura se acumulaban malos presagios. Observaron que sobre ellos las nubes se presentaban densas, negras pero sobre el campamento chileno el cielo se presentaba diáfano y despejado.

> (A)l ver este fenómeno que demostraba nuestra pérdida, todos nos pusimos tristes, meditabundos, yo no sé qué se apoderó de nosotros, una especie de melancolía. El uno decía: mañana a estas horas cuantos estaremos muertos, dejaremos de existir por defender nuestra patria, el otro, qué clase de sepultura nos darán; yo les dije lo único que no quisiera es caer herido; si nuestras familias estarán soñando de que estamos en capilla; (Claros, 1980:50).

Los temores eran previsibles, hasta necesarios, dado que el resultado de la conflagración era incierto. Como en toda batalla, el desenlace dependía de las armas, la inteligencia de combate y la decisión anímica de las tropas involucradas. *La bala no mata, sino el destino* se oía de la boca de unos con un rasgo de fatalismo; un sargento

[87] Flores, Yuri, *"Las cartas que nunca llegaron a su destino"*, "La Razón", La Paz, 23 de marzo de 2015.

del "Sucre", por su parte, confiaba que sortearía ileso la confrontación: *la bala que debe matarme aún no está fundida* (Claros, 1960:51); en fin cada soldado hacia además sus propias *consideraciones respecto su familia* (ibíd.). ¿Cómo vaticinarían su sino en la batalla a tanta distancia y a cuánta lejanía?

El 24 el alto mando chileno había celebrado una Junta de Guerra en la que planificó su estrategia, decidiendo partir la jornada siguiente al encuentro de sus adversarios y dar la batalla que consideraban decisiva. Cumpliendo aquella determinación, la madrugada del día posterior empezó a ponerse en movimiento su engranaje militar. Las primeras tropas salieron a la once y las últimas, media hora más tarde.

Delante iba su provisión de agua en barriles y carretones-toneles, que avanzaban a paso lento porque el peso hundía los carruajes y las mulas en la arena. Como a las dos de la tarde una avanzada peruana de los "Húsares de Junín" calificados despectivamente por un anónimo capitán del batallón chileno "Coquimbo" como *"cholos de avanzada"* (Anónimo, 2014:55), atrapó a un grupo de arrieros que conducían para la tropa chilena 65 mulas conteniendo 120 toneles de apreciada y valiosa agua. En sus filas se atribuyó su captura a que incumplieron instrucciones y se adelantaron a la caballería que debía protegerlos[88].

Trasladados al campamento de la Alianza, hablaron, aunque quizá exageraron para despistar en cuanto al número de tropas chilenas pero no sobre su localización. Con esa importante información en la mano que confirmaba el avance enemigo, el general Campero, previa consulta a los mandos peruano y boliviano, decidió tomar la ofensiva y salir a su encuentro. Deseaba sorprenderlo y así compensar la desigualdad en número y armamento. Se tenía conocimiento que su avance se detuvo en la llamada Quebrada Honda o de Chero, a una docena y media de kilómetros del "Campo de la Alianza".

Miguel Ramallo, integrante de los "Libres del Sur" rememoraría:

> A las diez de la noche, tuvimos conocimiento que todo el ejército marchase a la Quebrada Honda, a sorprender al ejército chileno. (…) (1901:56).

La sola comunicación tuvo un efecto galvanizador en el campamento frente a la posibilidad cierta de confrontar al adversario y no salir ileso.

88 "Parte del coronel Santiago Amengual", Arica, 11 de junio de 1880. "Boletín de la Guerra del Pacífico", Santiago de Chile, 9 de julio de 1880, Año I. No.35, p.683.

Una noche melancólica descendía sobre el campamento y la tristeza, noche del alma, caía también sobre los corazones.

A la luz de pequeñas fogatas, formaban grupos numerosos de nuestros soldados y se hacían esas dolorosas confidencias que la idea de la muerte arranca a los hombres más insensibles.

¡Qué tristes son los instantes que preceden a las batallas!

Negras melancolías y terribles desesperaciones se apoderan del espíritu.

Entonces se piensa en la felicidad de otros días, en los lugares queridos, en el hogar que acaso no se volverá a ver, en la patria ausente que atrae todas nuestras esperanzas y con esos recuerdos, cuantas sombras descienden sobre el alma en esas horas de extraña amargura. (Viscarra, 1889:200)

Como a las once de la noche del 25 de mayo, guiado por dos baqueanos oriundos de la zona, considerados por tanto expertos, casi todo el ejército de la Alianza se puso en marcha en *columnas paralelas y con distancias de despliegue*[89].

La tropa se desplegó dividida en tres sectores. La camanchaca era espesa, húmeda, fría. Como vulgarmente se dice, uno mismo no podía verse la punta de las narices, pero en cambio se sentía sobre ellas un frío siberiano. Por derecha e izquierda se movía la niebla como impelida por una avalancha: aquel movimiento era acompasado, lento y tenía algo de fúnebre. No se veía nada pero se sentía mucho[90].

Horas más tarde y tras un penoso recorrido de entre nueve y 13 kilómetros de contramarcha, estaban perdidos. Extraviados, confusos y cansados, en medio de la neblina o *"camanchaca"* no podían avanzar. Solo restaba replegarse.

En relato del general Campero:

Ordené que se hiciera alto, y temiendo en estas circunstancias un encuentro con el enemigo, que nos hubiera ocasionado un desastre irremediable, siendo nosotros los sorprendidos en lugar de sorprenderlo, resolví volver al campamento, enviando algunos individuos por delante, a fin que se encendieran allí algunas fogatas que nos guiaran (1880:13).

Provocando un sostenido ruido tuvieron que volver al punto de partida.

[89] "Informe del coronel Remigio Morales Bermúdez, comandante del Batallón Lima No. 11", fechado en Tarata, Perú, 29 de mayo de 1880. Transcrito en (Ahumada, 1885:578)
[90] Ibíd.

Era el rumor de numerosos cuerpos del ejército que regresaban a sus posiciones, después de haber taloneado toda la noche, perdidos en el medanoso altiplano que se halla situado sobre la linda ciudad de Tacna y que conduce al puerto de Sama.

El "Sucre" participó de la frustrada maniobra. Da cuenta de ello el informe de su comandante Juan Bautista Ayoroa, conocido como "Cartón Leva". Antes del inicio de la guerra ya fue su comandante. Oriundo de La Paz, posteriormente formó parte de la V División en su extraño derrotero por el sur de Bolivia. Fue participe de la victoria boliviana en Canchas Blancas del 12 de noviembre de 1879 que habría detenido el avance chileno a Potosí (Morales, 2015). Desde inicios de Febrero, tras la caída de Daza, ocupaba de nuevo el comando al frente de los "Amarillos".

Su narrativa permite establecer las razones del fracaso de la sorpresa nocturna y a la vez de cuan cerca estuvo el Batallón "Sucre" de sorprender y confrontar con los chilenos.

Acampado el Ejército –Unido en el "Alto de la Alianza:" el 25, hora ocho p.m. recibí orden de U. para alistar el Batallón a fin de emprender marcha a horas once. Llegada la hora, el Coronel don Eliodoro Camacho, Comandante en Jefe del ala izquierda, me dio orden para que forme el cuerpo en columna cerrada a la altura del campamento; efectuado el movimiento, se presentó inmediatamente con su cuerpo de ayudantes, y en sentidas, palabras hizo comprender a la tropa la necesidad de sorprender en esa noche al enemigo y usar de mucha conmiseración con los vencidos. Emprendida la marcha por columnas paralelas apoyaba el ala izquierda el Batallón Sucre y llevando a su derecha al Batallón Viedma, encontramos a dos millas de distancia al Batallón Tarija, destacado de avanzada y a los Coroneles don Belisario Suarez y don Severino Zapata. Luego se nos incorporaron los Batallones Padilla, Canevaro y el Escuadrón Libres del Sud, con los cuales continuamos la marcha hasta arribar al lugar donde se había señalado como punto de asalto.

Una vez notado que en esta quebrada no se encontraba el enemigo y que ni el centro; ni el ala derecha de nuestra línea marchaban paralelamente con nosotros, y que por el contrario se habían extraviado: hice notar a U. y a los señores Coroneles Zapata, Canevaro y Suarez por tres ocasiones, la pérdida del rumbo por parte del ala derecha, circunstancia que nos exponía a que nuestras fuerzas, sino sufrían un contraste, al menos debían ser descubiertas por el enemigo, puesto que habíamos marchado ya en este estado a distancia de tres leguas; y que lo racional era parar las columnas, e investigar por el ala derecha perdida, ponernos de acuerdo con ésta, para continuar con buen éxito nuestra obra de asalto.[91]

[91] Informe de Juan Bautista Ayoroa, "La Patria", La Paz, 6 de junio de 1880.

Entre tanto el resto del ejército de la Alianza se movía sin rumbo y empezaba a retornar al campamento base, el "Sucre" se aproximaba a su objetivo junto con otras unidades de la Alianza: las tropas enemigas guarecidas en la Quebrada Honda.

Quedaron a solo unos metros de su acuartelamiento. Lo recuerda Ayoroa:

> El señor Coronel Suarez que se puso a la cabeza de las fuerzas, contestó que tenía orden de avanzar de frente y que no paraba. En seguida le mostré a U. a los señores Coroneles entre dichos y demás Jefes de la División, una luz a nuestro costado derecho, e insistí en informar que esa luz no podía ser sino la fogata del enemigo, y que estaba a muy poca distancia de nosotros: cerciorado el Coronel Belisario Suarez de la evidencia de la luz, ordenó al guía se dirigiera por ese lado sin contestarme ni una sola palabra. A poco que las columnas atenuaban su marcha, se disparó un (tiro) por el centinela avanzado del enemigo, hiriendo a uno de los soldados del Batallón Padilla, perseguido y aprehendido el centinela por nuestros artilleros, declaró que el enemigo estaba a tres leguas distante de Sama con una fuerza de 22,000 hombres; e inmediatamente se hizo un nuevo disparo a otro centinela del mismo al que persiguieron también y no fue todo por estar protegido por una avanzadilla con quienes trabaron combate los perseguidores. Con estos incidentes y por la gravedad del caso, detuvimos las columnas en marcha, y el Coronel Suarez que comandaba la expedición llamó en conferencia secreta a los Comandantes Divisionarios, de la cual resultó aguardar que aclararse el día y llegado a éste, advertimos que el Ejército enemigo, presentaba su línea en masa enorme, formando columnas sucesivas unas tras otras[92].

La superioridad numérica chilena actuó como disuasivo[93] y se replegaron bajo fuego, aunque no nutrido, primero de la fusilería y luego de artillería adversaria.

En consecuencia se dio orden de retirada, la que verificamos en columnas paralelas, desplegando las respectivas guerrillas para proteger la retirada: y sin embargo de los múltiples fuegos de bombas dirigidas por el enemigo no tuvimos novedad ninguna[94].

---

92 Ibíd. El paréntesis nos pertenece.
93 "Informe del coronel Francisco Barceló", Tacna 1 de junio de 1880. *A las 7 A.M. que ya estaba de día, se observó que el enemigo, en gran número, estaba como a cuatro cuadras de distancia de nuestras grandes guardias. Fue entonces cuando, de orden superior, mandé desplegar en guerrilla las compañías ligeras de cada batallón de la división, a 300 metros de la vanguardia de ésta, donde permanecieron esperando el ataque enemigo, quien en lugar de emprenderlo, válido de sus ventajosas posiciones, se replegó a su campamento*. (Ahumada, 1885, 565).
94 Ayoroa, Juan Bautista, op.cit.

Los proyectiles de los nuevos cañones alemanes Krupp adquiridos por Chile cesaron cuando las avanzadas de la Alianza se alejaron protegidos por la *camanchaca* de la vista de las fuerzas adversarias. Prueba de la aproximación al enemigo, fue que la madrugada del 26 de mayo la ambulancia boliviana atendió en el Campo de la Alianza al soldado Miguel Castro perteneciente al Batallón "Padilla". Se le extrajo el proyectil de la mano izquierda (Dalence, 1881:8).

Sin embargo para mayor parte de la tropa chilena el avance del ejército de la Alianza pasó desapercibido. Conscientes que se hallaban en la víspera de la batalla dormían con su arma debajo su cuerpo de modo que el mecanismo del fusil no se viera afectado por la humedad reinante (Dublé, 2012:18).

En realidad, además del extravío de los guías peruanos, que algunos atribuyeron a la oscuridad pues esa noche no se pudo ver ni una estrella y a la espesa niebla o *"camanchaca"*, hubo una mala planificación y concepción de la maniobra por parte del mando Aliado y del general Campero en particular. Se pretendió realizar una movilización masiva de casi cuatro mil hombres, en un terreno inexplorado y en una noche oscura cubierta además por la *camanchaca* o neblina del desierto. El resultado fue el desconcierto y el cansancio de la tropa, sin que el adversario fuese ni afectado ni perturbado.

CAPITULO V
EL "SUCRE" EN LA BATALLA DEL 26 DE MAYO DE 1880



Guiados por las fogatas que los *"prácticos"* enviados con este propósito prendieron en el campamento de la Alianza, las cansadas tropas al mando del general Campero retornaron como pudieron a ocupar sus antiguas posiciones. Las primeras unidades arribaron a las cinco de la madrugada llenos de polvo y muertos de sed. Toda la maniobra duró unas cinco horas, aunque para el "Sucre" se prolongó por más tiempo. Regresó tres horas más tarde, debido a que el grupo que lo integraba, como se dijo, avanzó más que el resto en la profundidad de la planicie desértica.

1. Presencia del enemigo

Con las primeras luces de la diáfana mañana del miércoles 26, víspera de la celebración católica de *Corpus Christi*, en el "Campo de la Alianza" las dianas sonaban en tonos agudos y la tropa empezaba a desplazarse. En el perímetro del reducto se vivía una mezcla contradictoria de intensa agitación y a la vez de serena quietud.

> Los batallones se movían con regularidad a tomar sus posiciones, las reservas permanecían en sus puestos y en el mayor silencio (Alba, 1882:101).

Esta aparente calma escondía sin embargo una profunda tensión interna. El progreso y desplazamiento de las tropas chilenas desde su campamento en Quebrada Honda por el horizonte de la planicie desértica fue advertido muy temprano por las avanzadas de la Alianza y luego por el resto de jefes, oficiales y soldados.

Por su gran magnitud, quedó en claro que la batalla estaba en puertas.

Testimonios de protagonistas bolivianos retratan la intensidad del momento y los aprestos previos a la previsible contienda:

> A las seis de la mañana, se dio la señal del Estado Mayor y toque de diana (…) Se nos repartió a unos 20 tubos más de balas fuera de los ochenta que teníamos en nuestras talegas y cananas; así mismo se nos dio un boliviano ochenta centavos, como diarios adelantados. Ocurrimos donde las vivanderas a conseguir algo que comer, felizmente donde la corocoreña Manuela pudimos conseguir un buen plato de caldo y asado, en segunda le empinamos el resto del coñac que teníamos. En esos momentos las caras de los jóvenes cambiaron de color, se veían brindis en todas partes, unos se abrazaban, otros vivaban a Bolivia y al Perú (…). (Claros, 1960:52-53).

Sonó aguda y vibrante la corneta del Estado Mayor General: tocó *atención* y luego el toque de *generala* se dejó escuchar solemne y aterrador, y las cornetas de todos los cuerpos lo repitieron en toda la línea.

Había llegado el momento supremo. Nosotros que llenos de patriotismo dejamos cuanto había más caro a nuestros corazones, acudiendo desde lejanas tierras al llamado de la patria, íbamos al fin a llegar al punto, a la meta de nuestras ilusiones, a luchar por ella, a vengarla, si era posible hacerlo (Ramallo, 1901:57).

La línea negra momento a momento se ponía más clara y se aproximaba más y más: la nuestra estaba completamente organizada y solo se esperaba la señal de combate: el silencio era profundo en soldados oficiales y jefes. Eran las nueve de la mañana en que el enemigo se le distingue sus caballerías y reservas y continuaba avanzando en el mismo orden.

El acto más solemne se manifestó en nuestro ejército en estos intermedios, fueron enérgicas las proclamas del Director de la guerra y la colocación de nuestros estandartes al lado de nuestras banderas, con el himno nacional (Alba, 1882:101).

Conscientes de que estaban al borde del momento decisivo, oficiales y soldados daban apresurados encargos a quienes suponían que, por su condición de médicos y civiles, podrían salir ilesos de la confrontación. Les entregaban relojes, anillos, monedas de plata y oro o les encargaban cobrar deudas pendientes. Pronunciaban también pedidos de protección para sus familias, seguros que ellos no saldrían incólumes.

Muchos se confesaban y recibían bendiciones de los capellanes, confirmaban si colgaban del cuello rosarios, escapularios de la Virgen del Carmen y de la Merced o el *detente Bala*, último recurso divino contra el fuego enemigo que se colocaba a la izquierda, justo sobre el corazón; no era sino una tela delgada pero bajo su conjuro se interpondría como una plancha de hierro a los proyectiles adversarios. Otros, o quizá los mismos, apuraban el último coñac, un pisco, *pijchaban* coca o consultaban a los *yatiris* y recibían por su intermedio la protección de los *apus* y los *achachilas*.

Proveían también de últimos encargos y prevenciones a sus *rabonas* y se despedían de sus hijos e hijas. No pocos se apresuraban a concluir una postrimera carta que no llegaría a su destino, detenida por el fragor del combate y la muerte del remitente. Quienes ya la tenían preparada desde días atrás, le daban una mirada final, quizá un beso y la guardaban.

Años más tarde, en 1966, se hallarían algunas de ellas casi intactas conservadas por la sequedad del desierto de Tacna y pegadas a los cuerpos que se desenterraron, esperaban ser entregadas a sus destinatarias y destinatarios.

Letras de un soldado anónimo, quizá escritas la tarde del 25 de mayo, con una mezcla de despedida y de solicitudes mundanas propias de la economía de guerra y sus carencias.

> Cuida de las guaguas, aquí estamos bien (…), pero hace días que no bajo a Tacna, estamos en el campamento y muy pronto vendrá la batalla, mándame con Tejerina mi poncho café, las botas y las herramientas de herrar, hay mucho que hacer esto será grande, habrá mucha pelea...[95].

Otra misiva anticipaba un mal final:

> Hoy vine a la ciudad a traer agua y aprovecho de escribirte unas líneas, parece que estamos en vísperas de una batalla, no sabemos cuándo. Tal vez el recuerdo te acompañe. Hace 20 días que recibí la última carta y contesté[96].

2. Destino guerrero

La madrugada del 26 de mayo, luego de la enrevesada travesía nocturna, el Batallón "Sucre" llegó al campamento tres horas más tarde que la mayoría de la tropa; en verdad lo hizo cerca de las ocho a.m. casi al filo de la apertura del combate y con el enemigo pisándole los talones. Sin dormir toda la noche, con el esfuerzo de la inclemente caminata encima, tampoco hubo tiempo para que todos sus integrantes desayunaran o pidieran auxilio a las *rabonas*, que de todos modos se dieron cita en misión de asistencia. Afortunadamente la hoja de coca sirvió para paliar el hambre y tranquilizar los espíritus.

El plan de defensa del Ejército de la Alianza se basaba en principiar con el fuego de la artillería a fin de diezmar la tropa enemiga, de modo que ésta llegara desgastada hasta ponerse al alcance del tiro de fusil de las guerrillas o vanguardias bolivianas y peruanas. Estas las detendrían y mermaría nuevamente, para luego mediante un rápido y fuerte contraataque cuerpo a cuerpo desalojarlos del campo de batalla (Alba, 1882:100).

---

95 Flores, Yuri. Op. Cit.
96 Ibíd.

El frente que se extendía por unos 2.000 a 2.500 metros estaba organizado en tres alas, con sus respectivos comandantes. Las tropas bolivianas y peruanas se intercalaron para promover su unidad. La derecha quedó a cargo del contraalmirante peruano Lizardo Montero, el centro al mando del coronel boliviano Miguel Castro Pinto y la izquierda bajo responsabilidad del coronel Eliodoro Camacho.

Por su parte, el general Narciso Campero se responsabilizó del comando de todo el Ejército de la Alianza. Atento a las incidencias, se desplazaba a caballo por la línea de combate. Rememoraría en sus recuentos de guerra:

> La dirección de donde avanzaban los chilenos, formando unas líneas de circunvalación, era nuestra ala izquierda, como lo había previsto yo desde el principio, razón por la que coloqué allí nuestras mejores reservas. (Campero, 1880:14).

En efecto, originalmente el "Sucre" junto al "Viedma No. 5" y el "Padilla No. 6" estaban destacados como reserva en el centro de la línea de batalla. Desde allí debían dar defensa a la Segunda División a cargo de coronel boliviano Severino Zapata, ex Prefecto de Antofagasta.

Sin embargo, y de acuerdo a las reformas tomadas días atrás como en vista de las características que tomaba el ataque chileno el día 26, se dispuso una modificación[97].

Según informaría Zapata:

> Formada la línea de batalla, esta división ocupó el centro; pero en las reformas que los señores directores tuvieron a bien hacer en ella, en fecha 23 o 24 de mayo, se mandaron los dos primeros al costado izquierdo para reforzar esta ala que estaba débil, considerando estos cuerpos fuertes, y, en atención, según parecer del señor General en Jefe de Estado Mayor General del ejército unido, al que el centro no sería atacado con vigor. Permanecí en el centro únicamente con el Batallón Padilla, habiendo venido a llenar los claros que dejaron en la línea estos cuerpos, el Batallón Chorolque, al mando del señor coronel Justo de Villegas (Ahumada,1885:119).

El extremo izquierdo estaba hasta entonces ocupado por los batallones peruanos "Pisagua", "Arica", "Misti" y "Zepita", en ese

[97] *A las 9.45 A.M. del día 26, el enemigo formaba su línea diagonal sobre nuestra izquierda, rompiendo sus fuegos de artillería y amenazándolas con dos grupos de caballería, por lo que, sin duda, el coronel Camacho se apresuró a hacer pasar a la línea de batalla a los batallones de reserva 2 Sucre, Viedma y Tarija*. "Informe de Pedro José Aramayo, Encargado del Estado Mayor General del Ejército boliviano en Retirada", La Paz, 12 de junio de 1880 (Ahumada, 1885:588).

orden de colocación. En relación al "Sucre" su comandante coronel Juan Bautista Ayoroa, informaría posteriormente a sus superiores:

> Cuando llegamos al campamento a horas ocho a.m., supimos que al amanecer había acampado ya nuestra ala derecha en sus respectivos puestos. En este estado se presentó el Coronel Camacho entusiasmando a la tropa con vivas al Ejército aliado y ordenando el reparto de agua y desayuno, lo que verifiqué en el acto dando a la tropa socorro de tres días hasta el 28 inclusive, y quedando en Caja 600 Bs., socorros hasta fin de mes. Una hora después, recibí orden de ocupar con mi Batallón el puesto que se le había demarcado con anterioridad sobre la línea de batalla, ejecutado el movimiento se volvió a presentar el Coronel Camacho y me dio orden de despliegue la 6ª y 5ª Compañía en guerrilla, doscientos metros a vanguardia[98].

En un día diáfano con un sol que despuntaba candente, Jefes, oficiales y soldados del "Sucre" ocuparon su lugar en la primera línea de combate. Ochoa describiría que *con un valor admirable abrió la lucha, desfilando compañía por compañía a ocupar el puesto de las guerrillas* (1881:236). El coronel graduado boliviano Miguel Aguirre, edecán de campo del general Campero, reconocería que el encargo que recibió el batallón de las casacas amarrillas no era pequeño pues se le encomendó nada menos que ser *el ariete en que debía chocar el enemigo, hasta destrozarlo casi por completo* (1880:15).

Al asentar al "Sucre", y para eludir su posible desbordamiento por el enemigo, se alargó el flanco formando el tradicional martillo (Cáceres, 1976:58). El "Tarija" y el "Viedma" No. 4[99], se colocaron atrás suyo a una decena de metros. A su derecha estaba ubicada una batería peruana integrada por nueve cañones de grueso calibre del antiguo sistema de retrocarga y dos ametralladoras. El conjunto quedó al mando del coronel peruano Arnaldo Panizo. Disponía además como reserva de otros dos cañones ubicados en segunda línea.

Conformaban los "Amarillos" 470 soldados y 33 hombres entre jefes y oficiales. Un testigo había descrito a su plana mayor:

> El primer jefe, Juan Bautista Ayoroa, alto, gordo; 2do jefe José María Guzmán, alto, flaco, instructor; tercer jefe Néstor Ballivián,

[98] Ayoroa, Juan Bautista, op.cit.
[99] No era el mismo Batallón que estuvo presente en San Francisco, sino otro, con el mismo nombre pero con el aditamento de No. 4., para distinguirse.

> alto, gordo de barba llena. Los mayores eran un Gambarte, pequeño, gordo, trigueño, sucrense, el otro era un Contreras de mediana estatura, blanco (Claros, 1960:36).

El "Viedma" por su parte se componía de 413 hombres, de ellos 370 soldados y el resto de jefes y oficiales. Estaba al mando de Ramón González, *pequeño, jorobado, cara muy arrugada, mirada feroz, viejo de voz ronca* (Claros, 1960:36). Más conocido por su apodo de *Pachacha*, o *dos hombres* en aimara se destacó en la trifulca de San Francisco de Noviembre. Vestían pantalón gris, con tira colorada, chaqueta verde, con cuello y botamanga colorada. La tropa procedía de Cliza y Punata, en el Valle Alto de Cochabamba histórico productor de maíz y trigo. En su mayoría eran artesanos mestizos e indígenas.

El tercer Batallón, el "Tarija", por su parte, pertenecían soldados del mismo origen social y étnico aunque oriundos de todas las provincias del departamento de ese mismo nombre, ubicado al sur de Bolivia en la frontera con la Argentina. Su uniforme era un terno blanco con tiras verdes en el pantalón y la chaqueta. Lo integraban 35 jefes y oficiales y 372 soldados. Lo comandaba el coronel Miguel Estenssoro, de 52 años que aquel día vino desde Tacna, pese a que se encontraba muy enfermo del hígado e internado en el hospital. El general Claudio Acosta, que comandaba la V División, que padecía por su mala salud, hizo lo propio para cumplir su promesa a su esposa de *"vencer o morir"* (Alba, 1882:98). No fueron los únicos enfermos bolivianos que desde el hospital se desplazaron al campo de batalla. Octavio Paz de la jefatura de los seis cañones Krupp, advirtió que al recorrer el terreno encontró un gran número de soldados que llegaron *para incorporarse a sus compañeros y participar en la batalla*[100].

En total los tres batallones bolivianos emplazados en el extremo del ala izquierda contaban con poco más de 1.300 hombres; habrían de confrontarse contra el doble en soldados de la Primera División del Ejército de Chile. El coronel Ayoroa, pronto se dio cuenta que la elevada concentración de tropas adversarias colocaba al "Sucre" en una posición de inferioridad en número y armamento. Asumió que tendrían dificultades para sostener la primera línea de combate y cumplir la responsabilidad asignada.

---

100 Paz, Octavio. "Parte de la batería de cañones Krupps de la derecha del ejército aliado", sin fecha. "El Heraldo", Cochabamba, 3 de agosto de 1880.

Pidió refuerzos:

Por los movimientos del enemigo, hice notar al señor Coronel Camacho, que la pretensión de esta era atacar el ala izquierda con el grueso de sus tropas: por lo que era necesario protegerla con algunos cuerpos de preferencia como el 1(Colorados), el Aroma y otros más, apreciada la oportunidad de la indicación el Comandante en Jefe se retiró para enviar los cuerpos expresados. No obstante solo vinieron los Batallones peruanos Victoria y Huáscar que se situaron a retaguardia del Sucre y Viedma. Mientras se verificaba esta operación, el Ejército enemigo avanzaba rápidamente sobre nuestro costado izquierdo, formando dos líneas de guerrilla con más de veinte piezas de artillería entre ametralladores y Krupps; una línea de batalla compacta a retaguardia de las guerrillas con igual artillería, y seguida de numerosas columnas de infantería todas protegidas por el grueso de caballería, dando a conocer que era la mayor parte de su Ejército. En esa marcha estas masas convergieron sobre la derecha, abrazando por completo el frente de toda nuestra línea de batalla y perdiéndose en una sinuosidad de terreno que se hallaba a cuatrocientos metros de nuestro frente[101].

Cerca de las nueve de la mañana, enviaron como socorro al "Huáscar" con 400 efectivos y el "Victoria"[102], este último de 750 hombres de uniformes azules y corbatines. Pertenecían a la reserva de la Segunda División del Ejército de Perú y como todos estaban rendidos del sueño por la previa caminata nocturna y molestos porque no alcanzaron a concluir su desayuno que dejaron por el abrupto desplazamiento.

En palabras de uno de sus oficiales, Melchor J. Bedoya:

A las 8 a.m. en que sin haber podido tomar rancho la tropa, que al efecto se estaba preparando recibimos la orden del comandante en jefe de la expresada ala izquierda, que el batallón Victoria se situase en una loma que dominaba la derecha del enemigo y que estaba a retaguardia de los batallones bolivianos que cerraban nuestra izquierda a distancia de 300 metros; que el batallón Huáscar se colocase también a retaguardia de los mismos batallones a distancia de 50 metros, en la parte baja (Ahumada, 1885:581-582).

Con el arribo de los dos batallones peruanos, las fuerzas del ala izquierda de la Alianza se equilibraban en número de soldados con Chile, pero no en calidad de las armas ni en logística ni estrategia guerrera.

---

101 Ayoroa, Juan Bautista, op. cit. El paréntesis nos pertenece.
102 Ver los testimonios de Pantaleón Falconí ("Victoria") y Ramón Herrera ("Huáscar"), suscritos el 29 de mayo en Tarata (Perú) (Ahumada, 1885:581-582).

Como retaguardia y en tercera línea, a unos trescientos pasos del "Sucre", permanecían inicialmente encaramados en una loma los cuerpos bolivianos de Caballería: "Libres del Sur", "Vanguardia", "Coraceros" y "Escolta"; todos ellos sumaban unos 660 entre jefes, oficiales y tropa. Finalmente por el mal estado de sus cabalgaduras y su inadecuado armamento se batirían a pie, como infantes.

En el campo de batalla, según consta en un informe confidencial que se halla en el archivo del presidente peruano Piérola, estaban presentes 4.225 bolivianos y 4.705 peruanos, sumando un total de 8.930 (Basadre, 2015:68). Los chilenos según estimaciones de un historiador chileno, sin contar los encargados de artillería, disponían de 12.151 hombres de Infantería y 1.100 de caballería (Mellafe, 2013:46), con los que sumarían unos 13.500 efectivos. El propio general Campero estimó una cifra similar para ambos ejércitos: 9.000 plazas para sus fuerzas y en 14.000 para las adversarias (1880:53); aunque no todos los chilenos entrarían finalmente en combate, pues la Reserva que disponía de 3.269 hombres no fue utilizada.

Los tres países, aunque con una clara diferencia a favor de Chile, disponían de armamento moderno que aumentaba su potencia de fuego, la rapidez de la recarga y al alcance y la precisión del disparo. La tropa boliviana estaba armada en su mayoría de fusiles Remington adquiridos de los Estados Unidos, aunque había también Minié austriacos, Chassepot y Grass (Peña y Lillo,2004:56). La caballería contaba carabinas Winchester, pero carecía de sables adecuados para el combate, lo que ocasionó que durante el encuentro de Germania, el 6 de noviembre en la pampa de Tarapacá, muchos fallecieron al serles cortadas las manos en las muñecas por los sables chilenos más largos.

Los peruanos, tampoco tenían un arma única sino una variopinta gama de fusiles como el Chassepot, Comblain y Peabody. Diversidad que dificultó el aprovisionamiento de proyectiles en momentos decisivos del próximo combate por la confusión entre los proveedores de establecer dónde estaban ubicados los de tal o cual arma. La infantería chilena, por su parte, se armó principalmente de versátiles y modernos fusiles manufacturados en Bélgica marca Comblain modelo 1876 y la caballería con Remington y largos sables curvos fabricados en Francia.

Las características modernas del armamento de fusiles de retrocarga permitían realizar entre cinco y ocho disparos por minuto se extendían también a las mortíferas ametralladoras Gatling y Gardner

capaces de disparar 200 balas por minuto; algo nunca visto ni usado en las contiendas internas y externas en la región. Estos nuevos dispositivos se completaban con cañones rayados de retrocarga. Bolivia había adquirido, como se vio, seis de montaña marca Krupp, aunque en el conjunto de la artillería de la Alianza todavía predominaban los cañones de avancarga, aquellos en los cuales los proyectiles se introducían por la boca con mayor uso de tiempo y tenían además menor precisión y alcance (Peña y Lillo, 2004:36-59; Mellafe, 2013:23-31).

La artillería chilena contaba con 31 cañones Krupp de distinto modelo, seis cañones franceses de bronce de avancarga y un par de ametralladoras Gatling y otras dos Nordenfeldt; en conjunto 41 piezas. La Alianza, por su parte, disponía de los seis Krupp de montaña, ocho de avancarga y siete ametralladoras, dos Gardner y cinco Gatling; en total, 21 piezas (Mellafe, 2014:28-30), aunque en otros registros éstas sumaban a 31 unidades.

3. El tronar de la artillería.

La batalla la iniciaron los cañones y el fuego de ametralladoras. A poco que empezara a moverse la tropa avanzando lentamente por el perfil del frente de batalla, tronaron las bocas de fuego de ambos bandos sin que se pueda establecer con certeza quien inició los disparos. Arnaldo Panizo, oficial peruano y Comandante General de la Artillería en Campaña de la Alianza, daría cuenta sin embargo que a las 9 a.m., atendiendo a una orden verbal del general Campero rompió fuego sobre la línea enemiga que se ubicaba a unos 3.500 metros. No todos los participantes coinciden sin embargo con esta hora, algunos prolongan el inicio del combate entre 15 y 60 minutos más.

Los testimonios de los participantes bolivianos ayudan a precisar los movimientos de la artillería chilena y sus efectos en el campamento de la Alianza.

> Sonaban las nueve y cuarto cuando se distinguieron en el campo enemigo multitud de glóbulos de humo y al momento se escucha una general detonación como el de un trueno prolongado y juntamente con el estallido cayeron las bombas en todas direcciones: era la gran descarga de la artillería enemiga, colocada por baterías, sobre su línea de la derecha, el centro y la izquierda.
>
> Tan luego como se escuchó la detonación y cayeron las bombas, nuestro campamento dio un grito de alegría y prorrumpió en

vivas al Perú y Bolivia. Nuestra artillería contestó con un fuego graneado activo; empezó pues el combate de ambas artillerías (Alba, 1882:101).

Los reportes peruanos, como el suscrito por el coronel Manuel Velarde, son similares:

> No pasó mucho tiempo sin que se principiara el combate de artillería, el que sin embargo de la superioridad de las tropas enemigas por su calidad, por su número y por su perfecta dirección, no nos hacían mayor daño; resueltos como estábamos a sufrir ese fuego y a obligar a la infantería enemiga a que nos atacara; llegamos a creer que la mano de dios nos protegía de un modo visible, pues habían descargas cuyos proyectiles reventaban todos sobre nuestra línea sin herirnos un soldado; contestando solo con ¡vivas! Al Perú, a Bolivia y la alianza (Ahumada, 1885:120).

La réplica del fuego de la artillería chilena, no tuvo inicialmente un efecto definitorio en la suerte de las armas pues no devastó al Ejército de la Alianza, pese a su poderío. A la inversa ocurrió lo propio, aunque el poder de fuego peruano-boliviano era sensiblemente menor que el de Chile en número y alcance.

> El cañón seguía crujiendo; las granadas pasaban sobre nuestras cabezas con aquel sonido infernal que les es propio y se enterraban en la arena; algunas se estallaban, pero solo a su estallido se levantaba una gran columna de arena que se esparcía en el aire y luego descendía sobre nosotros como menuda lluvia (Ramallo, 1901:47).

Para alivio y alegría de la Alianza los proyectiles chilenos de percusión o bien caían detrás de las líneas o no reventaban al contacto con la arena. Y si lo hacían *producían una especie de ebullición pero sin causarnos mayor mal* saludado por un griterío de satisfacción (Campero, 1880:14). El septuagenario y experimentado general boliviano Juan José Pérez, Jefe de Estado Mayor, se mofaba al ver hundirse en la arena los proyectiles de su adversario: *otra onza de oro perdida*[103].

Al estrepito de los cañones que anunciaban la batalla que se desataba a sus puertas, Tacna también se alarmó y se desbordó, tal como había ocurrido el 22 de mayo. Los testimonios de del Mármol y Alba son reveladores. Se repetían las sensaciones visibles de angustia, solo que esta vez no concluirían tan rápido ni sin alto costo humano.

103 Bulnes cita al general chileno de artillería, Roberto Silva Renard: *La impresión dominante entre los oficiales de aquel tiempo (era) que nuestra artillería no había jugado en la batalla el papel que le correspondía*. (328:1914).

> Al eco de las detonaciones, Tacna fue puesta otra vez en alarma, y la bronca campana de San Ramón empezó a pregonar vivamente el peligro. (Del Mármol, 1880:100).

> En las inmediaciones del hospital encontramos varios enfermos de la clase de tropa que salían apoyándose los unos a los otros y especialmente uno que nos manifestó sus deseos de morir matando y no correr esa suerte en el hospital. Las tiendas se llenaban de gente y cada momento la agitación era más general. Cuando salíamos por el campo tocaban a rebato y la sensación era mayor. Las calles estaban llenas de ciudadanos que armados se dirigían también al Alto, de mujeres entusiastas unas, otras llorando, y de niños que ofrecían el mismo contraste (Alba, 1882:98).

El estruendo del combate y la incertidumbre de sus resultados se filtraron a raudales hasta Tacna y se prolongaron durante horas, mientras duró la batalla y no se conocía su desenlace.

> Ese 26 de Mayo, fue uno de los días de mayor angustia para los que estábamos en la ciudad. La salida de las tropas nos impresionó mucho, viendo a numerosos enfermos que, con paso vacilante, salían a combatir quedando en su mayoría tirados en la falda del cerro Magollo, junto al cual se libró la batalla y nuestra desesperación se hacía inmensa al sentir el traqueteo de las balas.

Tal fue el vivido testimonio de una joven cronista de Tacna (Neuhaus, 1938:5-6).

A eso de las 9:30 a.m. los proyectiles de cañón seguían cruzando los aires de la planicie del "Campo de la Alianza", generando silbidos que sonaban como amenazas de muerte. Los testimonios concuerdan que entre las tropas flotaba un tenso ambiente en espera mientras aguardaban la voz de mando que las arrojara a las fauces del combate y se desatara sobre ellos un mortífero volcán de fuego.

> Las guerrillas (como la del "Sucre") que estaban colocadas al pie se mantenían en actitud tranquila esperando que el enemigo avanzara. Las bombas enemigas eran bien dirigidas a nuestro campamento (…) Por momentos el fuego era más activo de ambas partes, nuestras cornetas tocaban con frecuencia diana, como señal de regocijo por los claros que abrían nuestros fuegos (Alba, 1882:101).

> Grande era la impaciencia con que la infantería aguardaba la orden de ataque (coronel Pedro P. Vargas comandante del Batallón "Padilla")[104].

[104] "El Comercio", La Paz, 23 de junio de 1880.

El vuelo de proyectiles era amenazante e infundía miedo, pues la mayor parte de la tropa nunca antes había sido sometida a ejercicio semejante y menos de tal intensidad. La mayor preocupación se volcó sobre quienes no formaban parte directa del cuerpo armado y se consideraban en consecuencia más vulnerables e indefensas en un momento que las armas y el uso de la fuerza iban a imponer su razón a tiros. Los ojos se volcaron sobre la abigarrada multitud, incluyendo muchas mujeres, que había abandonado la ciudad que se hallaba en estado de zozobra y ebullición.

El gentío había trepado hacia la árida planicie para socorrer a sus familiares y conocidos apenas tronaron los primeros cañonazos. Un testimonio es muy revelador al respecto:

> El trayecto estaba ocupado de gente de toda clase; unos eran soldados que venían por agua, otros eran vivanderas que salían, otros nacionales armados y muchos curiosos. Seguimos adelante y al terminar la cuesta, encontramos una gran pacotilla de mujeres entre las que iban dos jovencitas de 14 a 15 años (Alba, 1882:98-99).

Quizá en razón al confuso movimiento de la noche anterior el número de *rabonas* y *vivanderas* era menor que en otras oportunidades, pero igual llegaron por cientos para otorgar alimento y aliento a sus compañeros ante la inminente batalla y quedarse para curar sus heridas del cuerpo y el alma; la práctica de siempre. Solo la tropa situada en retaguardia más lejos de la peligrosa primera línea de combate, y por tanto considerada más segura por las mujeres para su desplazamiento tuvo suerte de recibir su socorro. Es así que los integrantes de la caballería ubicados en la reserva del ala izquierda, como el tantas veces mencionado Manuel Claros, lograron adquirir alimentos. Lo propio ocurrió con los "Colorados" estacionados en la reserva pero del ala derecha.

De todas maneras las mujeres no estaban para nada a salvo en su recorrido; los proyectiles chilenos no hacían distinciones de género. El joven subteniente Daniel Ballivián —tenía apenas 18 años— narraría la emotiva presencia de una *rabona* mientras las balas de cañón llovían peligrosas sobre las posiciones de la Alianza.

> Era la del sargento Olaguibel, que llegaba con una ollita de barro con las puntas del paño en que iba envuelta. Venía desde Tacna trayéndoles su almuerzo a su compañero. Después de saludarse, la mujer procedió sin dilación a vaciar en un plato el contenido

> de la olla, mientras el sargento aprisionaba en sus robustos brazos al niño que besaba y acariciaba con ternura. Cuando le hubo alcanzado el plato colmado de un sustancioso chairo, la rabona tomó, a su vez, al niño en un brazo sujetando al mismo tiempo el rifle del hombre con la mano que quedaba libre.
>
> Terminado el almuerzo, hombre y mujer se confundieron en un estrecho abrazo de despedida, después del cual ella volvió a presentarle al niño para que lo besara por última vez y echándoselo en seguida a la espalda cogió el lio con una mano y emprendió rápidamente viaje de regreso a Tacna (Ballivián, 1918: 15).

El autor refiere que se produjo un acontecimiento similar al ocurrido el día 22 y narrado por Claros.

> La rabona no había caminado 150 metros, observada por nosotros, cuando una bomba fue a caer casi a sus talones, levantando una nube de polvo. Creíamos que había muerto. El polvo envolvió la figura de la madre y la criatura por unos segundos. Al disiparse, vimos que ambos estaba ilesos. La mujer se acercó a la bomba que no había explotado, hizo una seña como diciéndonos que eran inofensivas, y siguió el trotecito (Ibíd).

Al inicio del recio cañoneo mutuo se instruyó, y en algunos casos se obligó a las mujeres regresar a Tacna. Cuando el capitán del Mármol tras abandonar su lecho de enfermo se dirigía al campo de batalla, a eso de las once de la mañana, reparó en el precipitado retorno de decenas de esas entristecidas mujeres que se descolgaban por el estrecho sendero hacia Tacna. Bajaban la empinada y polvorienta rampa cargadas de sus ollas, vajillas, canastos, cocinas y otros enseres culinarios y domésticos, además de sus *"guaguas"*, hijos e hijas.

> Cuando ascendía la cuesta, era verdaderamente conmovedor el espectáculo que ofrecían unas 300 a 500 rabonas descendiendo hacia Tacna, con sus hijos a las espaldas, sus ollas de comida en la mano, sus lágrimas en los ojos, su queja dolorida en los labios (1880:102).

Venían sin duda preocupadas por la suerte de los suyos en la batalla que ya había estallado. Soldados heridos y enfermos conscientes que había llegado *el momento de la prueba* dejaban el hospital militar de Tacna y otros aposentos para incorporarse a filas.

En la ciudad también cundía el desasosiego que se tornaría creciente en intensidad con el fragor del combate y que se prolongaría durante toda la jornada:

> Las familias nos asilábamos en los consulados extranjeros y desde nuestro refugio oíamos las noticias que llegaban: "Ya murió un conocido". "Ya cayó herida tal persona". Mientras tanto el tiroteo semejaba un mar embravecido cuyo fragor nos llenaba de espanto (Neuhaus, 1938:6).

Rabonas y *vivanderas*, mujeres *decentes* y de *pueblo llano*, preveían que los resultados del combate que se desarrollaba en la alta planicie próxima, las arrastraría horas más tarde nuevamente al "Campo de la Alianza"; para verlo esta vez convertido en un territorio de muerte y regado de la sangre de sus allegados cuyos cuerpos yacerían desparramados y confundidos sobre la arena y de los heridos maltrechos y sangrantes oirían sus voces quejumbrosas, como se verá más adelante.

4. A la ofensiva

Antes del retiro obligado de las *vivanderas* y *rabonas*, Manuel Claros, todavía pudo abastecerse y adquirir un suculento plato de sopa y un asado de Manuela, la corocoreña[105].

Como el jamelgo del soldado de los "Libres del Sur" había sufrido una lesión ocho días antes y quedó desmontado, fue enviado a tenderse en la primera guerrilla justo al lado del "Sucre". A las 8:45 de la mañana, antes de partir, hizo su breve testamento dejando al destinatario su reloj y su dinero, luego emprendió la caminata en el arenoso terraplén donde en ocasiones se hundía hasta casi los tobillos.

En compañía de 24 de sus compañeros que también carecían de cabalgadura, quedó en la fila más avanzada del frente, a pocos centenares de metros de los chilenos. Guerrilla en el lenguaje militar de la época quería decir una delantera, una avanzada para sorprender al enemigo y con el fin de advertir al resto de la tropa que el adversario se aproximaba; puesto en consecuencia considerado de alto riesgo para sus integrantes.

Su testimonio es invalorable para seguir el derrotero del "Sucre" en la batalla del 26 de mayo, a cuya suerte en combate estuvo apegado. Al bajar la loma, primero se encontró con el Batallón "Huáscar" y luego el "Victoria", peruanos. Antes del inicio del combate ambos, como se dijo, fueron enviados a solicitud del coronel Ayoroa, como refuerzo para el ala izquierda. A pocos metros observó la retaguardia del batallón

---

105 De Corocoro, La Paz, Bolivia.

peruano “Zepita” y al coronel Eliodoro Camacho de sobretodo y montando un caballo moro, acompañado de varios coroneles bolivianos.

Claros advirtió igualmente que los adversarios chilenos estaban muy cerca, tanto como la corta distancia de un simple vistazo de sus ojos.

> Fijando la mirada al frente, veía que el Ejército chileno se cargaba mucho al costado izquierdo, con guerrillas cerradas y reservas. La caballería chilena ocupaba el costado izquierdo con cinco escalones, las armas de este cuerpo brillaban, porque el sol directamente hería a estos: las bombas se redoblaron más al centro hacia nosotros que caminábamos a la última fila.
>
> Continuó el paso rumbo al frente de batalla.
>
> Luego de avanzar unas tres cuadras, poco más o menos, vi al batallón Viedma que estaba echado en una ondulación de arena y tras de ellos al coronel R. González en un caballo colorado. Los del 2o de línea (Sucre) se hallaban más adelante como a diez metros, todos tendidos en otra ondulación de arena.

El recién llegado y sus compañeros de estiraron sobre la arena aprovechando la protección del glacis o pendiente.

> Después de tendernos en guerrilla, tuvimos que echarnos como los demás soldados a fin de no ser vistos por los de la artillería chilena, distinguiendo únicamente a la caballería chilena que estaba como a dos cuadras de nosotros (…).
>
> Permanecimos echados con tres cuartos de hora, cuando vimos que por nuestra retaguardia los artilleros peruanos que ocupaban el centro, entre el Zepita y Tarija, hicieron pasar nueve piezas de cañones, al pie del morro, ocupando nuestra retaguardia, quedando delante del 2º de Línea (Sucre) solo dos cañones peruanos de calibre mayor (1960:54).

A poco se sumaron ocho o diez jóvenes integrantes del “Vanguardia” de Cochabamba, que también sin cabalgadura tuvieron el mismo destino de Claros. Extendidos sobre la cálida arena los bolivianos aguardaban en tensión y expectantes.

Por su parte, a las nueve de la mañana el “Sucre” quedó dispuesto detrás de una pequeña elevación arenosa que lo ocultaba de la mirada adversaria y con sus vanguardias delante del grueso de la línea principal. No se hicieron trincheras, como algunos informes chilenos

exagerarían posteriormente[106]. Campero consideraba que el soldado boliviano *ardiente e impetuoso más apropiado para el ataque que para la defensa* estaba acostumbrado a pelear de frente y sin protección, y que además el tipo de suelo en el que a pocos centímetros se hallaba pizarra deleznable, que al quedar descubierta se transformaría en filosos perdigones al contacto con los proyectiles de los cañones chilenos. Adujo que el propio coronel Ayoroa lo había comprobado al realizar excavaciones, y que desistió de su empeño presionado además por no contar con las herramientas necesarias (Campero,1880). Años más tarde Eliodoro Camacho le reprocharía lo que consideró un grave descuido que obligó a las tropas de la Alianza a combatir a *"cuerpo libre"* (1897).

Para protegerse cada soldado recibió apenas un saco de arpillera vacío, que debía llenar de arena a modo de resguardo. Cuando el año de 2015 se excavaron los restos de los combatientes del "Sucre", se encontraron los costales bajo sus cuerpos, conservados por la sequedad del desierto y sin señales de haber sido utilizados.

El intenso cañoneo duró más de una hora, quizá una hora y media parando entre las 10.30 a.m. y 11 a.m.; si los testimonios divergen en la hora exacta probablemente se deba a que las distintas baterías no disparaban ni actuaban al unísono a lo largo de la línea de combate. El coronel Panizo, en todo caso fija el cese de fuego de sus cañones y ametralladoras a las 11 a.m.

A esa hora, según informó, el general Camacho le ordenó:

> (O)cultar las baterías de la vista del enemigo, colocándolas a la izquierda de la línea de infantería en un bajo repliegue del terreno; mientras tanto, el enemigo avanzaba sobre nuestras posiciones, y los tres batallones bolivianos, Tarija, Viedma y 2º de Línea (Sucre), se hallaban a vanguardia de nuestras baterías, desplegándonos en guerrilla y esperando el momento del ataque[107].

El movimiento fue también advertido por el coronel Ayoroa, comandante del "Sucre".

> La Artillería durante la marcha del enemigo suspendió sus fuegos y las seis piezas de que se hallaba dotada nuestra ala se puso a

106 *Nuestro campo carecía de defensas artificiales y estas se limitaban a un pequeño fortín de 15 metros de largo en la derecha del campamento, hecho en forma de media luna, de sacos de arena y laja desecha; tenía delante una zanja abierta al pie de los sacos, que era más bien un abrigo para la única batería de cañones Krupp que poseíamos*. (Ramallo, 1901:58)

107 Transcrito en http://harumalraschid.blogspot.pe/2008/01/la-batalla-de-tacna.html

retaguardia del Batallón Sucre en una pequeña hondonada[108].

De acuerdo con Panizo:

> Mientras tanto, el enemigo avanzaba sobre nuestras posiciones, y los tres batallones bolivianos Tarija, Viedma y 2 de Línea se hallaban a la vanguardia de muestras baterías, desplegados en guerrillas y esperando al momento del ataque[109].

Al cesar el cañoneo, el silencio dominó por un fugaz momento el campo de arena a punto de teñirse de sangre.

El corresponsal chileno, Eduardo Hempel, relató:

> En aquellos momentos el cuadro que ofrecía nuestra vista era grandioso, imponente, imposible de describir. Habían cesado los broncos estampidos del cañón, reinaba un silencio sepulcral, interrumpido sólo por los toques de clarín o las voces de los jefes y oficiales que a caballo animaban a su gente. Podría decirse que se sentían las pisadas de nuestros soldados y que aquel espectáculo se veían más con el corazón que con los ojos (Pinochet de la Barra, 203:136).

A no dudarlo, la impresión desde el lado de la Alianza debió ser similar.

El mando chileno decidió concentrar su ataque inicial en la zona izquierda de la Alianza. Apostaron en su sector derecho, la contracara de sus adversarios, unos 2.500 hombres de fogueadas tropas de infantería de su Primera División al mando del coronel Santiago Amengual. Formaban esta ala los "Navales", *la bizarra mocedad de Valparaíso y el "Esmeralda" compuesto por la elegante juventud de Santiago*, además *de los sobrios montañeses* del "Chillan" y los *experimentados soldados* del "Valparaíso" (Mac Kenna, 1881:967-968).

Rompiendo el mutis, a las 10.32 a.m. la tropa chilena inició su avance a *pasos largos*. Previamente para barrer el campo adversario, sus piezas de artillería y ametralladoras tronaron nueva y brevemente para luego callar y regresar con intermitencia según el fragor del combate. Avanzó la infantería formando una línea oblicua. *Bajo un sol de fuego que acababa de disipar, junto con el estampido del cañón, los últimos vapores de la niebla matutina*, como señala la épica narrativa del historiador chileno Vicuña Mackenna (1881:973). Iba por delante

108 Ayoroa, Juan Bautista, op.cit.
109 Ibíd.

el batallón “Valparaíso”, dispersado en guerrilla, protegiendo con su avanzada al primer regimiento del “Esmeralda” que lo seguía de cerca; sumaban entre uno y otro cerca de 800 hombres. A las 11.21 horas de la mañana se hallaban a unos cuatrocientos metros de las tropas bolivianas. Atrás, esperando entrar en combate, se apostaba el segundo regimiento del “Esmeralda”, los “Navales” y el “Chillán”.

A su izquierda permanecían los 2.174 hombres de la Segunda División, que atacarían a los pocos minutos al centro de la Alianza. A algunas decenas de metros de distancia estaba en resguardo la Tercera División *dispuesta a apoyar a cualquiera de las alas que se halle debilitada*. Contaba con 1.716 hombres. Más al fondo, como última reserva, aguardaban los Regimientos Buin 3° y 4° de Línea y el Bulnes. Ninguno finalmente ingresaría en combate (Mellafe, 2013:54).

Después de una hora de cañoneo, nuestra infantería en dispersión avanzó sobre el enemigo, apuntó en su Diario un oficial de Chile (Dublé, 2012:21).Una mala información por parte de uno de sus oficiales que hizo creer al alto mando de Chile que la tropa boliviana posicionada en la izquierda se había desplazado y retrocedido, impuso la marcha rápida del “Valparaíso” y “Esmeralda”. Iba decidida a un ataque frontal, a *“pecho descubierto”* como mandaban las normas napoleónicas de la guerra y como prefería el general Baquedano.

Según el Parte de Guerra del Jefe de la División, coronel Santiago Amengual:

> Ordené la formación de dos líneas de combate (...). Íbamos protegidos por el batallón Valparaíso desplegado en guerrilla. (…).
>
> En ese momento llegó el capitán Flores, de Artillería diciéndome (...) que no había enemigo y que este se había retirado a un campamento situado a 4.000 metros de ese lugar (…).
>
> Como la orden era avanzar, seguimos adelante formados en dos líneas (…) Efectivamente, apenas subió la altura fue recibido por un nutrido fuego de fusilería (…)[110].

En efecto, como establece una cronología chilena eran las 11.45 a.m., cuando sus tropas tras subir la pendiente llegaron a la punta de la colina arenosa, recibieron el fuego boliviano. Sorprendidos, se dieron de lleno primero con la pequeña avanzada en la que Claros participaba

110 Transcrito en Ahumada, 1885.

y luego, casi al mismo momento, con los fusiles Remington del "Sucre" y los batallones bolivianos del "Viedma" y el "Tarija".

Bulnes, historiador chileno da cuenta que:

Engañadas por esta noticia, las guerrillas subieron confiadamente una cresta del cerro o loma intermedia y fueron recibidos por descargas cerradas que les causaron gruesas pérdidas de vidas.

Los batallones Sucre y Viedma se habían puesto expresamente emboscados tras una hondonada (…). Fue diezmado el Valparaíso en aquella celada (1914:330).

Claros rememoró aquellos mismos cruciales momentos cuando se apostaba junto al "Sucre" en la vanguardia de la línea de fuego[111]:

(V)i que del lado de los chilenos venía a pasos largos el coronel Ayoroa, de pantalón colorado, de sobre todo y dirigiéndose a la guerrilla del 2º (Sucre) les dijo ¡Soldados al frente! ¡El enemigo está aquí!. Y viéndonos: Jóvenes adelante, que tal lo hacen. Den ejemplo a los soldados.

Nos paramos y avanzamos media cuadra encontrándonos con una guerrilla cerrada de chilenos de ternos azules.

A la señal dada por la corneta del 2º Batallón ("Sucre"), le dimos la primera descarga, la que fue contestada con un fuego nutrido por parte de los chilenos, por primera vez había visto silbar las balas por mi cabeza, parecían maullidos de gatos; al principio se me frunció el cuerpo pero pasada la primera impresión, seguíamos dándole bala al por mayor. Como retrocedía el flanco sin ver atrás, caí sobre los soldados del 2º de Línea ("Sucre") que continuaban echados (...) (1960:55).

Nuevamente el historiador Bulnes:

Las guerrillas del Valparaíso marcharon cubriendo una gran extensión de |ese famoso glacis ondulado que protegía por el norte las posiciones de la alianza. Los fuegos enemigos le hicieron en el primer momento poco daño (1914:331).

Se refiere este autor a los primeros impactos causados por la escasa treintena de hombres de la vanguardia que acompañaban a Claros. El comandante del "Sucre" había demorado la nueva y contundente descarga hasta que aquella avanzada pudiera regresar segura a sus filas y no sufriera el fuego amigo.

111 Señala sin embargo que eran las 10 de la mañana y según los partes chilenos eran las 11.40 u 11.45 a.m.

Según el cronista soldado Claros:

> El coronel Ayoroa ordenó que no se paren todavía los soldados, hasta cuando todos los restantes de la guerrilla se replieguen (…). Cuando se incorporaron uno que otro de los de la guerrilla, recién ordenó Ayoroa que se levanten los soldados, quienes dieron una carga cerrada al enemigo que se hallaba muy cerca de nosotros, los de la banda tocaban al ataque. El Batallón "Viedma" y el "Tarija" también daban descargas al enemigo. (…) (1960:55).

Había comenzado el tiempo del *"fuego de rifles"*. Quizá fue en ese momento, que con una entereza cristiana y agilidad ostensible, el Capellán General del Ejército boliviano, Fray José Mariano Loza, partió al frente de batalla a auxiliar a sus feligreses en sus últimos momentos (Dalence, 1881:10).

Para los chilenos el nuevo tiroteo fue esta vez devastador. El subteniente Alberto Del Solar, del Regimiento "Esmeralda" registró en sus memorias:

> En aquel momento, y como para no darnos el tiempo de reflexionar, una granizada de balas dirigida sobre nuestras filas cruzó por entre los soldados, en quienes la impresión del silbido del plomo que pasaba rozando los cañones de los fusiles se tradujo por una brusca conmoción y ruido general de bayonetas y caramayolas sacudidas.
>
> Las guerrillas alistaron la recámara de sus Gras, apuntaron e hicieron fuego. La contestación fue una nueva lluvia de proyectiles, esta vez mejor dirigida, que hizo gran número de claros en nuestra línea. Los primeros heridos comenzaron a caer revolcándose por el suelo y dejando escapar lastimeros gemidos o juramentos y rabiosas imprecaciones. A nuestra vez, tomamos parte en el tiroteo y nos ocupamos al frente de nuestras mitades en dirigir el fuego, que se hizo pronto general (Del Solar, 2000:70-71).

Por su parte el subteniente Daniel Ballivián, perteneciente al "Colorados" que observaba el combate desde un millar y medio de metros de distancia en el extremo derecho de la línea de combate de la Alianza, señalaría:

> En aquel punto -ala izquierda-, situado a una milla de distancia, acababa de entrar en acción la infantería. El bravo e incomparable Batallón "Sucre" 2do de Línea, comenzaba a escribir con sangre y sobre la arena calcinada de aquel desierto abrazado por rayos de un sol africano, la epopeya más gloriosa que acaso registran las páginas de nuestra historia (Díaz, 1940:310).

La contienda se desarrollaba cuerpo a cuerpo, intercalada con profuso fuego de fusilería (Mac-kenna, 1881:974). Alba, que miraba el curso de la batalla desde el centro de la línea de fuego de la Alianza, advirtió los estragos causados en las filas chilenas.

> Las guerrillas que estaban al pie avanzaron hacia el enemigo y empezó el fuego de fusilería: los escalones enemigos seguían avanzando sobre nuestra izquierda. Nuestros batallones se arrojaron denodados sobre el primer escalón (chileno) que fue completamente desecho, refugiándose sus restos al segundo que en buen orden avanzaba: nuestros cuerpos chocaron con este segundo escalón que fue así mismo envuelto como el primero: el fuego era increíble, inexplicable, creíamos que la victoria había empezado y sería coronada por ese lado (el izquierdo) (1882:101).

Crónicas de historiadores de Chile son coincidentes: *la división tuvo que abandonar el terreno* (Bulnes, 1914:532), aunque atribuyen la evasión de su tropa únicamente a la falta de municiones y no, como fue, por el fiero empuje del "Sucre" y los otros batallones bolivianos.

El general Narciso Campero, ubicado momentáneamente en el centro de la línea de fuego de la Alianza, junto con el contraalmirante peruano Lizardo Montero repasó con la mirada el combate que se desarrollaban del centro a la izquierda. Contempló el asombroso panorama que presentaba la batalla que involucraba la furia y desesperación de miles de hombres.

Al detener la mirada en el costado izquierdo donde luchaba el "Sucre", advirtió que:

> El combate era más reciamente sostenido, no presentaba sino un densa oscuridad impenetrable a la vista, pero iluminada de momento a momento, como cuando el rayo cruza el espacio en noche tempestuosa. El tronar era horrible o, más bien, no se oía más que un trueno indefinidamente prolongado. En su conjunto era arrobadora, señores, la contemplación de este cuadro maravilloso, a pesar que la íntima convicción de que su fondo no contenía otra cosa que la desolación y la muerte, disfrazadas con deslumbrantes ropajes (Campero, 1880:15).

Al empuje de los bolivianos, sus adversarios empezaron a retroceder ordenadamente y sin dejar de disparar y causar bajas en sus adversarios.

5. En retroceso

El impetuoso avance de tropas bolivianas resultó sin embargo efímero y no pudo sostenerse ni consolidar terreno frente a las oleadas de soldados chilenos de refuerzo que parecían inagotables. En apoyo del "Esmeralda" y el "Valparaíso", las fuerzas restantes de la Primera División de Chile que se hallaban a unos trescientos metros de distancia se desplegaron haciendo un cuarto de convergencia a su izquierda y atacando juntos. El "Chillan" con 554 hombres, el "Naval" con otros 585 y el segundo Batallón del "Valparaíso" con unos 569, cargaron con un total de 1.708 combatientes, un número superior a los ya disminuidas tropas bolivianas.

Alba pintó aquella situación intensa y mortífera para las filas bolivianas.

> Cuando nuestros soldados ya diezmados ocupaban el suelo que había pisado el enemigo y seguían avanzando, aparecieron nuevas reservas, tan frescas y numerosas como las anteriores, que hicieron retroceder a nuestros bravos envolviéndolos en todas direcciones y obligándolos a una retirada sobre su propio terreno (Alba, 1982:102).

Los efectos fueron devastadores para el "Sucre":

> Luego la línea enemiga apareció nuevamente y se comprometió el combate sobre esta ala, siendo de notarse que lo impetuoso de su marcha se contuvo por más de tres cuartos de hora solo por las guerrillas desplegadas. Notada la resistencia, el enemigo formó martillo por medio de una conversión sobre la izquierda, logrando tomarnos a dos fuegos, en este estado dando ambos frentes protegí la guerrilla con el resto del Batallón, sosteniendo el ataque por más de hora y media. La línea enemiga a pesar de sus considerables bajas se doblaba y triplicaba en su número por las reservas que recibía y con fuegos oblicuos y de frente, lograron convertir en una línea de cadáveres a casi todos los Granaderos del Batallón Sucre[112].

Ballivián oficial de los "Colorados" captó también el desigual combate en el que su batallón aun no intervenía:

> Los fuegos del "Sucre", produjeron una tenue y ligera nube, mientras que los de la división chilena que los atacaba, levantaban una densa y negra columna de humo rasgada en todos los sentidos por el fogonazo de los disparos. Hacía el efecto de un inmenso manto funerario tachonado de millares de estrellas de oro (Díaz, 1940:311).

112 Ayoroa, Juan Baptista, op.cit.

El “Sucre” sufrió en verdad más que nadie el mortífero embate del fuego enemigo; entonces soportaron la mayor parte de sus abrumadoras bajas, entre muertos y heridos.

La narración de Claros retrata la mortífera faceta de la arremetida chilena:

> Un jefe Gambarte (del Sucre) trigueño, gordo, pequeño nos alentaba con estas palabras: ¡jóvenes sucrenses valor!, ¡Viva Bolivia! El combate se hizo más recio, por parte del costado izquierdo haciendo una mortandad de los del 2º. de Línea (“Sucre”) y “Viedma”, nosotros quedamos unos seis o siete (…) En mi retirada vi caer muerto a mi lado al capitán Rocabado, del “Viedma” de blusa y pantalón colorado de paño con cinto; a un teniente Camacho, los soldados del 2º (“Sucre”) y el “Viedma” caían de manera exagerada, continuando el primero con más descargas sobre el enemigo con Ayoroa que se hallaba con un caballo blanco (1980:55-56).

Por su parte el argentino del Mármol que había pertenecido al Regimiento “Coraceros” y que ahora apoyaba al Estado Mayor que también había llegado como auxilio refirió:

> Me dirigí al costado izquierdo y me coloqué en la fila exterior del batallón (“Sucre”) 2° de línea (…). En aquel hervidero de balas, peor que tostadera, como decían los bolivianos, parecía imposible que un solo hombre pudiera salvar ileso. Las balas cruzaban sin cesar silbando al oído, o picaban al frente a los costados a retaguardia, levantando cada una su grano de arena para formar esa espesa nube que por todas partes nos rodeaba confundida con el humo (…). Los amarillos, 2° de línea (“Sucre”), recibieron cargas de caballería que rechazaron. Los fuegos que de todas partes venían, hicieron sufrir a éste cuerpo quizás más que a otro alguno (del Marmol, 1880:102).

El recio combate llevaba por entonces algo más de media hora.[113] Con el “Sucre”, el “Tarija” y el “Viedma” a punto de ser arrasados, la posición de la izquierda aliada, donde en rigor de verdad se decidía el curso de la batalla, era insostenible. Campero ordenó entonces que para socorrerla avanzaran al combate los batallones peruanos “Huáscar” y “Victoria”, y que se sumaran las tropas bolivianas del “Vanguardia”, “Coraceros”, “Escolta” y los “Libres del Sur”, esta última con sus tres compañías. En total los bolivianos sumaban unos 600 hombres. Los

113 La cronología boliviana y chilena, no coinciden. Claros dice que el tiroteo se inició a las 10. Ramallo asegura haber consultado su reloj y eran las 10 y 10 a.m. cuando les instruyeron ir en refuerzo de la izquierda, pero los partes chilenos aseguran que la refriega comenzó recién pasadas las 11 de la mañana.

"Libres" y el resto de las unidades de caballería dejaron sus famélicos caballos, *echaron pies a tierra*[114] y partieron a combatir[115].

> Llegó en esto un ayudante del Estado Mayor, que dijo algo a mi jefe, el que ordenó al corneta tocar atención. Todos corrimos a nuestros puestos. En ese momento el silencio era imponente: tal vez todos alzaban una plegaria o pensaba en los objetos más cerca a su corazón (Ramallo, 1901:48).

Ramallo, autor del relato anterior que comandaba la segunda compañía de los "Libres del Sur", se refiere a los delgados *detentes* de tela sagrada, ultima tabla de salvación sagrada pegada al cuerpo.

Las reservas empezaron a bajar en protección (Alba, 1882:102). Por su parte, Ramallo que se plegó a ese movimiento junto al "Vanguardia", rememoró:

> A los pocos momentos se vio aparecer por las cumbres de los montículos, bayonetas, luego quepis y finalmente el busto de los enemigos; su aparición fue saludada con una nutrida descarga que debió ser tan eficaz que los puso en desorden y los hizo retroceder apresuradamente. Un hurra dieron los bravos hijos del sud y llegaron a la cumbre del montículo pasando sobre los cadáveres de sus enemigos, los que rehechos contestaron con un fuego diabólico (1901:52).

Tras sorprender y confrontarse a tiros en la cresta de una loma con una avanzada del Regimiento "Chillán", divisó el crudo panorama de guerra.

Los "Libres del Sud", al avanzar hacia las posiciones iniciales que ocupara el "Sucre" al inicio del combate, constataron *in situ* la sangría en grandes costos humanos causadas por la ofensiva chilena que él y sus hombres venían a intentar detener.

> El "Sucre" 2 de Línea, sucumbió casi por completo. Cuando llegamos sobre la línea donde momentos antes combatió este heroico cuerpo, hallamos a nuestros (compañeros[116]) mezclados con los gloriosos "Amarillos" (Ibíd.).

---

114 "El Comercio", La Paz, 30 de julio de 1880.

115 Hubo una orden expresa para que la caballería boliviana no combatiera montada, por el mal estado de sus animales y el inadecuado armamento. Coronel Juan Saravia y Espinoza. "Informe de la Comandancia de la División "Vanguardia", La Paz,23 de junio de 1880. "La Patria", 23 de junio de 1880. La División estaba compuesta de los Regimientos "Libres del Sur", "Escuadrón 1 y 2 Escolta" y el "Vanguardia" de Cochabamba.

116 Se refiere a los 24 que partieron muy temprano con Manuel Claros.

El “Sucre” había combatido casi hasta su exterminio, pues gracias a su mayor número y mejor armamento, los chilenos se habían impuesto.

Pese al desgaste de este batallón y el otro par de unidades bolivianas apostadas en primera línea, gracias a los refuerzos peruanos y bolivianos, por un fugaz momento, las tropas de la Alianza recuperaron parcialmente el terreno que los del “Sucre”, el “Viedma” y el “Tarija” habían ocupado antes de caer en masa; sin embargo la posición no se pudo mantener por mucho tiempo en sus manos.

Ramallo describiría la situación cambiante:

> Desalojados los enemigos, continuamos en avance y vimos la llanura, que avistamos de improviso, una inmensa línea de fuego sobre la que flotaban nubes de humo, cubriendo por momentos la línea de batalla. El espectáculo era a la vez imponente y aterrador; nuestras filas comenzaban a clarear; la muerte había empezado a segar existencias que eran una esperanza. (…)
>
> Aumentaron los refuerzos chilenos; los regimientos “Navales” y “Esmeralda” nos atacaban con brío, y nos vimos así como todos los cuerpos, precisados a retroceder abandonando el campo ganado palmo a palmo y donde dejábamos tantos seres queridos a nuestro corazón (1901:55).

Alba, por su parte, que continuaba observando azorado la ardua disputa, constató que:

> Nuestras fuerzas cada rato más diminutas, retrocedían en orden: cada momento eran más estrechadas en nuestra izquierda y centro (...). (1882:102).

La izquierda de la Alianza era en propiedad un hervidero de fuego y de muerte.

> Esas inmensas llanuras de Sama donde la muerte hacia desaparecer a los hombres por centenares, son testigos que no faltó el valor ni la constancia a los que defendían el santo suelo de la Patria: el número siempre mayor, se sobreponía al valor y el arrojo de nuestras fuerzas. Los supremos esfuerzos quedaban ahogados por los numerosos regimientos enemigos que volvían a llenar los claros que abrían nuestros esforzados soldados. El fuego de la artillería mezclado con el de los rifles era tal que el ánimo más sereno se turbaba y se confundía en aquella hoyada, donde parece que estallaban a la vez todos los rayos de todas las tempestades (Alba, 1882:102).

Los escasos sobrevivientes del “Sucre”, al mando del coronel Ayoroa montado en un caballo blanco, continuaban disparando junto al resto de las disminuidas fuerzas bolivianas. *La situación* -diría- *era insostenible (E)l suelo estaba en ebullición por tanta bala que de flanco y de frente nos daba los chilenos*[117].

6. Batallando en el Centro

Casi a la misma hora las tropas de la Segunda División de Chile combatían contra los batallones de la Alianza situados en el centro, aunque al fragor del combate la tropa se desplazó a la izquierda tanto por el movimiento propio de la confrontación tanto por ser llamados en apoyo de ese sector formando en propiedad una sola línea.

La Segunda División de Chile, que se había movilizado unos momentos más tarde que la Primera, se confrontó con los diversos batallones. Los peruanos “Zepita” y “Cazadores del Misti”, el “Arica”, además de otros y los bolivianos “Grau”, “Loa”, “Padilla y “Chorolque”. Para protegerlos, en la parte delantera se ubicó un cañón y dos ametralladoras, que, iniciado el combate, fueron reforzados con dos piezas de Krupp desplazadas desde la derecha (Querejazu, 1979:536).

Al inicio del ataque la tropa invasora estaba integrada por el “Santiago” con 892 efectivos y el “Segundo de Línea” con 631. Esta unidad que venía dolida por la derrota sufrida en Tarapacá se enfrentó a su némesis de aquel día: El “Zepita”. En pos de revancha avanzó hasta 30 o 40 metros trabándose con ellos a tiros y luego en combate cuerpo a cuerpo. Poco más tarde el curtido “Atacama” que había combatido en las batallas de Pisagua, Tarapacá y Los Ángeles y contaba con 652 plazas se movió al fragor del combate levemente desplazado hacia el ala derecha de la Alianza

Pedro R. Vargas Jefe del Batallón Padilla, boliviano, informaría luego del combate:

> (D)imos un fuego nutrido y ganando terreno a cada descarga hasta desalojar a aquél (…) no debo omitir que los cuerpos Chorolque y Grau que estaban a nuestra derecha cargaron con igual bizarría (…) El batallón Arica de nuestra izquierda rivalizó con entusiasmo y decisión. El paso con que avanzó fue siempre el de la carga hasta arrojar y hacer dar media vuelta a la fila enemiga (Querejazu, 1979:547).

117 Ayoroa, Juan Baptista, op.cit.

El Comandante del Batallón “Chorolque”, también boliviano, consignaría en su Parte de Guerra.

> Pasados unos minutos, mandé que toda la unidad se desplegase. Esto se verificó de un modo tan recio y a un paso tan acelerado que arrollamos a la guerrilla contraria. (Ibíd).

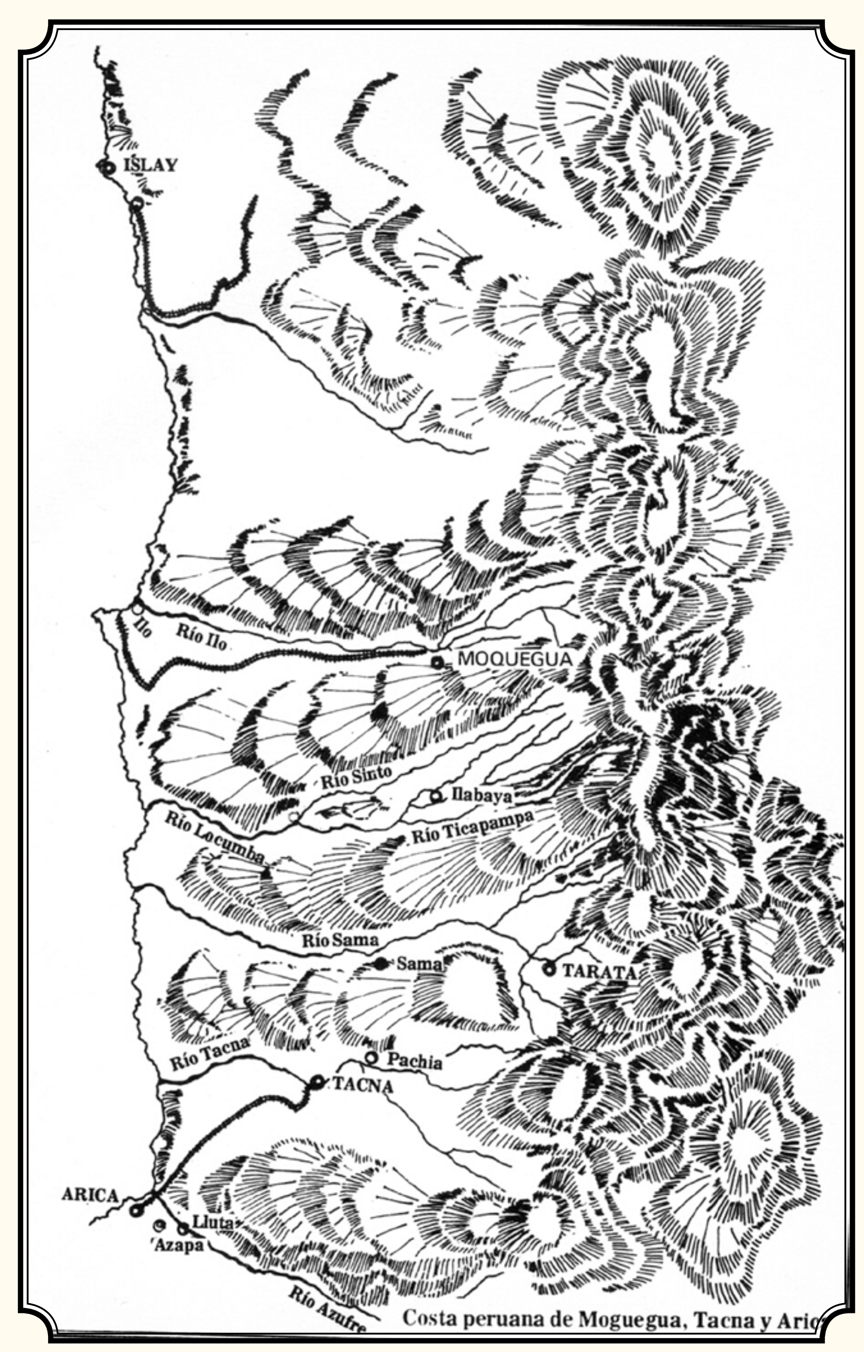
Las tropas chilenas no pudieron soportar la primera arremetida de la Alianza y sus bajas crecieron a los 20 o 30 minutos de combate. Retrocedieron sin desbandarse. La narrativa de sus cronistas no es muy distinta a la de los bolivianos, confirmando que los partes de estos oficiales no exageraban para obtener una gloria que no lograron en el combate.

El Comandante del 2 de Línea, coronel Estanislao del Canto, señaló al respecto:

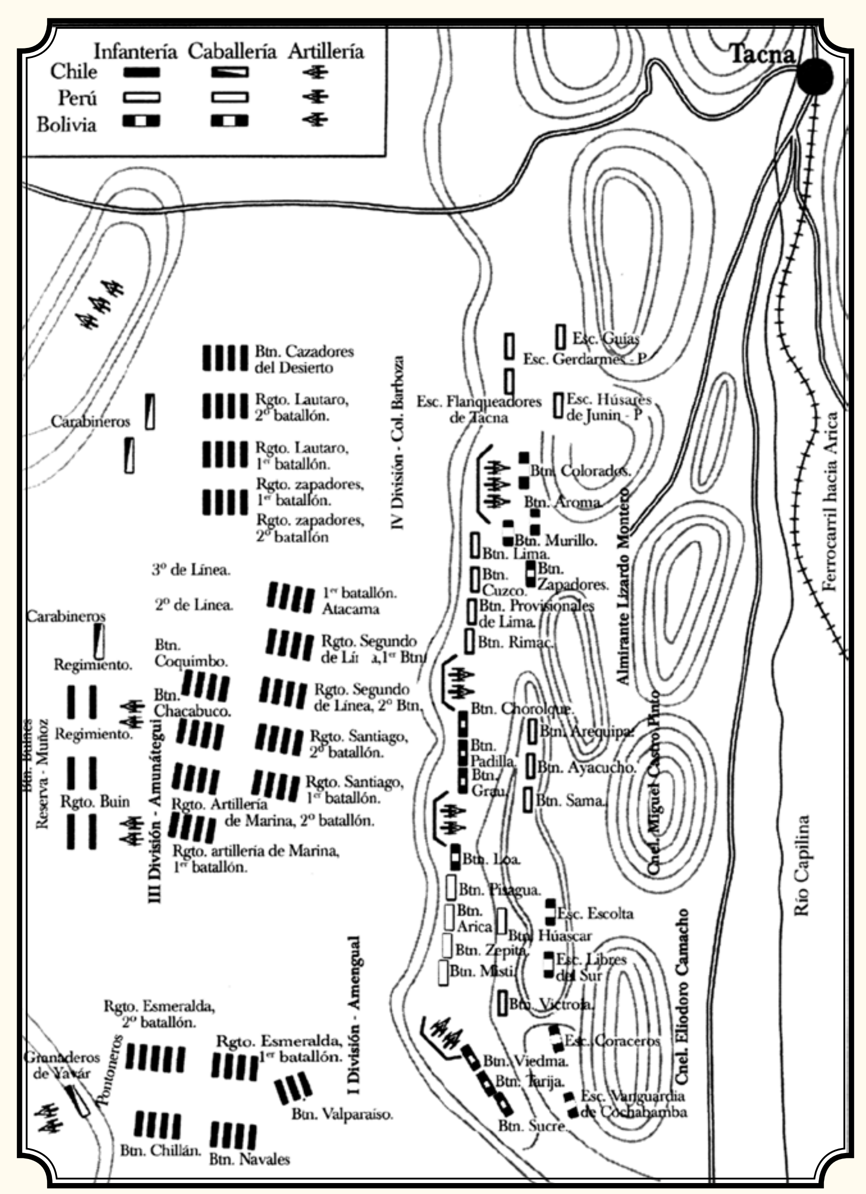
> Como las bajas que había experimentado el regimiento eran considerables y avanzasen sobre nosotros tropas de refresco despaché sucesivamente a mis dos ayudantes para que fuesen a pedir refuerzo[118].

Buscaban apoyarse en la Tercera División, que contaba con 2.058 efectivos y que todavía no ingresaba al combate.

[118] “Parte del coronel Estanislao del Canto”, Tacna, 28 de mayo de 1880, http://www.laguerradelpacifico.cl/PBTN.htm



Fuente: *(Querejazu, 1979)*



Fuente: *(Sater, 2016)*

CAPITULO VI
ESPERANZA Y DERROTA



Mientras en el centro se libraba un duro combate, el presidente Campero, al darse cuenta que el nuevo refuerzo en el ala izquierda no era suficiente para contener a los chilenos, ordenó un contraataque de conjunto para consolidar el avance.

1. Colorados y Aroma: Al ataque

Nuevas fuerzas bolivianas y peruanas se desplazaron desde el centro y la derecha que quedaron desguarnecidos. La Segunda División de Perú, al mando del coronel Andrés A. Cáceres acometió igualmente de forma decidida (Cáceres, 1976:59). Como resultado las fuerzas chilenas cedieron terreno y su ataque quedó bajo amenaza de fracasar (Ekdahal, 1919:234). Nuevamente, por un esquivo momento, la diosa de la victoria sonreiría a la Alianza, hasta que la realidad de la guerra se impondría en su contra, como se verá a continuación.

Por intermedio de su edecán, coronel Agustín López, ordenó Campero que los "Colorados" y el "Aroma 4º", se desplazaran desde el extremo derecho donde estaban en la reserva. Hizo lo propio con el Batallón "Provisional Lima", que vino del centro[119]. En total sumaban unos 1.500 hombres. Para apresurar su marcha él mismo presidente de Bolivia se desplazó a traerlos. Los condujo a paso acelerado desde el extremo derecho de la línea de combate de la Alianza, que en ese momento no soportaba una fuerte presión de las tropas chilenas.

Testimonió el subteniente Ballivián:

> Formábamos con el Aroma, la reserva general del Ejército y ocupábamos una colina en el extremo de la derecha de la línea inmediatamente a retaguardia del fortín en que se hallaban emplazados cuatro cañones Krupp de montaña (Díaz, 1940:228).

Tenían la instrucción de contraatacar para cubrir los caídos y detener el desordenado vacío que se presentaba en parte de las filas de la Alianza (Basadre, 2015:69). En algún momento se abrió un hueco en el frente de la Alianza, justo cuando llegaban los nuevos refuerzos. El batallón peruano "Victoria" *se replegó desordenadamente* según expresión de reconocido historiador peruano, Jorge Basadre, oriundo de Tacna (2015:69). Claros aseguró por su parte que *se había evaporado* (1980:56), Ramallo que *volcaron caras* (1901:58) y Campero los

[119] Su comandante José Díaz informará que al mediodía recibió la orden de proteger *la izquierda de la línea* y se desplegó en guerrilla a la derecha del Batallón Colorados *que ejecutaba el mismo movimiento*. Tarata, Perú, 30 de mayo de 1880 (Ahumada, T.II, 1885:585).

acusó de que *había cedido el campo* (1880:15-16). Pantaleón Falconí, comandante del batallón aludido señalaría en su defensa que al retirarse tropas bolivianas *envolvieron* a tres de sus compañías y ya no se pudo restablecer el orden[120]. Como fuese, lo constatable es que se hizo inútiles esfuerzos para detener la dispersión. Campero afirma que incluso ordenó a las tropas recién llegadas que *hicieran fuego sobre los que huían* (Campero, 1880:16); (Dalence, 1881:12).

Pese a las deserciones, la nueva avalancha ofensiva de la Alianza forjó una impetuosa y amenazante ola roja. Comandaba la acometida el coronel Idelfonso Murguía. Oriundo de Oruro de 42 años, alto y de larga barba, *hombre de mucha plata y mucho garbo* (Claros,1960:35). Montaba a caballo e iba acompañado de sus ayudantes y corneta de órdenes. *¡Colorados! ¡Frente a la derecha!* fue su instrucción. Bajo las órdenes del gigantesco Murguía y del teniente coronel Felipe Ravelo, nacido en Sucre y de 35 años, los soldados se movilizaron al encuentro del enemigo a paso redoblado y armas a discreción. La banda de música los despidió tocando "En las Canterías", la marcha predilecta de los "Colorados".

Ambos batallones bolivianos tenían uniformes similares pues vestían de chaquetas coloradas, tanto que al "Aroma" lo denominan como "Coloraditos". La distinción estaba en el pantalón, blanco con tira negra y vivos colorados de los primeros y gris también con tira colorada de los segundos. Integraban el "Colorados" una tropa de 503 soldados y 47 entre jefes y oficiales.

Por su parte el Batallón "Aroma" estaba conformado por 326 soldados y 36 jefes y oficiales. Los comandaba el coronel Balvino Doria Medina, de mediana estatura, oriundo de La Paz pero la tropa procedía de Quillacollo, Tapacarí y el Valle Bajo de Cochabamba; en su mayoría eran artesanos mestizos y algunos labradores indígenas, el grueso de habla quechua.

Claros, sintió alivio al verlos.

> A las 12 y media sería que los "Colorados" por cerca de la ambulancia, venían a paso ligero; al trote a protegernos; fue un consuelo para todos ver aparecer este cuerpo aguerrido de Bolivia. Se fueron sobre el enemigo por ese plano inclinado confundiéndose con ellos entre la polvareda y el humo (Claros, 1960:52-56).

---

120 Parte de Pantaleón Falconí, Tarata, Perú, 30 de mayo de 1880 (Ahumada, 1885:582).

Lo propio ocurrió con Ramallo:

> Nuestro desastre era evidente, y de un momento a otro íbamos a ser rodeados y muertos los pocos que quedábamos de mi destrozado Regimiento
>
> En esto sentí marcha presurosa y acompasada y voces viriles y enérgicas: torné la vista y respiré al ver al Batallón "Colorados" que al paso gimnástico venía en protección de la línea (1901:54).

Ayoroa recibió el mismo bálsamo al observar el triunfal ingreso a la batalla:

> En este estado aparecieron los Batallones 1° Alianza (Colorados) y 4° Aroma y con el denuedo y empuje de estos cuerpos se rechazó al enemigo, tomándoles varias piezas de artillería y prisioneros[121].

El Batallón "Provisional de Lima" por su parte se desplegó en guerrilla a la derecha del "Colorados". Llegaron igualmente dos cañones Krupp al mando del teniente coronel boliviano José Manuel Pando, que cayó herido en el brazo izquierdo durante la refriega, resultado posteriormente preso. Sus colaboradores, tras la batalla y la subsecuente derrota lograrían con muchos esfuerzos trasladar ambas piezas a Bolivia sorteando cumbres y la planicie altiplánica. Actualmente se hallan en las instalaciones del Colegio Militar en La Paz, Bolivia.

1. Sacrificio del "Sucre".

"Aromas" y "Colorados" cruzaron el arenoso campo de batalla. Pronto tendrían una primera y dramática impresión de lo que podía aguardarles más adelante. Al comprobar los innumerables muertos y heridos tendidos sobre la arena candente, como a los escasos sobrevivientes del "Sucre" que continuaban lidiando sin dar tregua, las avanzadas de los "Colorados" repararon *in situ* los crudos impactos de la batalla donde se adentraban.

Relataría el subteniente Ballivián:

> Mientras avanzábamos en esta forma, pisándole los talones al "Aroma" que iba a la cabeza, divisé hacia la izquierda y sobre una eminencia que dominaba al campo de batalla, la silueta gigantesca de mi tío Néstor (Ballivián), teniente coronel del ejército y 2° jefe del "Sucre". Montaba una mulita aparejada, de tan escasa alzada que los pies del jinete casi tocaban el suelo. Me

121 Ayoroa, Juan Bautista, op.cit.

dirigí a él preguntándole:

- Tío ¿y su batallón?

- Ya no existe

- ¿Cómo? ¿Es posible que ya no exista?

- Ha sido segado por fuego enemigo. Ya verás sus cadáveres cubriendo toda la extensión de aquella pampa, - señalando con el brazo hacia la izquierda.

- ¿Y su caballo?

- Me mataron los dos que tenía,

- Y usted ¿por qué está pálido?

- Porque esta heridita me ha hecho perder mucha sangre.

Di vuelta a mi caballo y noté que de la pierna izquierda le manaba abundantísima sangre que se embebía en la arena.

- Pero, tío, usted no debe permanecer así, sin curarse, retírese a la ambulancia.

- ¡Qué ocurrencia! Hay que ver todavía en qué paran estas misas y si aún se puede hacer algo.

- ¡Adiós, tío!

- ¡Adiós, hijo! (Ballivián, 1919:24 -25)

El "Aroma" y los "Colorados" avanzaron unos trescientos metros por el campo de batalla, todavía indecisa tierra de nadie.

Ordenó Murguía:

¡Colorados! ¡Frente a la derecha¡ ¡marcha en batalla, guía al centro¡.

¡Rotos de Espantajo, amárrense los calzones que ahora entran los Colorados de Bolivia!

Las chaquetas coloradas abandonan su formación cerrada para dispersarse en guerrilla y avanzan así, sin hacer fuego, hasta tener al enemigo – que también avanza- casi al alcance de su mano… El enemigo se detiene. Luego retrocede y es perseguido de cerca en medio de un japapeo delirante[122].

122 "Parte de las operaciones de la División reserva, compuesta de los Batallones "Alianza No. 1 y Aroma No. 4", en la jornada de 26 de mayo, en el campo de la Alianza. El parte fue escrito por Balvino D. Medina, jefe del "Aroma", publicado por El Comercio, La Paz, 31 de octubre de 1880. El comandante del "Colorados", Idelfonso Murguía herido, se hallaba preso de los chilenos.

Los bolivianos fueron recobrando terreno perdido. Tal como antes lo observaron los integrantes de los "Libres del Sur" a su paso por este recodo del campo de batalla descubrieron el horror de la batalla y el sacrificio del "Sucre".

> Un poco más y llegamos al sitio hasta donde alcanzaron a llegar las compañías 5ª y 6ª del "Sucre" para desplegarse en guerrilla y tenderse de bruces en la arena. Ellas están allí, casi completas. Los claros dejados por los sobrevivientes por los que, heridos o ilesos alcanzaron a salvar del diluvio de plomo, son muy pocos. En cambio, los caídos, marcan todavía la línea con sus cuerpos.[123] Los espacios prescriptos por la "guerrilla de San Juan", han sido rigurosamente conservados: cuatro pasos de hilera a hilera y dos de hombre a hombre. Es una línea larga, de más de doscientos cincuenta metros. Una línea de chaquetas amarillas, pantalones blancos y el morrión colorado cubierto con funda blanca. Doscientos metros más allá, está la segunda guerrilla compuesta por las compañías 3ª y 4ª, y otros doscientos metros más adelante todavía, la tercera, correspondiente a la 5ª y 6ª. En esta última los estragos causados por el fuego enemigo han sido espantosos. ¡Casi no hay claros! ¡Casi todos han muerto! ¡Son tres guerrillas de cadáveres…!
>
> La mayor parte han recibido la herida fatal en la cabeza y han quedado en la actitud en que se encontraban combatiendo. Están allí, de bruces, besando esa tierra que no es la suya, en ademán de estrecharla en mortal abrazo y como si quisieran defenderla aún después de muertos, formando con sus cuerpos ensangrentados, una barrera infranqueable al avance del enemigo… (Ballivián, 1919:26-27).

La misma constatación que momentos antes tuvo Ramallo, ya relatada. La "Guerrilla de San Juan"[124] hace alusión a un esquema decimonónico de avanzadas organizadas en filas y con espacios rígidos entre combatientes en columnas (tres metros aproximadamente de distancia entre cada una) y en filas (metro y medio). La tropa carece de flexibilidad para moverse ni adaptarse al terreno en busca de protección. Impertérrita debe permanecer en pie recibiendo el fuego enemigo.

---

[123] En otro relato Ballivián dejó constancia que: *Cuando horas más tarde el "Colorados" fue a reforzar a aquella ala (izquierda) se encontró con que el Batallón "Sucre" había desaparecido y que el campo estaba cubierto de chaquetas amarrillas en las que aun tendido en el suelo, seguía luchando un diminuto puñado de héroes -5ta y 6ta compañías- restos gloriosos del que había sido Batallón "Sucre" 2do de Línea* (Díaz, 1940:311).

[124] Ver *Instrucción de la guerrilla por el Sr. Don Felipe de San Juan, compuesta y aumentada por el teniente coronel Alfonso Balderranabo*. Tercera Edición, Lima, Imprenta del Río, 1822. En este y otros tratados militares la acepción de guerrilla es distinta a aquella que popularizó Ernesto Guevara. Se trata más *bien de la separación o dispersión metódica de una tropa*, de su cuerpo principal para encubrirlo y proteger, llevar la vanguardia de las columnas o flanquear sus marchas para realizar reconocimientos.

Aludiendo al tendal de muertos y heridos que yacían en el campo arenoso, Ballivián rememoró años más tarde que:

> Los Colorados pasan saltando para no pisar los cadáveres, y al ver a sus "primos" sesgados por la guadaña de la muerte, frunce el ceño y aceleran su triunfal carrera. En sus corazones de titanes ha mordido el anzuelo feroz de la venganza (Díaz, 1940:312).

Sin detenerse, salvo para intentar socorrer a los heridos, los "Colorados" y otras unidades de la Alianza siguieron progresando en la ocupación del campo de batalla frente a un adversario que descompuesto retrocedía aunque en orden.

Se informaría posteriormente:

> La orden de avance se cumplió pasando sobre cadáveres. Logramos restablecer la línea en 17 minutos de mortífero fuego, quedó en ese punto restablecida la línea; los batallones "Esmeralda", "Santiago" y "Navales", que habían avanzado hasta muy cerca del campamento ocupado antes por la división del ala izquierda nuestra y formada del "Sucre" número 2, "Tarija" Núm.7 y "Viedma" Num. 5 (…) tuvieron que cedernos terreno huyendo en vergonzosa fuga y puestos en vergonzosa fuga por los bravos del 1ro. de Bolivia[125].

La estrategia boliviana dio resultados. Según el militar francés Raoul Duvisson, que se hallaba en filas chilenas, el general Campero había ordenado un ataque simultáneo que abarcara toda la línea aliada concentrando las mejores tropas en el sector de la izquerda, para envolverla y atacar luego a la derecha.

El corresponsal de guerra de El Mercurio de Valparaíso, en su balance posterior a la batalla, describió por su parte que:

> (L)os bolivianos no cejaban su defensa, y los Colorados sobre todo se batían denodadamente, sin abandonar sus posiciones, alentados por la voz y el ejemplo de sus jefes y oficiales, todos ellos la flor y nata del ejército bolivianos.
>
> Nuestras bajas eran, por tanto, cada vez mayores, porque los Colorados apuntaban con serenidad y tino[126].

En medio de *un fuego espantoso* se combatía a furiosamente a escasa distancia, y en muchos casos cuerpo a cuerpo, *disparando a quema-ropa*, tal como calificaría un corresponsal de guerra. Los

125 Parte de Balvino D. Medina, op. Cit.
126 Se publicó en Bolivia en "La Prensa" de La Paz durante julio de 1880. Reproducido en (Castegneto, 2016:331 y ss).

bolivianos tomaron cinco cañones, una ametralladora y varios fusiles Winchester y Comblain de los chilenos.

El enviado del Mercurio de Valparaíso, Eloy Caviedes constataría las desventajas que atravesaban las armas de su país:

> La primera compañía, que acudió en auxilio de la segunda, fue también envuelta en compactas masas, y viéndose en extremo peligro de caer toda en el campo o de ser hecha prisionera, tuvo que batirse en retirada perdiendo mucha gente. Casi la misma suerte corrió la tercera… Las tres compañías se replegaron entonces a las restantes, y el enemigo ocupó victorioso las posiciones que antes tenían las avanzadas del Atacama. Bien es verdad que el Valparaíso se batía en retirada paso a paso y en tanto orden como al hacer un ejercicio; pero aquella disciplina del veterano batallón que mantenía a raya el enemigo, no era bastante para impedir el avance de éste por el lugar que antes ocupaba el Esmeralda. El enemigo continuaba, mientras tanto, su movimiento de avance, y pronto acabaría de envolver a los atrevidos Navales (Castegnato, 2016, 314-319).

Momentos cruciales para las armas de Chile, calificó al crucial lapso su reconocido historiador, Benjamín Vicuña Mackenna.

> Era la hora del medio día en punto, y la batalla se balanceaba sobre el pecho de los combatientes, sonriendo la inconstante fortuna a los aliados, porque mientras el centro vacilaba, los Colorados, los Amarillos y los Aromas no soltaban su presa ni aun al filo del sable de los Granaderos (1881:983).

Las tropas chilenas de la Primera División se retiraron ordenadamente, recorriendo unos tres kilómetros mientras lo propio ocurría con la Segunda División. Se hallaban ciertamente en una difícil encrucijada, que ponía en riesgo sus vidas y la suerte de la batalla. Viéndose severamente amenazados contraatacaron con su caballería de medio millar de Granaderos.

2. Avance frustrado

> El retroceso del ala derecha del ejército chileno no fue duradero pues en tal circunstancia la caballería que reforzaba ese extremo cargó sobre lo más fuerte de su enemigo (Barros Arana, 1914:236).

Los chilenos se cobijaron en su caballería que cargó contra la tropa colorada *cual tormenta*[127]. El corneta de los "Colorados", Juancito

[127] "Parte operaciones de la División Reserva, compuesta Batallones "Alianza" y "Aroma No. 4" en la jornada del 26 de mayo, en el Campo de la Alianza". Está suscrito por el coronel Balvino Doria Medina. "El Comercio", La Paz, 7 de julio de 1880.

Pinto, apenas un niño, transmitió la orden de replegarse y formar defensa. Era al promediar la una de la tarde, minutos más, momentos menos, cuando Alba que observaba a la distancia cotejó el desarrollo del combate:

> Los Colorados hicieron un empuje sobre el enemigo que quedó arrollado, descompuesto por todas partes y en completa derrota: fue en esta circunstancia que desprendiéndose fuerzas de caballería chilena vinieron a protegerlos y acometieron a los Colorados que formando grupos volvieron a dispersarlos quedando siempre dueños del campo (Alba, 1882:103).

Una descarga que parecía hecha por un solo hombre lo(s) recibió, y después otra y otra. Eran los *"cuadrilongos"*, anillos apretados al estilo romano que Murguía había instruido se ejerciten justo antes de la batalla. Los bolivianos resistieron las cuatro cargas chilenas, para luego arremeter y perseguir a los chilenos en retirada.

José Pedro Pérez, subteniente del "Aroma" rememoraría:

> Llenos de coraje, pudimos hacer retroceder, varias veces á las fuerzas enemigas. Nuestras municiones se agotaron, pero no se agotó la sangre ardiente que circulaba por nuestras venas; rechazamos á la caballería chilena, que cargaba sobre nosotros en carrera vertiginosa, formando cuadros y calando nuestras bayonetas[128].

En la confusión y en medio de la polvareda, los impetuosos hombres montados de Chile degollaron a algunos de sus propios compatriotas de la infantería[129].

Testimonio de Ramallo:

> (V)olvieron grupas dejando el campo sembrado de cadáveres y atropellando a sus infantes (1901:54).

Las tropas de la Alianza no salieron ilesas pues la carga destruyó su retaguardia. Empero el "Colorados" y el resto de las tropas bolivianas y peruanas se dieron modos para ganar terreno y avanzar a bayoneta calada.

Crónica del coronel boliviano Miguel Aguirre:

---

128 El Ferrocarril", Cochabamba, 25 de agosto de 1913. https://semanarioeltunari.wordpress.com/2012/03/24/los-coloraditos-en-la-guerra-del-pacifico/

129 *(E)nvueltos los granaderos en nubes de polvo que los cascos de su caballos en su carrera levantaban, pasaron a llevarse de camino y sablearon a varios soldados de la división Amengual, especialmente del cuerpo de Navales* (Mackenna,1880:986).

> En medio de la inmensa polvareda y del humo de la batalla, las fuerzas de nuestra izquierda y centro parecían fantasmas que se arrojaban vomitando fuego sobre las líneas contrarias obligándoles a retroceder en su mayor parte (1880:13).

> Si esta situación hubiera durado diez minutos más,—reconoce un oficial chileno—es seguro que no habría quedado uno solo de nosotros con vida después de la jornada (Del Solar, 2000:74).

Sus palabras muestran una síntesis de situación al promediar las 12 horas[130].

El corresponsal de guerra de El Mercurio de Valparaíso, confirmaría a sus lectores y lectoras el momento adverso que pasaban sus fuerzas.

> Eran como las doce del día, y a esas horas se oprimía el corazón al contemplar aquel extenso campo de batalla que jugaba la suerte y la gloria de la patria. Nuestras líneas, tan débiles como extensas no habían recibido aún refuerzo alguno. Eran siempre los mismos 4.500 hombres que había entrado desde el principio en combate…hacia una hora, pero reducidos quizá a la mitad de ese número[131].

Por su parte, el historiador Bulnes describió la dramática situación de su Ejército:

> Habría podido creerse que la batalla estaba perdida por los chilenos, pero no era así. Hasta entonces no había entrado en acción más del cuarenta por ciento del ejército (1914:334).

Por un fugaz momento en el Campo de la Alianza en efecto se vivió nuevamente la ilusión del triunfo entre los mandos y soldados peruanos y bolivianos (Alba, 1880: 103). Duró hasta que los agotados chilenos recibieron refuerzos de la intacta Tercera División al mando del coronel José Amunátegui, *sacada del fondo de nuestras líneas* (Mackenna, 1881:1007). Se trataba de *(C)uerpos de refresco, descansados, amunicionados, tomaron la delantera de los que soportaban el cansancio del combate* (Bulnes, 1914:339). Reservas de las que carecían las fuerzas de la Alianza que habían empeñado en la ofensiva todo su esfuerzo y todos sus hombres.

130 Las trece horas según la contabilidad de Claros.

131 Nuevamente la cronología de ambos bandos sufre un desfase para los narradores bolivianas es la una de la tarde para los chilenos poco más del medio día.

En unos de esos momentos, cuya hora y lugar es imposible de establecer, el médico Dalence observó:

> Ocurrió en ese momento un incidente digno de mencionar: un morenito de menos de doce años, tambor de órdenes del Batallón "Alianza" se había aproximado a nustro campamento y burlado por alguno de los sanitarios, a causa de haber dejado su puesto de combate, replicó cuasi lloroso de despecho "que no se habia dado arma alguna", e instantánemente le vimos forcejeando con u paisano para quitarele el rifle que éste decía hallarse descompuesto; y una vez que consiguió arebatarle y obtener con amenza su municiones le vimos dirigirse al lugar en que evidentemente seguía combatiendo su cuerpo (Dalence,1881:12).

Niños, quizá huérfanos o hijos de los propios soldados y, cumplian las tareas de mensajeros y de músicos en la banda tocando el tambor para transmitir órdenes, por lo que marchaban muy próximos al jefe del batallón o regimiento.

Cuando la intensa lucha ya llevaba poco menos de dos horas[132], la "Artillería de Marina" con 647 hombres se integró a las tropas de la Primera División y juntas atacaron a la ya muy debilitada izquierda de la Alianza. *Entonces las reservas chilenas se movieron y avanzaron sobre nosotros, como avanzaría una muralla señalaría Ramallo* (1901:54). Los dos solitarios cañones Krupp a cargo de Pando, no fueron suficientes para detener el avance de los efectivos de Chile.

El comandante del "Aroma" relató:

> El enemigo, ya inmensamente superior, en número, elementos y descanso, amenazaba envolver nuestra disminuida tropa. Nuestros flancos estaban a poco tomados y ocupados, de manera que aquella avalancha humana formaba un semicírculo, semejante a un herraje de fuego a nuestro alrededor[133].

De manera coincidente, el coronel Ayoroa que comandaba las escasas tropas sobrevivientes del "Sucre" se enfrentó también con la situación adversa.

> Mas como este (el enemigo) recibía nuevos refuerzos, fue imposible seguirlos arrollando y se emprendió la retirada con

---

132 Las horas divergen de acuerdo a los protagonistas. Aquí tomamos el recuento del boliviano Claros. Fuentes chilenas pertenecientes a la Tercera División señalan que las órdenes de movilizarse ocurrieron entre las 11.15 y 11.30, lo que se contradice con otras informaciones procedentes del mismo bando que señalan que para esa hora el combate no se había iniciado todavía en ningún frente.

133 D. Medina, Balvino, op.cit.

fuego perdiendo terreno, cediendo el campo ante el inmenso número del enemigo[134].

Casi simultáneamente el "Coquimbo" y el "Chacabuco", compuesto por veteranos disciplinados y bien armados, con 527 y 542 efectivos respectivamente, entraron en la lidia reforzando el ataque al centro de los Aliados. El empuje del asalto chileno en esta ala fue irresistible (Ekdahl, 1919:238). *La fatiga, la sed, la escasez de munición, el no aparecer refuerzo alguno*, según confesó el comandante del "Chorolque" conspiraron contra las tropas bolivianas (Querejazu, 1979:555). La infantería de la Alianza trató de volver a su posición en el alto de la meseta, sin que todos pudieran lograrlo. Las bajas en muertos y heridos fueron significativas. Ramallo contaría que vio tendidos decenas de cadáveres del "Grau", el "Padilla" y el "Chorolque" como del "Zepita" peruano.

El renombrado oficial peruano Cáceres, héroe de su país, ilustró igualmente el dramático momento el frente aliado:

> (N)os faltaban refuerzos para cubrir las bajas y sostener la impulsión del contraataque; refuerzos que ya no era posible obtener, porque todas las reservas estaba empeñadas en la línea de combate.
>
> El enemigo, fuertemente reforzado, volvía, en tanto, al ataque. La lucha era tremenda. El fuego que se nos dirigía de todas partes diezmaba mi división y la de Suárez, y hubo momentos en que estuvimos en un tris de ser completamente envueltos, pues el resto de la línea no había acompañado nuestro avance, por hallarse también combatiendo duramente en sus propias posiciones (1976:59).

Alba, recogería ese trascendental momento cuando pasó de la euforia a la desilusión:

> Cuando creíamos que con este empuje supremo, nuestro bravos avanzarían siempre; nuestra izquierda en derrota se rehiciera y los esfuerzos de tantas horas de disputa serían coronadas con el triunfo; divisamos que en medio de la pólvora seguía su marcha los escalones frescos que estaban a nuestra derecha, con este auxilio tan poderoso al que no había tiro que oponer, se rehicieron los chilenos y volvieron al combate (1880:103).

Ya nada pudo hacerse frente a la marea y el empuje de la reserva chilena. Esta fase del combate duró aproximadamente una hora y

[134] Ayoroa, Juan Bautista, op. cit.

media. Las filas de la Alianza se diezmaban a cada momento. Cayeron heridos y presos los principales jefes de los “Colorados”, Ravelo en la pierna y la pantorrilla izquierda y Murguía con dos disparos en las extremidades inferiores que fue apresado por fuerzas del Regimiento de “Artillería de Marina”. Camacho alcanzado por el casco de una granada en el bajo vientre aunque dado por muerto fue socorrido por la Ambulancia de Bolivia. Poco antes, fue tocado el veterano general Pérez. Hospitalizados en Tacna, ni Ravelo ni Pérez sobrevivirían; en cambio Camacho ya restablecido sería trasladado preso a Santiago de Chile donde permanecería hasta 1882.

3. Fuego a la derecha

Mientras se desplomaban la izquierda y el centro del frente aliado, estaba a punto de ocurrir lo propio con en el sector de la derecha, al mando del contraalmirante Lizardo Montero. Allí el combate fue algo más breve pero no menos enérgico. Despojados de sus reservas trasladadas al ala izquierda este sector se hallaba muy debilitado, pese a que allí se cobijaban en un pequeño fuerte protegidos de sacos de arena los modernos cuatro cañones de montaña Krupp. Los “Murillos” conjuntamente con los “Zapadores” de Bolivia, y los peruanos “Lima 11” y “Granaderos de Cusco” al mando del coronel Justo Pastor Dávila se batieron contra las tropas de la IV División chilena a cargo del coronel Orozimbo Barbosa. Contaba ésta con 2.364 plazas, correspondientes a los batallones “Zapadores”, “Cazadores del Desierto” y el regimiento “Lautaro”; entre tanto las fuerzas de la Alianza sumaban 1.077 hombres, además de los aproximadamente setecientos cincuenta entre gendarmes y voluntarios oriundos de Tacna y el cercano valle de Para, mal armados y peor entrenados, conformado las vísperas del combate. Se hallaban bajo el mando del prefecto de Tacna, Pedro del Solar.

Precedidas por fuego de cañón, las escaramuzas empezaron poco después que en las otras dos alas y duraron más dos horas, incluso tres, durante las cuales se sostuvo un fuego *vivísimo* de ambas partes. Sin poder contar con refuerzos, las tropas de la Alianza fueron sobrepasadas por las fuerzas chilenas. Quedó un tendal de muertos, entre ellos y en gran número de integrantes del “Murillo”, apenas más de un centenar, oriundos de La Paz y Oruro de uniforme de ternos negro de paño que les hizo coser en Tacna el coronel Eliodoro Camacho. El Murillo que había participado en la frustrada expedición de la noche del 25 de mayo, tuvo que dejar ahora a un lado sus malas cabalgaduras y marchar a pie, en calidad de infantes.

Al día siguiente, tras el toque de generala, fueron destinados al centro de la línea en calidad de retaguardia, pero una hora más tarde fueron enviados nuevamente al ala derecha, donde se batieron con el solo apoyo de la columna de ingenieros que manejaban los cañones. Sobrepasados o flanqueados, solicitaron refuerzo, pero se les dijo que no quedaba un solo soldado disponible[135]. Estaban al mando del coronel Clodomiro Montes y lo componían centena y media de jefes, oficiales y tropa. En el curso de la batalla Montes fue herido, siendo socorrido por su joven hijo Ismael, quien años más adelante ejercería dos veces la presidencia de Bolivia entre agosto de 1904 y agosto de 1909 y luego entre agosto de 1913 y agosto de 1917.

Lo relevante del combate en esta sección fue la utilización de la tropa chilena de nuevas tácticas de infantería. Mientras los hombres de la Alianza peleaban bajo un orden antiguo, de origen medieval y napoleónico basado en el valor y la hombría adquiridos en el combate en las guerras civiles[136]; las fuerzas de Chile ajustaba el movimiento de sus infantes al uso del moderno armamento de ametralladoras y fusiles de repetición, que le permitían sufrir menos bajas y causar más[137].

Al mostrar y valorar estas dos concepciones tácticas especialmente en el uso de las guerrillas, el coronel graduado boliviano Miguel de Aguirre, que combatió en el ala derecha de la Alianza, apuntó a los meses de la batalla:

> Un oficial vencedor en Tarapacá me dijo, con menosprecio: que mientras el Ejército Aliado combatía a pie y a pecho descubierto, las infanterías chilenas avanzaban, retrocedían y combatían inclinadas o echadas y ocultándose en los accidentes del terreno[138]. Otro de mis compañeros me hacía notar en el "Campo de la Alianza", que algunos cuerpos del enemigo se *arrastraban como culebras confundiéndose con las pequeñas yerbas (siempre vivas)* que brotan en ciertos sitios de aquellos desiertos (1880:27).

---

135 Informe de Diego Iriondo, La Paz, 24 de junio de 1880. "El Comercio, La Paz, 7 de julio de 1880.

136 Del Mármol, argentino adscrito a Bolivia con grado de Capitán, reflexionó sobre éste Ejército y por extensión el del Perú. *(D)emostraban su poca experiencia del nuevo sistema de guerra: no sabían darse cuenta de que hoy es cuestión de principal el aprovechamiento de los obstáculos que ofrece la naturaleza, o pedirlos de las ciencias, para refugio contra los fuegos enemigos; y por fin, que son otros los medios para alcanzar la suprema aspiración, matar más, experimentar las menos bajas posibles y operar siempre con el mayor número que sea dado y aventaje al del enemigo* (1880:78).

137 El teniente coronel Jorge Wood del Batallón "Cazadores del Desierto" evaluaría: *Si mi batallón no experimenta mayor número de bajas, debo atribuir al orden especial de desplegar en tiradores que he ensayado con muy buen éxito y que le permite sacar ventaja de las armas modernas de rápido tiro, al mismo tiempo que le pone a cubierto de experimentar sus efectos en todo rigor* (Ahumada, T.II, 1885:573).

138 El comandante del Batallón "Lautaro", teniente coronel Eulogio Robles, señaló que hizo *pelear a los soldados tendidos en tierra, aprovechando de este modo las más pequeña ventaja que pudieran ofrecerles las desigualdades del terreno* (Ahumada, T.II, 1885:573).

Aguirre refiere que en un folleto publicado por un coronel chileno, cuyo nombre no proporciona, afirmaba que los bolivianos eran afectos a las doctrinas de San Juan. Precisamente, fue esta táctica la que utilizaron los integrantes del “Sucre” en su inmolación.

Sin embargo el alcance de las nuevas manifestaciones tácticas de Chile se redujo al ala derecha de la Alianza (la izquierda para los chilenos), pues en las otras, ambas fuerzas se trabaron en combate mediante un ataque frontal a *pecho abierto*, de modo que su presencia no definió la suerte de la batalla, aunque anunciaron la transición entre las antiguas formas de hacer la guerra y las tácticas de infantería adaptadas al poder de las nuevas armas.

No forma parte de nuestros objetivos realizar un análisis pormenorizado de la táctica y la estrategia desplegada ese 26 de mayo de 1880 ni responder detenidamente qué le permitió la victoria a Chile. La mayor parte de combatientes e historiadores convienen que fue el resultado de mejor armamento moderno y más tropas. Algunos protagonista peruanos e historiadores que escribieron posteriormente acusaron al General Campero de impericia e imprevisión en la estrategia de la Batalla. El propio Eliodoro Camacho le reprochó de haber dispuesto la penosa e inútil marcha la víspera de la batalla y no haber ordenado con tiempo que las tropas de la Alianza ocuparan Sama *(Tacna no debía defenderse en Tacna, sino en Sama)* antes de los chilenos. Sumó a sus recriminaciones que no se construyeran fortificaciones y parapetos y se decidiera por un choque frontal, cuerpo a cuerpo.

Campero, pese a las críticas propias y ajenas, recibió el reconocimiento del Gobierno del Perú por su actuación el 26 de mayo de 1880. El contralmirante Lizardo Montero, su compañero durante la batalla y a la sazón presidente peruano, le confirió el 19 de septiembre de 1882 el grado de General de División de ese país[139].

Camacho reparó igualmente en el mayor número de la tropa chilena y la extraña ausencia del militar peruano Manuel Segundo Leiva, prefecto de Arequipa que no atacó la retaguardia chilena con sus 3.000 hombres (1897:416-420). Su presencia pudo indudablemente cambiar el curso de los acontecimientos si el Ejército de Chile se hubiera encontrado entre dos fuegos. El 26 de mayo, Leiva se hallaba

---

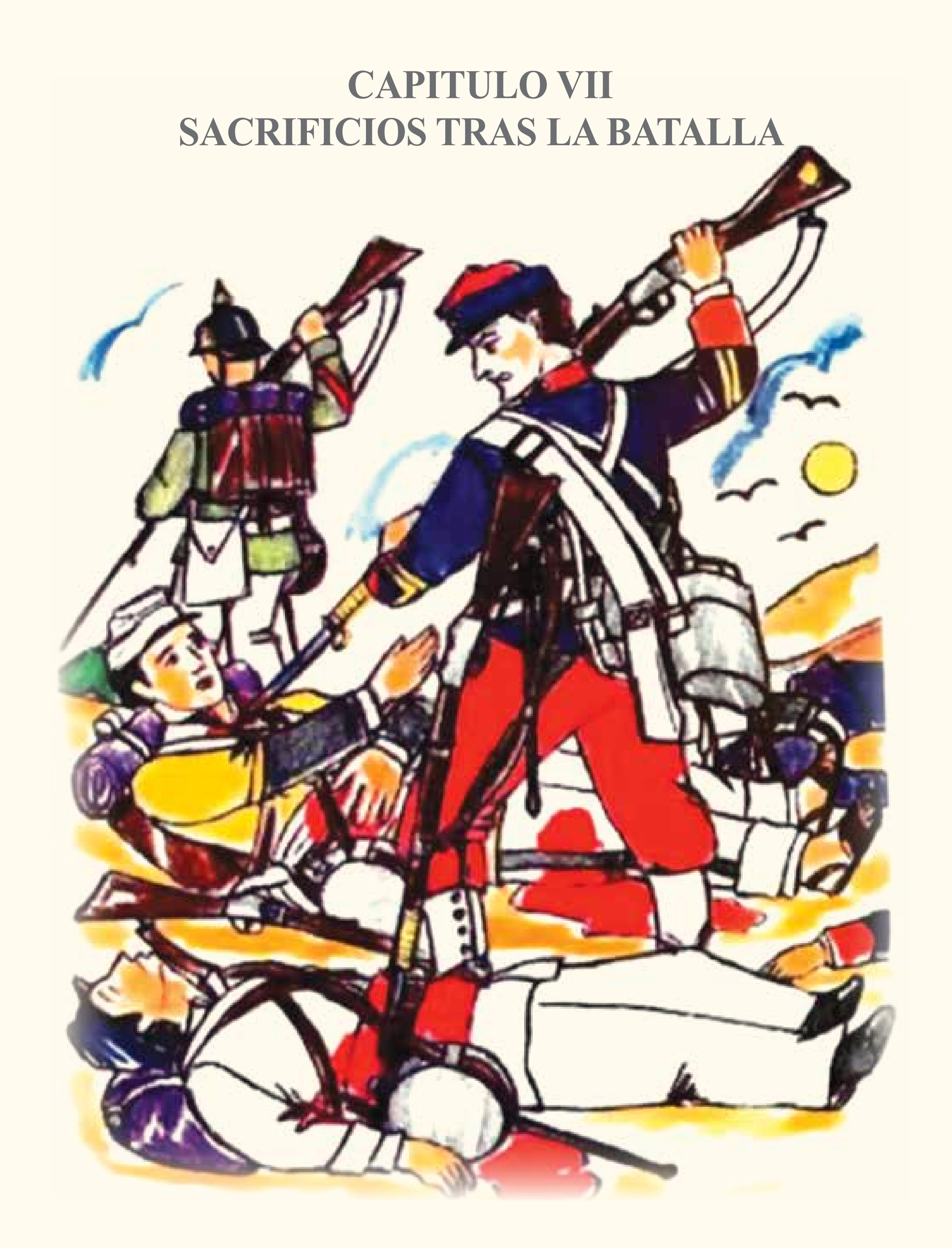
139 El general boliviano, ya fallecido, Julio Sanjinés Goitia hizo este hallazgo en Lima, anoticiado por la familia Velarde avecindada en la capital del Perú. “El Diario La Paz”, 8 de junio de 2008. www.gdp1879.blogspot.pe

en Torata, próximo a Moquegua. En su defensa adujo que comandaba una tropa mal armada, peor vestida y desorganizada.

Entre las 3 y 3.30 p.m. desbordadas las fuerzas peruanas y bolivianas de la Alianza iniciaron su retirada.

> Así terminó la fatal jornada del día de hoy para siempre memorable, toca al presente, toca al porvenir, recobrar lo perdido (Alba, 1882: 105).

CAPITULO VII
SACRIFICIOS TRAS LA BATALLA



Los sobrevivientes peruanos y bolivianos emprendieron la retirada hacia Tacna perseguidos por grupos de chilenos, que ya dominaban la altiplanicie y bajaban hacia la atemorizada ciudad. Al no poder estabilizar la defensa de la alarmada ciudad, los restos de las fuerzas bolivianas, acompañadas por las *rabonas*, siguieron distintos caminos hacia Bolivia, entre tanto el grueso de los sobrevivientes peruanos lo hizo hacia Tarata, Puno y finalmente Arequipa.

Los escasos integrantes del "Sucre" hicieron lo propio.

> La derrota terminó por completo a las tres de la tarde, hora en que nos retiramos a discreción; no pudiendo organizar las fuerzas que las reuníamos, porque las bombas enemigas las dispersaban[140].

El testimonio pertenece al comandante de los amarillos del "Sucre". Su desempeño y sacrificio sería ponderado por los protagonistas en los días posteriores. El 13 de agosto, el general Eliodoro Camacho, prisionero en Tacna[141], lo validó desde su lecho de herido. Mediante una carta contó al coronel Ayoroa, que un boliviano que visitó el campo de batalla le dijo que:

> Había puntos en que las filas de los amarillos estaban determinadas por sus cadáveres.

Afirmación coincidente con las apreciaciones ya citadas de los oficiales Ramallo y Ballivián. La tropa del "Sucre" cayó en línea regular, uno detrás de otro, combatiendo a la antigua manera, propia de los ejércitos napoleónicos.

Un gesto de valor que Camacho apreció:

> El 2do. Ha dejado muy bien puesto su nombre entre los chilenos (Aguirre, 1880:15).

1. Tacna en manos enemigas

Al atardecer del 26 de mayo las calles de la ciudad ofrecían el cuadro más revuelto, temeroso y por ello mismo extraordinario. Del Mármol dejó un crudo testimonio de la caótica situación reinante, precisamente aquella que la tropa boliviana peleando alejada de su territorio, había querido contribuir a evitar con su sacrificio:

---

140 Ayoroa, Juan Bautista, op.cit.

141 Permaneció residenciado en Santiago de Chile, hasta 19 de abril de 1882 cuando, en compañía de otros oficiales bolivianos, se embarcó en Valparaíso hacia Arica, y de allí, vía Tacna, hacia Bolivia.

> Principalmente la plaza de Armas y la calle del Comercio, estaban materialmente repletas de soldados, oficiales y jefes de todos los cuerpos, bolivianos y peruanos, en la mayor confusión, cubiertos de polvo, bañados de sudor, muchos ensangrentados. Jinetes, infantes, artilleros - fusiles, espadas, lanzas, - todo mezclado. Aquí entraban en una casa a examinar sus heridas - allí, en las mismas aceras, se vendaban piernas y brazos baleados; -de todas partes, principalmente de las casas del comercio extranjero, salían a la puerta para ofrecernos agua, refrescos, cerveza. (1880:106)

Tras comprobar que no había posibilidad de resistencia, las tropas de la Alianza se replegaron desordenadamente. Tomaron rumbo diferente; peruanos hacia Puno y Arequipa y bolivianos rumbo a su país. Poco después tropas del Ejército triunfante ingresaron a la ciudad que empezaba a una larga noche bajo dominio de Chile. Su cautiverio terminaría el 28 de agosto de 1929 cuando regresó al Perú.

Flavio Machicado, joven oriundo de La Paz que trabajaba en la secretaría privada del alto mando boliviano, permaneció oculto en Tacna hasta que logró evadirse el 18 de junio. Ya en La Paz hizo público su detallado informe de situación fechado el 1 de julio de 1880. Se publicó en "El Comercio" de esa ciudad.

> A las 3 de la tarde las calles de Tacna principiaron a ser invadidas por los derrotados del ejército unido. El llanto, el pavor de las familias que se ponían en indeciso movimiento, daban un aspecto sombrío. Mujeres de todas las clases sociales corrían desoladas a refugiarse en los consulados extranjeros. El Contraalmirante Montero, con su numeroso séquito y escolta, pasaba por una de las calles. Jefes y oficiales, diseminados por todas partes, encaminaban a sus soldados dispersos en dirección a Pachia[142].

Sigue Machicado con su crónica:

> A las 4:30 tropas de infantería (chilena) comenzaron a descender las alturas hacia la meseta inmediata a la estación del ferrocarril. A las 5, la presencia de un grueso destacamento de caballería en la plaza hacia ostensible el triunfo chileno. Tres o cuatro horas después, algunos disparos de rifle, que indistintamente se oían en varias direcciones, eran seguidos del ruido de fractura de puertas y ventanas y del alarido de las familias invadidas. El saqueo, los amagos de incendio, violaciones, victimaciones y la algazara cruel de forajidos vencedores, fueron rasgos de aquella noche.
>
> El 27 la ciudad parecía un panteón por su tristeza. La calle del Prado, la 2 de mayo, la de Caramolle y las contiguas a éstas, habían sido las principales víctimas de los abusos. En la calle

142 "El Comercio", La Paz, 3 de julio de 1880.

> central del comercio extranjero no se produjeron perjuicios de gravedad. La destrucción fue contra las tristes casuchas de las extremidades del pueblo. Penetraron a la ciudad unos 200 a 300 infantes chilenos con pretexto de perseguir a los derrotados. En honor a la verdad debemos decir que el General en Jefe chileno contuvo el desborde, impidiendo el ingreso a Tacna del grueso de su ejército. Durante aquella noche las tropas vencedoras estuvieron acampadas en las inmediaciones de Para. Se puso centinelas en las bocacalles para impedir el ingreso de los que no tenían permiso. Los días siguientes se veían soldados chilenos, con raro y candoroso aplomo luciendo tranquilamente el botín conseguido 24 ó 48 horas antes: productos vegetales, enaguas de mujer, alhajas, utensilios de cocina, etc. Las cantineras, lujosamente ataviadas con los vestidos asaltados, los ostentaban con singular cinismo y sangre fría por calles y plazas, haciendo alarde de sus galas[143].

El saqueo y las violaciones repetían la conducta chilena ya observada en Pisagua y Moquegua.

La dramática situación hizo que el 30 de mayo el Cuerpo Consular protestara vehemente por los desbordes que soldados chilenos cometían con los ciudadanos peruanos, y muy especialmente con las mujeres que *en general (...) son perseguidas y amenazadas*. Refirieron el caso de una mujer muerta a bayonetazos luego de ser violada y de una asiática que sufrió la misma afrenta (Citado en Caivano, 1979:343-344). ¿Enfrentaron similar violencia las *rabonas* bolivianas?

2. Enterrando a los muertos

El 26 de mayo, la presencia boliviana en el campo de Batalla se redujo a la esmirriada ambulancia volante de la Cruz Roja, a cargo de Zenón Dalence. Durante el combate dos mujeres, Ignacia Zeballos, nacida en Santa Cruz, y Vicenta Paredes Mier, oriunda del puerto boliviano de Tocopilla, atendieron a los combatientes tanto en la planicie como en la ciudad de Tacna, a donde bajaron al fragor del combate.

Ya casi con el crepúsculo del aciago 26 de mayo y desafiando las amenazas de los vencedores, los pocos médicos y enfermeros que quedaron comenzaron a recorrer el campo de batalla alumbrados por faroles: Socorrieron a los heridos, sin hacer distinción de bandos. Lo propio hizo su homóloga peruana. Transitaron por los arenales cubiertos de cuerpos hasta la media noche. Advirtieron que los chilenos se encargaron de *repasar* a varios heridos bolivianos y peruanos. Los

---

143 Ibíd.

asesinaron con un cuchillo llamado *“corvo”* que ya habían usado los soldados chilenos para los mismos menesteres durante la guerra contra la Confederación entre Perú y Bolivia (1836-1839) o con disparos en la cara o el cráneo; luego saquearon sus pertenencias.

Una *bárbara carnicería*, la calificaría horrorizado el galeno boliviano:

> Al recorrer el campo de batalla buscando heridos, vi los cadáveres de más de 1.500 combatientes del ejército aliado, habiendo sido “repazados” (heridos rematados), unos 70 de ellos. Cerca del lugar donde estuvo colocada la sección de artillería, al extremo de nuestra ala derecha, reconocí a varios del batallón “Murillo” (…). En el centro, delante del glacis de la meseta cientos del “Grau”, “Chorolque”, “Loa” y “Padilla”. En la izquierda un tendal de los del “Sucre”, “Viedma”, “Tarija”, y en fin un considerable número de los “Colorados”. Algunos del “Aroma” en línea mucho más avanzada que todos (Dalence, 1881:25-26).

Claudio R. Aliaga, médico boliviano formado en la Universidad de San Marcos de Lima, que integraba la ambulancia de ese país, contempló igualmente:

> (L)a horrorosa realidad: ni un herido nuestro solo cadáveres. Muchos de ellos, en particular los jefes y oficiales tenían los rostros desfigurados, partidos unos por la boca y otros por la frente, algunos con balazos en los ojos que habían salido de su órbitas; los más desnudos de sus uniformes y varios hasta la ropa interior; en cuanto a los soldados, sus bolsillos sacados afuera indicaban que habían pasado por allí “los traperos de la muerte” (Hurtado, 1996:218-219).

Precisamente, corroborando este testimonio que data de 1880, fue fácil constatar que ambos integrantes del “Sucre” desenterrados el 2015 presentaban similares huellas del saqueo: “bolsiqueados”, con ambos bolsillos volcados hacia afuera y ningún valor de joyas o monedas en sus cuerpos. Uno de ellos, sin embargo, conservaba un rosario colgando del cuerpo que escapó de los requisitores oculto tras su uniforme y camisa que solamente pudo ser descubierto cuando los restos fueron examinados con un moderno escáner.

El 27, día de *Corpus Christie*, el cuadro que ofrecía el campo de batalla era dramático y profundamente conmovedor. Dalence dejó en claro que ya no había heridos, pues o bien murieron como efecto de sus lesiones o simplemente fueron rematados. En tanto aves de rapiña revoloteaban escogiendo una presa, algunos cuerpos se sepultaban

utilizando como fosa mortuoria las excavaciones realizadas por los soldados para dormir y descansar,

El corresponsal del Mercurio de Valparaíso, aunque no mencionó los repases de manos sus compatriotas, quedó conmovido.

> Se horrorizaba el alma al contemplar los humanos despojos sembrados por el suelo en aquella extensión, y el espíritu atribulado se detenía a imaginar los dolores y las lágrimas que aquellas perdidas debían causar en los desiertos hogares (Castagneto, 2015:375).

Entre las decenas de caídos le llamó la atención un oficial del “Colorados”.

> Ostentaba en medio del pecho una herida de rifle, y esta, antes de atravesárselo, había perforado un hermoso escapulario del Corazón de Jesús, cosido a la levita por alguna pálida mano, pues a su pie tenía bordada en elegantes letras de mostacilla la palabra “recuerdo” (Ibíd).

Alguien en Bolivia aguardaría, quizá en vano, una noticia cierta del portador de sus preocupaciones.

Mientras tropas chilenas atropellaban Tacna, la Cruz Roja de Bolivia continuó su labor sepultar a los muertos. Sólo alcanzó a realizarlo en un número reducido pues por el pequeño contingente de sus integrantes y las limitaciones de material, escapaba de sus posibilidades atender el amplio número de fallecidos.

Casi simultáneamente al final del combate *las rabonas* llegaron en masa en búsqueda de sus seres queridos. Dalence relató el singular caso de un sargento de los Colorados, *repazado con tres disparos a quema ropa en la cara*, que fue el primero al que enterraron. Acababan de hacerlo cuando llegó *hacia nosotros una mujer del pueblo que decía buscar el cadáver de su marido*. Por extraña coincidencia era el recién sepultado, el sargento Manuel Peñaranda.

Al mediodía del 27, procedente de Tacna, ahora ocupada por fuerzas chilenas, vino una sección de apoyo a la ambulancia boliviana. En ella acudió Ignacia Zeballos, oriunda de Santa Cruz. En abril de 1879 había llegado con las tropas que ingresaron a Tacna. Desde entonces había trabajado como voluntaria. Luego de atender en Arica a los heridos procedentes de Tarapacá, se le otorgó la insignia de la cruz roja y un honorario en el presupuesto de Bolivia. Fue descrita como:

(U)na mujer alta, gorda, vieja , con su delantal y cruz roja en el brazo, con un sombrero grande de paja en forma de paraguas (alias La Tabaco), de una voz gruesa (Claros, 1960:38).

Durante lo más recio del combate del 26 permaneció en el ala izquierda donde curaba heridos, luego, al atardecer ya cesado el combate, trasladó varios a Tacna.

Retornó al día siguiente trayendo alimentos y agua. Al pasar por el campo de batalla observó:

(Un) cuadro (que) no sólo era de mortandad, tenía un elemento vivo, pero mucho más triste que la figura de los muertos; mujeres vestidas con mantas y polleras descoloridas, algunas cargando una criatura en la espalda o llevando un niño de la mano, circulaban entre los cadáveres; encorvadas buscando al esposo, al amante y quizás al hijo, que no volvió a Tacna. Guiadas por el color de las chaquetas, daban vueltas a los restos humanos y cuando reconocían al que buscaban, caían de rodillas a su lado (…)[144].

Los vencedores, que contaban con mayores recursos y que dominaban el campo de la acción, sin duda pudieron sepultar a más de los suyos. Las otras dos jornadas, 28 y 29, la Ambulancia boliviana continuó con la tarea de entierro de los fallecidos, sin que se tenga registro ni contabilidad de su número, tampoco de la efectividad de la institución de socorro, pocos en número y sin grandes capacidades logísticas. Después de la batalla, la muerte con sus alas negras continuó afectando a las tropas bolivianas. Un anónimo médico de esa nacionalidad informó el 28 de mayo desde Tacna a sus padres, que la noche anterior murieron once soldados pertenecientes a “Colorados” y “Coraceros”, siete del ”Vanguardia” de Cochabamba y algunos más del “Tarija” (Michel, sf.). Se desconoce el número exacto de fallecidos en Tacna.

Decenas quedaron sin ser sepultados o en tumbas precarias. Muchos de ellos, como los dos integrantes del Batallón “Sucre” protegidos por las arenas próximas a la ciudad en cuya defensa ofrendaron sus vidas esperarían decenas de años antes de regresar a su patria.

En algunos puntos los inanimados cuerpos estaban apiñados, especialmente en el ala izquierda donde combatió la primera división y cerca del fuerte.

144 es.wikipedia.org/wiki/Ignacia_Zeballos_Taborga.

De los nuestros ya se habían sepultado la mayor parte de los muertos, no sucediendo lo mismo con los enemigos que yacían todavía en el lugar que habían caído y que fueron enterrados en las mismas zanjas que habían abierto o en las fosas que les servían de abrigo (Ahumada, T.II, 1885:613).

Cuatro días más tarde la situación no se había modificado.

Todavía visitando el campo el 1 del corriente (Junio) encontramos algunos cadáveres insepultos. El aire que allí se respiraba era a veces inaguantable y contribuía a envenenar los cuerpos de no menos de 300 caballos que yacían muertos en toda la extensión de la línea (Ibíd).

3. Muertos y rabonas

Bolivia sufrió alrededor de un millar de muertos en la batalla y centenares de heridos, estimados en 900, sumando en torno a 1.900 bajas de un total de 4.200 que aproximadamente dispuso en la contienda; el número exacto de caídos probablemente nunca se sabrá. Los peruanos en tanto sufrieron un estimado de 500 fallecidos y 600 heridos de los 4.700 que colocó en combate, haciendo un total de un millar y cien bajas[145].

Según estimaciones confiables, del “Sucre” murieron 205 soldados de un total de 470, esto es que el 43,61% de sus efectivos. Si se agrega 178 heridos, la cifra sube a 384 bajas, o el 81,7% del total. Dígito mucho más alto que el promedio apreciado del 45,6% entre muertos y heridos para el total de Ejército de Bolivia (Ballivián, 1919:III). Ningún otro Batallón de la Alianza tuvo pérdidas semejantes en el combate el 26 de mayo de 1880.

Un registro de las fuerzas del “Sucre” realizado en julio de 1880, cuando la unidad se hallaba apostada en Laja cercanías de La Paz, muestra una dramática reducción de sus efectivos. Se contabilizó a 215 plazas, de ellos 39 constituían el sector de Oficiales y Jefes y 90 eran soldados integrando seis compañías. Otros 84 pertenecían al sector de Sargentos y Cabos y 38 correspondían a la banda de música. La tropa sumaba un total de 176 integrantes contra los 470 que se contabilizaron poco antes del inicio de la batalla del 26 de mayo; disminuido monto que es congruente con las enormes pérdidas, ya aludidas, sufridas por el “Sucre” en la batalla.

145 El responsable de la ambulancia boliviana, Zenón Dalence estimó que: *El número de muertos que computamos al ejército aliado alcanzaría a mil quinientos más o menos; habiendo sido victimados de 65 a 70 de ellos. Entre los muertos, correspondían la mayor parte a nuestro ejército, en la clase de tropa; y al ejército peruano, en la de Jefes y Oficiales* (1881: 25).

La suerte adversa de los fallecidos prolongaría sus consecuencias nefastas hacia las rabonas del Batallón. Por ejemplo, Hilaria Trujillo, oriunda de Potosí, analfabeta y compañera del Sargento 1ero. David Pardo junto a Luciana Lastra, también de Potosí e igualmente analfabeta, que acompañó al cadete César Pimentel de la misma unidad durante toda la campaña, pasaron por ese doloroso trance. En ambos casos se trataba de una larga relación que incluyó que se engendrara un hijo en el primer caso y dos en el segundo. Los vástagos con seguridad formaron parte de la abigarrada masa humana que acompañó el desplazamiento del ejército boliviano. Ambos combatientes murieron en la batalla de Tacna del 26 de mayo de 1880 y sus viudas pasaron peripecias para cobrar los sueldos devengados de marzo, abril y mayo de ese año (Oporto, 2014).

Tras la batalla muchas *rabonas* y sus familias sin saber la suerte de sus familiares tras la batalla, indefensas y amedrentadas tuvieron que buscar cobijo en la Cruz Roja boliviana. A principios de Junio desde La Paz se envió auxilio para socorrer heridos y trasladar a quienes los necesitaran.

El Eco de Tacna señaló al respecto:

> El lunes, a la caída del sol, han partido para su patria. Son 600 almas. Allí van confundidos y entremezclados con los borricos de carga, hombres, mujeres y niños; sanitarios con sus casacas blancas de jerga; mutilados y heridos, con casacas rojas, amarillas o verdes y rabonas. Es toda una procesión de vendas, muletas, báculos y polleras. La caravana se detuvo en Pachia. Era la primera etapa. Más allá estaba la cordillera, la soledad, el frio, el soroche, las intemperies. Van avanzando paso a paso, muy lentamente (Querejazu, 1979:454).

El primer contingente arribó a La Paz con 72 heridos (dos de ellos recogidos en el camino. Además se hallaban unas cuatrocientas mujeres, procedentes de Tacna. En el derrotero desde Tacna, en el sentido inverso del que muchas seguramente hicieron en abril de 1879 cuando acompañaban a las tropas de sus compañeros, falleció un niño, pero nacieron otros cuatro engendrados en territorio peruano cuando la vida aún no se había cruzado con la muerte.

El traslado de mujeres junto a prisioneros de guerra tomados por Chile luego de la refriega en el puerto de Pisagua el 2 de noviembre de 1879 está documentado. En el informe que el 19 de noviembre de ese año, pasó desde Copiapó Guillermo Matta de la Comandancia de Armas de Atacama al Ministro de Guerra de Chile, se señaló la presencia de

varias mujeres *que vinieron con los prisioneros* (Zalaquett, 2012:30-31). Probablemente pasó lo mismo en el caso del "Sucre" luego de la confrontación en Tacna.

En octubre de 1885, varios cautivos y cautivas regresaron a Bolivia de su reclusorio en Calera, Chile. En la lista figuraba, entre otros, Santos R. Ponce, oriundo de La Paz, capturado después de la batalla de Tacna. Estaba también Juan Flores, del Batallón "Victoria", nativo de Cochabamba apresado en Pisagua. Lo relevante es que lo acompañaba una mujer de nombre Gregoria Arce y una hija, tan prisioneras de Chile como él.

El trasporte de retorno que zarpó hacia Arica incluyó a otras tres mujeres, viudas de soldados: Damiana Vargas, Eulalia Peña, ambas de un integrante del Batallón "Victoria" y Marcela Díaz de un soldado del "Independencia". Todas oriundas de Cochabamba. ¿Murieron sus compañeros en el cautiverio o en el combate de Pisagua? Quién sabe.

Indudablemente la suerte de las *rabonas* estaba unida a la de sus compañeros en la vida y en la muerte; en el combate, la retirada o la prisión.

AL FIN DE LA BATALLA

La presencia del Ejército de Bolivia en la defensa el Sur del Perú entre abril de 1879 y mayo de 1880, constituyó la mayor movilización militar de su historia en el siglo XIX. Salvo en las acciones de Calama (23 de marzo de 1879), Canchas Blancas (12 de noviembre de 1879) y Tambillos (6 de diciembre de 1879), las tropas de Bolivia libraron las principales confrontaciones y las de mayor envergadura contra Chile junto con su aliado peruano en el territorio de este último. En ellas quedaron involucrados miles de bolivianos y bolivianas. Fruto de los combates y escaramuzas, tuvieron muertos, heridos, desaparecidos y prisioneros de ambos sexos. Algunas mujeres incluso debieron acompañar a sus compañeros a la reclusión en Chile. Sus familias recibieron igualmente el coletazo de la contienda y el golpe de dolor y llanto.

La principal batalla que libró el Ejército de Bolivia fue la del Campo de la Alianza el 26 de mayo de 1880; allí puso todas sus expectativas en el triunfo de sus armas. La confirmación de la derrota demoró en llegar a La Paz y más aún a otros distritos. En Cochabamba, de donde procedía un importante contingente de las tropas envueltas en la batalla, el matutino "El Heraldo" editorializó el 7 de junio: *La suerte nos ha sido una vez más adversa. Hemos sido derrotados, más no vencidos*[146].

¿Por qué miles de bolivianos y bolivianas decidieron jugar sus vidas en las arenosas alturas de Tacna? Los presagios no les eran favorables. Cargaban a sus espaldas los adversos resultados obtenidos en confrontaciones anteriores. Chile dominaba el mar y disponía de una tropa superior. Lejos de sus familias además estaban cansados y desgastados, un buen receptáculo para las voces que aconsejaban replegarse a la seguridad de las montañas.

Pese a todas las contingencias y desventuras permanecieron en sus puestos de combate en el momento decisivo de aquel 26 de mayo de 1880. ¿Qué los llevó a no dar marcha atrás? Habían pasado varios

146 El Heraldo, Cochabamba, 7 de junio de 1880.

meses en Tacna, algunos poco más de un año, adquiriendo afectos y compromisos con su población. La tropa chilena venía precedida de mala fama adquirida en los saqueos, incendios y afrentas a las mujeres en Pisagua, Moquegua y Mollendo. Impedir que tomaran la ciudad y repitieran aquellos atentados, constituía para las tropas de Bolivia un deber y una responsabilidad, habida cuenta además que muchos tenían allí a sus *rabonas* y sus familias.

Por otra parte, ver a Bolivia agredida, invadida y en peligro bajo la fuerza de Chile constituyó también una interpelación colectiva; la primera con esos alcances que aferró en las armas a un grupo humano procedente de distintos orígenes sociales y étnicos. Este trasfondo nacionalista, cuajó también en una convocatoria al honor y la lealtad como principios organizadores de la virtud de Bolivia que no debían ni podían ser desechados. Los resultados en el campo de batalla pudieran ser adversos, pero el alma de la nación se sustentaba en la entrega y el sacrificio en ella de la sangre de sus miembros; la integridad moral de Bolivia demandaba no retirarse sin combatir hasta la muerte.

En su informe a la Convención Nacional, reunida en La Paz en sesión secreta el 13 de junio de 1880, Camacho explicó las profundas razones normativas por las que decidió que el Ejército de Bolivia a su mando, permaneciera en Tacna.

> Pude quizá haber dado otro giro a la guerra, retirándome con el ejército al interior de Bolivia o del Perú; pero es indudable que éste nos hubiera enrostrado la entrega de Tacna o Arica y la hubiera atribuido a una deslealtad hacia la Alianza; tanto más cuanto ya pesaban sobre nosotros los funestos resultados de la retirada de Camarones, que fue tan negro baldón atrajo a nuestras bandera. Fui, pues, a ponerme al frente del ejército aliado para salvar nuestra honra, dispuesto a tomar las cosas como estaban, aceptando de antemano un sacrificio casi cierto en aras de la Alianza, y como testimonio de lealtad hacia el aliado (1880:27).

Solo cuando la superioridad chilena se hizo evidente, con el aire de vencidos y sin un plan definido, tropas bolivianas iniciaron la tarde del 26 de mayo el retorno a su país. Cada uno por su cuenta o en pequeños grupos compuestos de soldados de distintos Batallones; unos por el camino hacia La Paz y otros por el desvío rumbo a Oruro y Cochabamba.

Aquellos que pudieron iban acompañados con sus *rabonas*. La mayoría iba a pie salvo un puñado de afortunados jefes y oficiales

que montaban caballo. No existe desafortunadamente un relato que provenga de un integrante del "Sucre", pero es posible presumir que esa caminata de sus miembros entre ilesos y heridos, quizá unos 250, no pudo ser diferente a la que otros sobrevivientes apesadumbrados por la derrota y preguntándose por la suerte de sus amigos y parientes. Carecían de comida y agua, cruzando caminos con temor y sobresalto por el desorden prevaleciente. Cada cual llevaba apenas la ropa puesta que los exponía al frio tanto que quizá a no pocos y pocas se les congelaron partes del cuerpo cuando no murieron de cansancio o por sus heridas sin atención médica. Hay reportes que hubo bajas entre heridos y enfermos bolivianos (Claros, 1960).

Solo cuando llegaron a Calacoto, territorio boliviano, tras una decena de impenitentes días de caminata, pudieron alimentarse y sentirse seguros. En esta localidad el 3 de junio el general Campero se enteró que la Asamblea lo había designado presidente constitucional de Bolivia por un lapso de cuatro años. El pueblo minero de Corocoro y luego Viacha, señalados como punto de reunión o cuartel general, también los atendieron con generosidad. Luego de dos semanas de inclemente viaje los primeros *"dispersos"* comenzaron a ingresar a La Paz y Oruro.

¿Qué sensación llevarían consigo hasta su país? Es muy difícil saberlo. Manuel V. Alba, en todo caso, la sintetizó con emoción:

> No hemos desertado de nuestras filas, no hemos sido indiferentes al llamamiento nacional; no hemos esquivado el contingente de nuestros sacrificios, ni hemos ocultado nuestras personas en los momentos del supremo peligro. Vamos pues a cobijarnos ante la madre desventurada, para volver a servir (la) con más decisión y firmeza en sus desgracias (1882:112).



Rabona

ANEXOS

Plana Mayor del Batallón "Sucre", 1880.
Coronel Juan Bautista Ayoroa.- Primer Jefe.
Teniente Coronel José María Guzmán.- Segundo Jefe.
Teniente Coronel Néstor Ballivián.- Tercer Jefe.
Comandante Antonio Ferrufino.- Cuarto Jefe.
Sargento Mayor Gil Higueras.- Cirujano de primera.
Sargento Mayor Inocencio Vargas.- Director de Banda.
Capitán Vicente Sandóval.- Ayudante Mayor.
Teniente 1° Rómulo Icházo.- Ayudante 2°
Teniente 1° Hilarión Castillo.- Escribiente de •Mayoría.
Teniente 1° Julián Sánchez.- 2° Director de Banda.
Subteniente Néstor Bilbao.- Porta Estandarte.
Teniente 2° Zacarías Gómez.- Músico.
Subteniente Manuel Roca.- Músico.

Primera Compañía.
Sargento Mayor Bernardo Hurtado.
Teniente 1° Daniel Zapata.
Subteniente Abel Echalar.

Segunda Compañía.
Sargento Mayor Manuel R. Contreras.
Capitán graduado Enrique Moscoso.
Subteniente Juan Eguivar.

Tercera Compañía.
Capitán Manuel F. Zapata.
Teniente 1° Agustín Rivamontán.
Teniente 2° Rodolfo Arguedas.
Subteniente Mariano Tirado.

Cuarta Compañía.
Capitán Justo Prudencio.
Teniente 1° Isidoro Corrales.
Teniente 2° Rolando Valverde.

Quinta Compañía.
Sargento Mayor Esteban Gallardo.

Capitán Graduado Juan Berríos.
Teniente 2° Hijinio Unzueta.
Subteniente José Santiváñez Gil.

Sexta Compañía.
Capitán graduado Ramón Fernández
Teniente 2° Gonzalo Salmón
Teniente 2° Pacífico Araníbar

Parte del Comandante del Batallón Sucre, Coronel Juan Ayoroa sobre la Batalla del "Campo de la Alianza".

Jefatura del Batallón 2do..Granaderos de Línea:

Al señor Comandante General Accidental de la 3ra. División Boliviana.

Señor Comandante General:

Cumpliendo con mi deber y la orden insinuada de la U., formulo la relación circunstanciada de las operaciones verificadas por el cuerpo de mi mando en la jornada del 26 de mayo último y en el "Alto de la Alianza."

Acampado el Ejército –Unido en el "Alto de la Alianza:" el 25, hora ocho p.m. recibí orden de U para alistar el Batallón a fin de emprender marcha a horas once. Llegada la hora, el Coronel don Eliodoro Camacho, Comandante en Jefe del ala izquierda, me dio orden para que forme el cuerpo en columna cerrada a la altura del campamento; efectuado el movimiento, se presentó inmediatamente con su cuerpo de ayudantes, y en sentidas, palabras hizo comprender a la tropa la necesidad de sorprender en esa noche al enemigo y usar de mucha conmiseración con los vencidos. Emprendida la marcha por columnas paralelas apoyaba el ala izquierda el Batallón Sucre y llevando a su derecha al Batallón Viedma, encontramos a dos millas de distancia al Batallón Tarija, destacado de avanzada y a los Coroneles don Belisario Suarez y don Severino Zapata. Luego se nos incorporaron los Batallones Padilla, Canevaro y el Escuadrón Libres del Sud, con los cuales continuamos la marcha hasta arribar al lugar donde se había señalado como punto de asalto. Una vez notado que en esta quebrada no se encontraba el enemigo y que no el centro; ni el ala derecha de nuestra línea marchaban paralelamente con nosotros, y que por el contrario se habían extraviado: hice notar a Ud. y a los señores Coroneles Zapata, Canevaro y Suarez por tres ocasiones, la pérdida del rumbo por parte del ala derecha, circunstancia que nos exponía a que nuestras fuerzas, sino sufrían un contraste, al menos debían ser descubiertas por el enemigo, puesto que habíamos marchado ya en este estado a distancia de tres leguas; y que lo racional era parar las columnas, e investigar por el ala derecha perdida, ponernos de acuerdo con ésta, para continuar con buen éxito nuestra obra de asalto. El señor Coronel Suarez que se puso a la cabeza de las fuerzas, contesto que tenía orden de avanzar de frente y que no paraba. En seguida le mostré a U. a los señores Coroneles entre dichos y demás Jefes de la División, una luz a nuestro costado derecho, e insistí en informar que esa luz no podía ser sino la fogata del enemigo, y que estaba a muy poca distancia de nosotros: cerciorado el Coronel Belisario Suarez de la evidencia de la luz, ordenó al guía se dirigiera por ese y lados in contestarme ni una sola palabra. A poco que las columnas atenuaban su marcha, se disparó un tiro por el centinela avanzado del enemigo, hiriendo a uno de los soldados del Batallón Padilla, perseguido y aprehendido

el centinela por nuestros artilleros, declaró que el enemigo (estaba a casi) tres leguas distante de Sama con una fuerza de 22,000 hombres; e inmediatamente se hizo un nuestro disparo a otro centinela del mismo al que persiguieron también y no fue todo por estar protegido por una avanzadilla con quienes trabaron combate los perseguidores. Con estos incidentes y por la gravedad del caso, detuvimos las columnas en marcha, y el Coronel Suarez que comandaba la expedición llamó en conferencia secreta a los Comandantes Divisionarios, de la cual resultó aguardar que aclararse el de y llegado a éste, advertimos que el Ejercito enemigo, presentaba su línea en masa enorme, formando columnas sucesivas unas tras otras. En consecuencia se dio orden de retirada, la que verificamos en columnas paralelas, desplegando las respectivas guerrillas para proteger la retirada: y sin embargo de los múltiples fuegos de bombas dirigidas por el enemigo no tuvimos novedad ninguna.

Cuando llegamos al campamento a horas ocho a.m., supimos que al amanecer había campado ya nuestra ala derecha en sus respectivos puestos. Es este estado se presentó el Coronel Camacho entusiasmando a la tropa con vivas al Ejército aliado y ordenando el reparto de agua y desayuno, lo que verifiqué en el acto dando a la tropa socorro de tres días hasta el 28 inclusive, y quedando en Caja 600 Bs., socorros hasta fin de mes. Una hora después, recibí orden de ocupar con mi Batallón el puesto que se le había demarcado con anterioridad sobre la línea de batalla, ejecutado el movimiento se volvió a presentar el Coronel Camacho y me dio orden de despliegue la 6ª y 5ª Compañía en guerrilla doscientos metros a vanguardia. Por los movimientos del enemigo, hice notar al señor Coronel Camacho, que la pretensión de esta era atacar el ala izquierda con el grueso de sus tropas: por lo que era necesario protegerla con algunos cuerpos de preferencia como el 1ero., el Aroma y otros más apreciada la oportunidad de la indicación el Comandante en Jefe se retiró para enviar los cuerpos expresados. No obstante solo vinieron los Batallones peruanos Victoria y Huáscar que se situaron a retaguardia del Sucre y Viedma. Mientras se verificaba esta operación, el Ejército enemigo avanzaba rápidamente sobre nuestro costado izquierdo, formando dos lunes de guerrilla con más de veinte piezas de artillería entre ametralladores y Crukpps; una línea de batalla compacta a retaguardia de las guerrillas con igual artillería, y seguida de numerosas columnas de infantería todas protegidas por el grueso de caballería, dando a conocer que era la mayor parte de su Ejército. En esa marcha estas masas conversaron sobre la derecha, abrazando por completo el frente de toda nuestra línea de batalla y perdiéndose en una sinuosidad de terreno que se hallaba a cuatro cientos metros de nuestro frente.

La Artillería durante la marcha del enemigo suspendió sus fuegos y las seis piezas de que se hallaba dotada nuestra ala se puso a retaguardia del Batallón Sucre en una pequeña hondonada. Luego la línea enemiga

apareció nuevamente y se comprometió el combate sobre esta ala, siendo de notarse que lo impetuoso de su marcha se contuvo por más de tres cuartos de hora solo por las guerrillas desplegadas. Notada la resistencia, el enemigo formó martillo por medio de una conversión sobre la izquierda, logrando tomados a dos fuegos, en este estado dando ambos frentes protegí la guerrilla con el resto del Batallón, sosteniendo el ataque por más de hora y media. La línea enemiga a presar de sus considerables bajas se doblaba y triplicaba en su número por las reservas que recibía y con fuegos oblicuos y de frente, lograron convertir en una línea de cadáveres a casi todos los Granaderos del Batallón Sucre, donados a su propia suerte, pues los Batallones de reserva Victoria y Huáscar no entraron en combate. En este estado aparecieron los Batallones 1° Alianza y 4° Aroma y con el denuedo y empuje de estos cuerpos se rechazó al enemigo, tomándoles varias piezas de artillería y prisioneros. Más como este recibía nuevos refuerzos, fue imposible seguirlos arrollando y se emprendió la retirada con fuego perdiendo terreno, cediendo el campo ante el inmenso número del enemigo.

El General don Claudio Acosta, Comandante General de la 3ª División apareció en el fragor del combate a la cabeza del Sucre y fue heroico su comportamiento. El Coronel Miguel Estensoro peleó a la cabeza de su cuerpo, sin embargo de que ambos Jefes se encontraban enfermos en Tacna.

El Comandante en Jefe del ala izquierda don Eliodoro Camacho recorrió esta ala por más de dos veces en lo más recio del combate dando mientras de admirable serenidad y valor con el ejemplo y entusiasmando con la palabra.

Fue muy abnegado el comportamiento de los señores Jefes y oficiales del Batallón, distinguiéndose entre estos el Teniente Coronel Néstor Ballivián.

Al señor Coronel Andrés Rivas y Mayor Abdón Antezana, vi también reorganizando la tropa dispersa y cargando con ella sobre el enemigo.

La derrota terminó por completo a las tres de la tarde, hora en que nos retiramos a discreción; no pudiendo organizar las fuerzas que las reuníamos, porque las bombas enemigas las dispersaban(..).

No teniendo más que relacionar de lo ocurrido en el Batallón de mis órdenes, tengo el agrado de suscribirme como siempre su muy atento y seguro servidor.

Señor Coronel Comandante General

Juan B. Ayoroa

La Paz, junio 28 de 1880.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

2) Pascual Ahumada. Guerra del Recopilación de Documentos ... Progreso Valparaíso 1884. 8 Tomos Pacífico. Imp. El

6) Miguel Aguirre. Ligeras Reminiscencias del Campo de La Alianza. Imp. El Heraldo, Cochabamba 1880 •

7) Nataniel Aguirre Bolivia en la Guerra del Pacífico. Imp. El Heraldo, Cochabamba 1883.

12) Isaac J. Anaya. Proyecto de Federación de Las Repúblicas de Bolivia, Chile y Perú (República Federal Del Pacifico Sur). Escuelas Geográficas Pío XII. Buenos Aires 1959.

17) Manuel V. Alba. Diario de Campaña de la Quinta División del Ejército Boliviano. Tip. Libertad. Sucre 1882.

27) Gonzalo Bulnes. Guerra del Pacifico de Antofagasta a Tarapacá. Valparaíso 1912, 3 Tomos

30) Diego Barros Arana. Historia General de la Guerra del Pacifico. Librería Central de Servat y Cía. Santiago 1880.(2 tomos)

31) Ladislao Cabrera. La Guerra de Chile de más de medio Siglo. Tip. El Progreso. Sucre 1896.

34) Andrés Cáceres. La Guerra del 79. Sus Campañas. Memorias. Edit. Milla Batres. Lima 1973.

35) Narciso Campero. Informe ante la Convención Nacional de Bolivia, como General en Jefe del Ejército Aliado. (sesión secreta de 13 de junio de 1880) Imp. de la Unión Americana. La Paz 1880.

36) Cnl. Rufino Carrasco. Manifiesto sobre la expedición al Litoral Boliviano en 1879.

37) Cml. Rufino Carrasco. Manifiesto relativo a las distintas comisiones que ha desempeñado durante la Guerra del Pacífico. Tip. de el Progreso. Sucre 1884

40) Tomas Caivano. Historia de la Guerra de América entre Chile, Perú, Bolivia. Tipografía Muñiz. Arequipa 1905(Primera y Segundada parte)

43) Eliodoro Camacho. Manifiesto del Coronel Eliodoro Camacho sobre el acto del 27 de diciembre de 1879. Imp. El Nacional Tacna 1880.

47) Zenón Dalence. Informe Histórico del SerVicio Prestado en el cuerpo de Ambulancias del Ejército Boliviano en Tacna. Imp. Tribuna. La Paz 1881

72) Trinidad Guzmán. Apuntes para la Historia. La División Rios en la Campaña, batalla y retirada de Tarapacá. Imp. de El Heraldo. Cochabamba 1882.

82) Guillermo Lora. Historia del Movimiento Obrero Boliviano. 1848-1900. Edit. Los Amigos de Libro. La Paz Cochabarnba 1967.

83) Jacinto López. Historia de la Guerra del Guano y el Salitre. Imp. de la Marina Lima 1919.

84) Joaquín de Lemoine. El General Eliodoro Camacho. Edit. La Paz 1942.

88) Damaso. E. Uriburo. Guerra del Pacífico. Episodios 1879 -1881. Edit Sudamericana. Buenos Aires 1899.

89) Miguel Mercado Moreira. Guerra del Pacifico. Nuevos Esclarecimientos. Fundación Universitaria Simón I. Patiño. La Paz 1956.

92) Julio Méndez. Opiniones del Ministro de Justicia, Instrucción Pública y Culto. Primera parte. Anexos. Cochabamba Imp. de El Heraldo 1880.

93) Julio Méndez. La Secesión de Bolivia o su Unión Federal con el Perú. Imp. El Ciudadano. La Paz 1880

94) Julio Méndez. Hoja Suelta. Se publicó en La Democracia y transcrita en la obra América Literaria. Colección de Francisco Lagornaggiore. Buenos Aires. Imp. de la Paz 1883

96) Modesto Molina. Hojas del Proceso. Apuntes para su libro de Historia. Imp. Del Boletín de la Guerra Arica 1880

102) Vicente Ochoa. Semblanzas de la Guerra del Pacífico. Imp. La Unión Americana. La Paz 1881 103)

104) Edgar Oblitas Fernández. La Geopolítica Chilena y la Guerra del Pacífico. Ed. Kollasuy. La Paz 1956

106) Mariano Felipe Paz Soldán. Narración Histórica de la Guerra de Chile contra el Perú y Bolivia. Imp. y Librería de Mayo . Buenos Aires 1884

136) Andrés Lizardo Taborga. Apuntes de la Campaña de 50 días de las Fuerzas Bolivianas en Calama. Tip. de la Libertad-Sucre1879

137) Ricardo Ugarte. Efemérides de la Guerra del Pacifico. Imp. La Tribuna. La Paz 1882.

138) Ricardo Ugarte. La primera página de la Guerra del Pacífico. Imp. La Tribuna. La Paz 1880

153) Benjamín Vicuña Mackena . La Batalla de Tacna. Imp. La Libertad Santiago 1880

154) Benjamín Vicuña Mackena. Historia de la Campaña de Tarapacá desde la Ocupación de Antofagasta. Imp. La Libertad. Santiago 1980

159) Eufronio Viscarra. Estudio Histórico de la Guerra del Pacífico. El Progreso. Cochabamba 1889

161) Charles Varigny. La Guerra del Pacífico. Ed. Francísco de Aguirre. Buenos Aires 1971



El autor de las acuarelas que iilustran este libro, con excepción de la tapa y los mapas, es Manuel Efren Huataco Coaquira, nacido en Tacna el 17 de abril de 1975. Dibujante ganó varios premios en el arte del carboncillo. Como investigador de la historia, el año 2007 publicó su importante obra "Los bolivianos en Tacna 1880". Lamentablemente falleció de manera inesperada el 30 de abril del 2001. Su madre, Clara Coaquira Yupanqui, viuda de Huataco,en un gesto de hermandad peruano-boliviana, autorizó su uso para ilustrar este libro.



El autor del libro, Gustavo Rodríguez Ostria, fotografiado en el "Campo de la Alianza" cerca de donde se encontraron los restos de los integrantes del "Sucre". Docente universitario desde 1976, es autor de 15 libros tanto sobre historia de Bolivia como de temas sociológicos, así como de varios artículos publicados en revistas de Bolivia y el extranjero.

Además de la docencia universitaria ocupó distintos cargos públicos. Actualmente es Embajador del Estado Plurinacional de Bolivia en Perú desde el 18 de agosto de 2014.

Distribución gratuita, Prohibida su venta

Durante 1879 y 1880, tropas bolivianas se movilizaron hacia el sur del Perú para responder a la invasión de Chile iniciada en febrero de 1879. En el curso de la contienda, cerca de diez mil hombres entre jefes, oficiales y soldados partieron con ese destino en largas caravanas acompañadas por cientos de infaltables Rabonas, mujeres que los abastecían de comida o curaban sus cuerpos y almas tras las combates.

El Ejército de Bolivia participó en las batallas de Pisagua, de San Francisco, Tarapacá y murieron por cientos defendiendo Tacna. Hombres y mujeres fueron también llevados a las prisiones de Chile o quedaron lesionados de por vida. Poco se conoce de esta gesta que llevó a bolivianos y bolivianas a establecerse en campamentos para defender el sur de Perú, como de su vida cotidiana en los arenales del desierto de Tarapacá o en los fértiles valles que circundan Tacna.

En agosto del año 2015, un oficial y un soldado pertenecientes al Batallón “Sucre” , que fueron hallados en el “Campo de la Alianza” donde murieron el 26 de mayo de 1880 peleando contra las tropas de Chile, fueron trasladados con todos los honores militares de Perú y Bolivia hacia Sucre, la capital del Estado Plurinacional de Bolivia. Este novedoso libro documentado con fuentes bolivianas y peruanas muestra principalmente el comportamiento de este heroico batallón durante su permanencia en Tacna entre abril de 1879 y mayo de 1880 y se centra en la batalla del 26 de mayo en las alturas de Tacna donde la mayor parte de sus efectivos murieron o fueron heridos.

Perú y Bolivia comparten una larga y rica historia que se pierde en los meandros del tiempo. Sobre ella han construido una estrecha hermandad y una dinámica agenda de relaciones internacionales tradicionalmente marcada por la colaboración, la paz y la integración. Esperemos que las páginas que se presentan a continuación, colaboren a estrecharlas aún más.

Gustavo Rodríguez Ostria, es economista e historiador. Autor de varios artículos publicados en revistas de Bolivia y otros países ha escrito también de 15 libros de historia como de temas sociales y educativos. Docente universitario desde 1978, ha desempeñado altos cargos académicos y gubernamentales. Actualmente es embajador del Estado Plurinacional de Bolivia en la República del Perú.







